

Vuelta 13

SUDAMERICANA

REVISTA MENSUAL / AÑO 2 / AGOSTO 1987 / A 5 / URUGUAY N° 530

NUMERO
ANIVERSARIO

*Octavio Paz / Stephen Spender / Enrique Molina
Natalio R. Botana / Danubio Torres Fierro
Fernando Pessoa / Juan Gelman / Rossana Rossanda
Severo Sarduy / Jorge Edwards / Karl Kraus / Luis Gusmán
Bengt Oldenburg / Gérard Simon / Luis Goytisoló
Guillermo Cabrera Infante*



CHILE: EL REGRESO DE LA POLÍTICA
EL ARTE PÚBLICO EN BUENOS AIRES • CELINE REVISITADO
ANARQUISMO Y LIBERTAD • EL VERDADERO ISAAC NEWTON

*Hay días diferentes.
Con asombro se descubre que ahora sí
hay un Chablis.
Etchart Chablis. Un vino radiante y fresco.
Blanco, frutado y seco.*

Hay días de fiesta en este mundo.



ETCHART CHABLIS

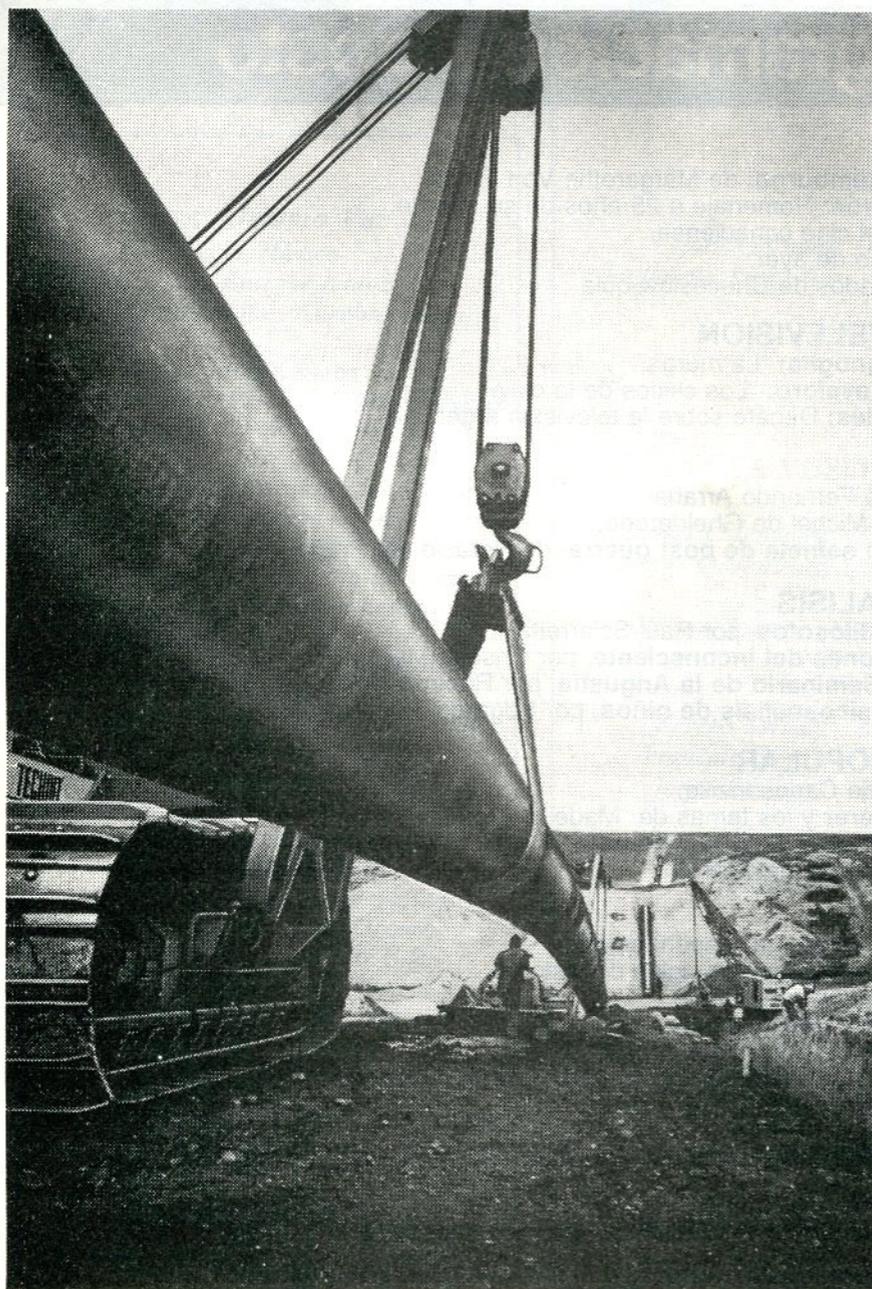
Simplemente radiante.



Etchart
El apellido del vino.

Archivo Histórico de Rompió Argentina www.ahira.com.ar
Nicaragua 4994 1404 Buenos Aires Tel. 71-0687/2413 72-4035/8148

Fuerza Creadora



Las obras fundamentales para el progreso argentino, tienen a TECHINT como principal protagonista.

La tecnología, la capacidad y su potencia realizadora, abren constantemente nuevas posibilidades de desarrollo.

Porque con vigor y fuerza creadora, ocupa desde hace más de cuatro décadas la vanguardia en la ejecución de importantes complejos industriales y grandes obras públicas y privadas: oleoductos, gasoductos y poliductos; caminos, aeropuertos y obras ferroviarias; viaductos, puentes y túneles; puertos, obras hidráulicas y plantas de tratamiento de agua y efluentes; líneas de alta tensión, centrales y estaciones eléctricas; terminales marítimos y obras off-shore; proyectos nucleares, refinerías de petróleo, plantas petroquímicas y químicas; plantas de papel y celulosa; plantas siderúrgicas y grandes instalaciones industriales.

Cuando el país lo demanda, TECHINT está presente con su firme vocación de aceptar todos los desafíos.



Techint
SOCIEDAD ANONIMA

Encuentros culturales en el "Centro" programación Agosto

CINE

Rosa de Luxemburgo, de Margarethe Von Trotta
Marilyn Monroe: Homenaje a 25 años de su muerte.
Mc Laren y el cine canadiense.
Cine argentino de ayer.
Dibujos animados de Checoslovaquia.

VIDEO Y TELEVISION

Eduardo Mignogna: "La murga"
Fundación Favalaro: "Los chicos de la calle"
Cristina Valdés: Debate sobre la televisión argentina.

TEATRO

Guernica, de Fernando Arrabal.
Escorial, de Michel de Ghelderode.
Tremebundo sainete de post guerra, de Horacio del Prado.

PSICOANALISIS

Lacan y los filósofos, por Raúl Sciarretta.
Las formaciones del inconsciente, por Cristina Marrone.
Acerca del Seminario de la Angustia, por Roberto Harari.
Freud y el psicoanálisis de niños, por Edgardo Feinsiller.

MUSICA POPULAR

Jazzología, de Carlos Inzillo.
Emilio Kauderer y los temas de "Made in Argentina"
Música contemporánea al mediodía.
Frente de artistas del Borda.

POESIA

El poeta y la cultura de Hispanoamérica:
De Cadiz a América: cinco siglos de historia.
Postmodernidad y vanguardia.
Palabra poética y democracia.
Laberintos de identidad en América Latina.
Coordinación: Aula de Poesía Española Antonio Machado.

DANZA

Creaciones contemporáneas: obras de nuevos creadores de la danza argentina.
Danza hoy, por Ana Kamien.
Buenos Aires, 1987, por Schiafino - Moltoni - González.

Consulte la cartelera de los diarios, retire su entrada con una hora de anticipación y participe en más de 200 actos culturales durante el mes de agosto.

Centro Cultural
Gral. San Martín

Sarmiento 1551
Tel. 46-1251/9

**Entrada libre
y gratuita**



Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires

Secretaría de Cultura

Vuelta Vuelta Vuelta Vuelta

Volumen II / Número 13 / Agosto 1987

Director: *Octavio Paz*

Vuelta de México

Subdirector: *Enrique Krauze*

Secretario de Redacción: *Aurelio Asiain*

Vuelta Sudamericana

Secretario de Redacción: *Danubio Torres Fierro*

Asesor Editorial: *Enrique Pezzoni*

Consejo de Colaboración: *Adolfo Bioy Casares*

Natalio R. Botana • Guillermo Cabrera Infante

Julieta Campos • Juan Gustavo Cobo Borda

Pablo Antonio Cuadra • Haroldo de Campos

José de la Colina • Jorge Edwards

Salvador Elizondo • Enrique Fierro

Juan García Ponce • Jaime Gil de Biedma

Pere Gimferrer • Alberto Girri

Ulalume González de León • Juan Goytisolo

Roberto Juarroz • Juan Liscano

Eduardo Lizalde • Enrique Molina

Alvaro Mutis • Silvina Ocampo

Olga Orozco • José Miguel Oviedo

Gonzalo Rojas • Alejandro Rossi

Alberto Ruy Sánchez • Severo Sarduy

Fernando Savater • Tomás Segovia

Guillermo Sucre • José Miguel Ullán

Mario Vargas Llosa • Ida Vitale

Ramón Xirau • Gabriel Zaid

Coordinador General: Angel Orrego Sotto.

Gerencia comercial: Editorial Sudamericana, Humberto I 531, Buenos Aires.

Departamento de Publicidad: Angel Orrego Sotto, Lidia Rey, Carlos Rodríguez.

Oficinas: Humberto I 531, Buenos Aires, Argentina, Tel.: 362-7364 - 7496 - 2128 - 1616 - 1467 - 1332 - 1222.

Distribuidores Capital Federal y Gran Buenos Aires: Brihet e hijos S.R.L., Viamonte 1465, Buenos Aires • Interior: SADYE S.A., Belgrano 355, Buenos Aires • Suscripciones Exterior: Carlos Hirsch S.R.L., Florida 165, 4° piso, Of. 453, Galería Güemes, Buenos Aires. • Taller de Fotocomposición y Películas: Graffit S.R.L. • Impresión y encuadernación: Aleman S.R.L. • I.S.S.N. N° 0326-8187.

<i>Danubio Torres</i>		
<i>Fierro</i>	6	El primer aniversario
<i>Octavio Paz</i>	7	Discurso de Valencia
<i>Stephen Spender</i>	11	El intelectual y lo político
<i>Rossana Rossanda</i>	13	Cara y cruz del compromiso
<i>Enrique Molina</i>	15	Desamparo junto a un muro
<i>Guillermo Cabrera Infante</i>	17	Loas a Lolita
<i>Natalio R. Botana</i>	20	Actualidad en Tocqueville
<i>Karl Kraus</i>	25	Aforismos
<i>Gérard Simon</i>	30	El verdadero Newton
<i>Fernando Pessoa</i>	39	Otras coplas al gusto popular

LIBROS

<i>Juan Gelman</i>	45	Mandorla
<i>Guillermo Saavedra</i>	47	Y así sucesivamente

EL TESTIGO OCULISTA

50

LA VUELTA DE LOS DIAS

<i>Bengt Odenburg</i>	51	Arte en lugares públicos
<i>Bengt Oldenburg</i>	52	Luis Camnitzer: la ambigüedad controlada
<i>Guillermo Saavedra</i>	53	Luis Guzmán: ¿Dónde está la invención argentina?
<i>Severo Sarduy</i>	55	Leer es blasfemar
<i>Francais Bondy</i>	56	Crónica y mitoanálisis
<i>Jorge Edwards</i>	60	Chile: regreso a la política
<i>Philippe Burin des Rozurs</i>	61	Guatemala: EL fortalecimiento de la democracia
<i>Daniel Samper Pizano</i>	65	Colombia: el gobierno, las drogas y la prensa
<i>Luis Goytisolo</i>	68	El sobrentendido
<i>Felix García</i>	70	Anarquismo y libertad
	73	Los políticos y la cultura
	76	Índice general

Portada: Duilio Piatti: *El Televisor*. Uno de los murales de la línea "D" del subterráneo de la ciudad de Buenos Aires. (Ver pág. 51).



Vuelta

SUDAMERICANA

EL PRIMER ANIVERSARIO

Nuestra revista celebra, con este número, su primer aniversario. Así, una aventura intelectual que comenzó en México, en 1971, con la publicación del primer *Plural*, y que luego se ha continuado a lo largo ya de diez años con *Vuelta*, encontró su prolongación y su complemento en *Vuelta Sudamericana*. ¿Qué mejor ejemplo de empresa realmente latinoamericana? ¿Qué mayor muestra de solidaridad continental? Frente a la retórica que suele caracterizar a los cacareos de quienes hablan insistentemente de la comunidad de intereses de América Latina, las dos *Vueltas*, la de México y la de Argentina, han preferido recorrer el único camino válido: el que se hace a través de los hechos concretos.

Aquí, en el Cono Sur, y siguiendo la tradición iniciada en *Plural*, nuestra revista ha intentado, en la medida de sus posibilidades, acercarse a la reflexión y al análisis de las cuestiones que caen dentro del campo de la actividad cultural y, a la vez, de los problemas que se nos plantean en el orden político y social. Lo hemos efectuado sin ser prisioneros de la fastidiosa circunstancia o de las muchas presiones que impone la coyuntura: con una distancia crítica con respecto a los acontecimientos que se suceden y eludiendo, en toda ocasión, los bobos dictámenes de las modas y los tics a que somos, por desventura, tan afectos en estas latitudes. De ahí que, en esta docena de meses, con espíritu abierto y pluralista, hayamos ofrecido una muestra de lo que se crea en nuestra literatura (incluyendo un número dedicado a los escritores argentinos

jóvenes) y se hayan recogido ensayos y artículos sobre asuntos que a todos nos conciernen (el "punto final", los regímenes dictatoriales que aún quedan en el continente, etc).

Tanto *Vuelta* de México como *Vuelta Sudamericana*, si bien están pensadas y elaboradas como revistas culturales o, más precisamente, literarias, se han propuesto como uno de sus objetivos prioritarios el de llevar adelante una meditación, serena y crítica, marcada —sobre todo— por una impronta ética: en este siglo de barbaries y totalitarismos, es imprescindible que la moral (ajena, demás está decirlo, a la moralina de los beatos, y a cualquier inquisición que quiera erigirse en Supremo Tribunal) recobre su lugar en nuestra conciencia y nos auxilie en la tarea de comprender y de situarnos. No pretendemos, es claro, tener respuestas para todo, pero sí entendemos que plantear la duda y formular preguntas es uno de los caminos que necesariamente deben transitarse. Ese es el solo medio para enfrentarse a esa permanente labor de Sísifo que se impone al hombre: buscar, a cada momento, una posición o una actitud que lo ayude a sobrellevar la vida. En eso estamos.

No podemos, ahora, dejar de agradecer profundamente a nuestros colaboradores y lectores el apoyo que nos han brindado. Sin ellos, nuestra empresa no sería posible ni tendría sentido.

Danubio Torres Fierro

OCTAVIO PAZ

DISCURSO DE VALENCIA

Entre el 15 y el 20 de junio último se realizó en Valencia (España) el Encuentro Internacional de Intelectuales y Artistas, organizado por la Generalitat Valenciana y presidido por Octavio Paz. Ese Encuentro tuvo como uno de sus objetivos principales recordar al Congreso de Intelectuales Antifascistas que se efectuó, en la misma Valencia, en 1937, es decir, hace cincuenta años. En nuestro próximo número, Danubio Torres Fierro, que asistió al Encuentro, hará una crónica detallada de lo que allí ocurrió y se dijo. Ahora publicamos, en exclusividad, el discurso de apertura de Octavio Paz y las ponencias de Stephen Spender y Rossana Rosanda.

Hace cincuenta años, el 4 de julio de 1937, en esta ciudad de Valencia —para la que parece haber sido escrita la línea de Apollinaire: *bello fruto de la luz*— inició sus trabajos el Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas. La guerra civil que desgarraba a los campos y las ciudades de España se había convertido en guerra mundial de las conciencias. En el Congreso que hoy recordamos participaron escritores venidos de los cuatro puntos cardinales. Muchos eran notables y algunos verdaderamente grandes; dos fueron mis maestros en el arte de la poesía, otros fueron mis amigos y todos, en esos días encendidos, mis camaradas. Compartí con ellos esperanzas y convicciones, engaños y quimeras. Estábamos unidos por el sentimiento de la justicia ultrajada y la adhesión a los oprimidos. Fraternidad de la indignación pero también fraternidad de los enamorados de la violencia. La mayoría ha muerto. Al evocarlos, trazo el gesto que aparece en las estatuas de Harpócrates, en el que los antiguos veían el signo del silencio. Callar ante sus nombres no es olvido sino recogimiento: momento de concentración interior durante el cual, sin palabras, conversamos con los desaparecidos y comulgamos con su memoria.

Casi todos los sobrevivientes, dispersos en el mundo, a veces separados por ideas diferentes, hemos acudido al llamado que nos ha hecho el grupo de escritores españoles que ha organizado este Congreso. No se nos ha invitado a una celebración; este acto perdería su sentido más vivo y hondo si no logramos que sea también un acto de reflexión y un examen de conciencia. La fecha que nos convoca es, simultáneamente, luminosa y sombría. Esos días del verano de 1937 dibujan en nuestras memorias una sucesión de figuras intensas, apasionadas y contradictorias, afirmaciones que se convierten en negaciones, heroísmo y cruel-

dad, lucidez y obcecación, lealtad y perfidia, ansia de libertad y culto a un déspota, independencia de espíritu y clericalismo —todo resuelto en una interrogación—. Sería presuntuoso pensar que podemos responder a esa pregunta. Es la misma que se hacen los hombres desde el comienzo de la historia, sin que nunca nadie haya podido contestarla del todo. Sin embargo, tenemos el deber de formularla con claridad y tratar de contestarla con valentía. No buscamos una respuesta total, definitiva: buscamos luces, vislumbres, indicios, sugerencias. Queremos comprender y para comprender se requieren intrepidez y claridad de espíritu. Además y esencialmente: piedad e ironía. Son las formas gemelas y supremas de la comprensión. La sonrisa no aprueba ni condena: simpatiza, participa, la piedad no es lástima ni conmiseración: es fraternidad.

La pregunta a que nos enfrentamos puede formularse de varias maneras. Una de ellas es la siguiente: ¿conmemoramos una victoria o una derrota? En otros términos: ¿quién ganó realmente la guerra? No es fácil que la respuesta que demos, cualquiera que sea, conquiste el asentimiento general. Sin embargo, algo podemos y debemos decir. En primer lugar: no ganaron la guerra los agentes activos externos, es decir, Hitler, Mussolini, Stalin. Tampoco los pasivos: las democracias de Occidente que abandonaron a la República española y así precipitaron la Segunda Guerra y su propia pérdida. ¿Ganaron la guerra Franco y sus partidarios? Aunque triunfaron en los campos de batalla, conquistaron el poder y rigieron a España durante muchos años, su victoria se ha transformado en derrota. La España de hoy no se reconoce en la que intentaron edificar Franco y sus partidarios; incluso puede decirse que es su negación. El Frente Popular, por su parte, no sólo perdió la guerra sino que muchas de sus ideas, concepciones y proyectos

tienen hoy poca vigencia histórica. Entonces, ¿nadie ganó? La respuesta es sorprendente: los verdaderos vencedores fueron otros. En 1937 dos instituciones parecían heridas de muerte, aniquiladas primero por la violencia ideológica de unos y otros, después por la fuerza bruta; las dos resucitaron y son hoy el fundamento de la vida política y social de los pueblos de España. Me refiero a la Democracia y a la Monarquía constitucional.

¿Quiénes entre nosotros, los escritores que nos reunimos en Valencia hace medio siglo, habrían podido adivinar cuál sería el régimen constitucional de España en 1987 y cuál sería su Gobierno? No debe extrañarnos esta ceguera: el porvenir es impenetrable para los hombres. Pero en todas las épocas hay unos cuantos clarividentes. Después de la Segunda Guerra Mundial viví en París por una larga temporada. En 1946 conocí al líder socialista español Indalecio Prieto. Aunque lo había oído varias veces en España y México, sólo hasta entonces tuve ocasión de hablar con él, a solas, en dos ocasiones. Prieto estaba en París, como muchos otros dirigentes desterrados, en espera de un cambio en la política internacional de las potencias democráticas que favoreciese a su causa. Yo trabajaba en la Embajada de México. Se me ocurrió que esa extraordinaria concentración de personalidades, pertenecientes a los distintos partidos políticos enemigos de Franco, era propicia para tener una idea más clara de los proyectos de la oposición y de las distintas fuerzas que, en su interior, buscaban la supremacía. Conversé con varios dirigentes pero en sus palabras —cautas o apasionadas, inteligentes o retóricas— no encontré nada nuevo: sus ideas y posiciones eran las que todos conocíamos. No así Prieto. Durante dos horas —era prolijo y le gustaba remachar sus ideas— me expuso sus puntos de vista: el único régimen viable y civilizado para España era una Monarquía constitucional con un Primer Ministro Socialista. Las otras soluciones desembocaban unas en el caos civil y, otras, en la prolongación de la dictadura reaccionaria. Su solución, en cambio, no sólo aseguraba el tránsito hacia un régimen democrático estable sino que abría las puertas a la reconciliación nacional.

En aquellos años la "democracia formal", como se decía entonces, me parecía una trampa; en cuanto a la monarquía: era una reliquia o una excentricidad británica. Las palabras de Prieto me abrieron los ojos y vislumbré realidades que me habían ocultado las anteojeras ideológicas. Hice un resumen de mi conversación con el líder socialista, agregué una imprudente sugerencia personal: tal vez el Gobierno de México debería orientar su política española en la dirección apuntada por Prieto y presenté mi escrito a uno de mis superiores. Era un hombre inteligente, aunque demasiado seguro de sus opiniones. Leyó mis páginas entre asombrado y divertido. Tras un momento de silencio me las devolvió murmurando: curioso pero superfluo ejercicio literario.

La historia es un teatro fantástico: las derrotas se vuelven victorias, las victorias derrotas, los fantasmas ganan batallas, los decretos del filósofo coronado son más despóticos y crueles que los caprichos del príncipe disoluto. En el caso de la guerra civil española, la victoria de nuestros enemigos se volvió ceniza pero muchas de nuestras ideas y proyectos se convirtieron en humo. Nuestra visión de la historia universal, quiero decir: la idea de una Revolución de los oprimidos destinada a instaurar un régimen mundial de con-

cordia entre los pueblos y de libertad e igualdad entre los hombres, fue quebrantada gravemente. La idea revolucionaria ha sufrido golpes mortales; los más duros y devastadores no han sido los de sus adversarios sino los de los revolucionarios mismos: allí donde han conquistado el poder han amordazado a los pueblos. No me extenderé sobre este tema: se ha convertido en un tópico de predicadores, evangelistas y nigromantes. En cambio, sí deseo subrayar que el predicamento del Congreso de 1937 no es esencialmente distinto al nuestro. Sobre esto vale la pena detenerse un momento.

Hoy como ayer las circunstancias son cambiantes, las ideas relativas, impura la realidad. Pero no podemos cerrar los ojos ante lo que ocurre: la amenaza de la llamada atómica, las devastaciones del ámbito natural, el galope suicida de la demografía, las convulsiones de los pueblos empobrecidos de la periferia del mundo industrial, la guerra trashumante en los cinco continentes, las resurrecciones aquí y allá del despotismo, la proliferación de la violencia de los de arriba y los de abajo... Además, los estragos en las almas, la sequía de las fuentes de la solidaridad, la degradación del erotismo, la esterilidad de la imaginación. Nuestras conciencias son también el teatro de los conflictos y desastres de este fin de siglo. La realidad que vemos no está afuera sino adentro: estamos en ella y ella está en nosotros. Somos ella. Por esto no es posible desoír su llamado y por esto la historia no es sólo el dominio de la contingencia y el accidente: es el lugar de la prueba. Es la piedra de toque.

La historia no es otra cosa que nuestro diario vivir con, frente y entre nuestros semejantes. Vivir con nosotros mismos es convivir con los otros. Los poderes despóticos mutilan nuestro ser cada vez que suprimen nuestra dimensión política. No somos plenamente sino en los otros y con los otros: en la historia. Al mismo tiempo, vivir nada más en y para la historia no es vivir realmente. Aparte de nuestra vida íntima —que es intransferible y, me atrevo a decir, sagrada— para que la historia se cumpla debe desplegarse en un dominio más allá de ella misma. La historia es sed de totalidad, hambre de más allá. Llamad como queráis a ese más allá: la historia acepta todos los nombres pero no retiene ninguno. Esta es su paradoja mayor: sus absolutos son cambiantes, sus eternidades duran un parpadeo. No importa: sin ese más allá, el instante no es instante ni la historia es historia. Desde el principio vivimos en dos órdenes paralelos y separados por un precipicio: el aquí y el allá, la contingencia y la necesidad. O como decían los escolásticos: el accidente y la substancia.

En el pasado los dos órdenes estaban en perpetua comunicación. Las decisiones que pedía el ahora relativo se inspiraban en los principios y los preceptos de un más allá invulnerable a la erosión de la historia. El río del tiempo reflejaba la escritura del cielo. Una escritura de signos eternos, legibles para todos a pesar de la turbulencia de la corriente. La Edad Moderna sometió los signos a una operación radical. Los signos se desangraron y el sentido se dispersó: dejó de ser uno y se volvió plural. Ambigüedad, ambivalencia, multiplicidad de sentidos, todos válidos y contradictorios, todos temporales. El hombre descubrió que la eternidad era la máscara de la nada. Pero el descrédito del más allá no anuló su necesidad. El hueco fue ocu-

pado por otros sucedáneos y cada nuevo sistema se convirtió, transitoriamente, en un principio suficiente, un fundamento. Las doctrinas más disímbolas —incluso aquellas que explícitamente declararon ser no una filosofía sino un método— inspiraron y justificaron toda suerte de actos y decisiones temporales como si fuesen verdades intemporales.

Los dos órdenes subsisten, aunque uno de ellos, el principio rector, periódicamente sea destronado por un principio rival. Los puentes entre los dos órdenes se han vuelto apenas transitables; no sólo son demasiado frágiles sino que con frecuencia se derrumban. Ante la situación contemporánea podríamos exclamar como Baudelaire en *Rêve Parisien*: “¡terrible novedad!”. Él lo dijo ante un paisaje geométrico en el que se habían desvanecido todas las formas vivas, incluso las del “vegetal irregular”, mientras que para nosotros la novedad es terrible porque el paisaje histórico, el teatro de nuestros actos y pensamientos, se desmorona continuamente: no tiene fondo, no tiene fundamento. Estamos condenados a saltar de un orden a otro y ese salto es siempre mortal. Estamos condenados a equivocarnos. Quisimos ser los hermanos de las víctimas y nos descubrimos cómplices de los verdugos, nuestras victorias se volvieron derrotas y nuestra gran derrota quizá es la semilla de una victoria que no verán nuestros ojos. Nuestra condenación es la marca de la modernidad. Y más: es el estigma del intelectual moderno. Estigma en el doble sentido de la palabra: marca de santidad y marca de infamia.

Mientras reflexionaba sobre este estigma, que habría apasionado a Calderón y a Tirso de Molina pues no es otro que el misterio de la libertad, recordé las páginas indignadas que dedica Schopenhauer a Dante y al canto XXXII del Infierno. Es el canto que describe el Cocito, el círculo noveno, donde penan los traidores. Es la parte más profunda del averno, la región del hielo. Los traidores a la hospitalidad sufren un tormento atroz: el frío cristaliza sus lágrimas y así su pena misma les impide dar rienda suelta a su sufrimiento. Llorar es un alivio y no poder llorar es una pena doble. Uno de los condenados le pide a Dante que limpie sus ojos; el poeta consiente, a cambio de conocer su nombre y su historia. Una vez terminado su relato, el desdichado le dice: “Y ahora tiéndeme la mano y abre mis ojos”. Pero Dante se niega: la moral —o como él dice: la *corresía*— le exige ser villano con el pecador. Schopenhauer no se contiene: “Dante no cumple con la palabra que ha dado porque le parece inadmisiblemente aliviar, así sea levemente, una pena impuesta por Dios... Ignoro si esas acciones son frecuentes en el cielo y si allá son consideradas meritorias: aquí en la tierra a cualquiera que se porte así lo llamamos un truhán”. Y agrega: “Esto demuestra qué difícil es fundar una ética en la voluntad de Dios: el bien se vuelve mal y el mal se vuelve bien en un cerrar de ojos”. No se equivocaba Schopenhauer pero una ética fundada en otros principios, por ejemplo: en los suyos, está expuesta a las mismas dificultades. La incongruencia nos acompaña como el gusano al fruto enfermo.

Una y otra vez los filósofos han intentado descubrir un principio inmune al cambio. Creo que ninguno lo ha logrado. De otro modo lo sabríamos: sería incomprensible que un descubrimiento de esta magnitud no hubiese sido compartido por el resto de los hombres. Si las construcciones de la metafísica han probado ser no más sino menos

sólidas que las revelaciones religiosas, ¿qué nos queda? Tal vez ese principio que es el origen de la Edad Moderna: la duda, la crítica, el examen. No sé si los filósofos encuentran pertinente mi respuesta pero sospecho que, por lo menos, Montaigne no la desaprobaba enteramente. No pretendo convertir a la crítica en un principio inmutable y autosuficiente; al contrario, el primer objeto de la crítica debe ser la crítica misma. Añado, además, que el ejercicio de la crítica nos incluye a nosotros mismo. Aunque la crítica no es un principio autosuficiente como pretendían serlo los de la metafísica tradicional, su práctica tiene dos ventajas. La primera: restablece la circulación entre los dos órdenes pues examina cada uno de nuestros actos y los limpia de su fatal propensión a convertirse en absolutos o en deducciones de un principio absoluto. Una propensión casi siempre inadvertida por nosotros y que es la fuente principal de la iniquidad. La segunda: la crítica crea una distancia entre nosotros y nuestros actos; quiero decir: nos hace *vernos* y así nos convierte en otros —en *los otros*—. Insertar a los otros en nuestra perspectiva es trastornar radicalmente la relación tradicional: lo que cuenta ya no es la voluntad de Dios, sea justa o injusta, sino la súplica del condenado que nos pide abrir sus ojos. Dejamos de ser los servidores de un principio absoluto sin convertirnos en los cómplices de un cínico relativismo.

El Congreso de 1937 fue un acto de solidaridad con unos hombres empeñados en una lucha mortal contra un enemigo mejor armado y sostenido por poderes injustos y malignos. Unos hombres abandonados por aquellos que deberían haber sido sus aliados y defensores: las democracias de Occidente. El Congreso estaba movido por una ola inmensa de generosidad y de auténtica fraternidad; entre los escritores participantes muchos eran combatientes, algunos habían sido heridos y otros morían con las armas en la mano. Todo esto —el amor, la lealtad, el valor, el



sacrificio— es inolvidable y en esto reside la grandeza moral del Congreso. ¿Y su flaqueza? En la perversión del espíritu revolucionario. Olvidamos que la Revolución había nacido del pensamiento crítico; no vimos o no quisimos ver que ese pensamiento se había degradado en dogma y que, por una trasposición moral y política que fue también una regresión histórica, al amparo de las ideas revolucionarias se amordazaba a los opositores, se asesinaba a los revolucionarios y a los disidentes, se restauraba el culto supersticioso a la letra de la doctrina y se lisonjeaba de manera extravagante a un autócrata. Olvidamos a nuestros maestros, ignoramos a nuestros predecesores. Otras generaciones y otros hombres habían sostenido que el derecho a la crítica es el fundamento del espíritu revolucionario. En 1865, para defenderse de los ataques que había desatado su historia de la Revolución francesa, Edgard Quinet escribía estas palabras que pueden aplicarse a nuestra actitud en 1937: “Se ha hecho la crítica del entendimiento y de la razón, ¿diréis que la hicieron los enemigos de la razón humana? Del mismo modo, si yo hago la crítica de la Revolución, señalando sus errores y sus limitaciones, ¿me acusaréis de ser un enemigo de la Revolución? Si el espíritu crítico hoy examina sin tapujos los dogmas religiosos y los Evangelios, ¿no es sorprendente que se pretenda suprimir el examen de los dogmas revolucionarios y el del gran libro del terrorismo? En nombre de la Revolución se quiere extirpar el espíritu crítico. Tened cuidado: así acabaréis también con la Revolución”.

Unos días antes de la apertura del Congreso apareció en París un pequeño libro de André Gide: *Retoques a mi regreso de la URSS*. Era una reiteración y una justificación de un libro anterior, en el que expresaba su sobresalto ante lo que había visto y oído en Rusia. Las críticas de Gide eran moderadas; más que críticas eran reconvenciones de un amigo. Pero Gide fue maltratado y vilipendiado en el Congreso; incluso se le llamó “enemigo del pueblo español”. Aunque muchos estábamos convencidos de la injusticia de aquellos ataques y admirábamos a Gide, callamos. Justificamos nuestro silencio con los mismos especiosos argumentos que denunciaba Quinet en 1865. Así contribuimos a la petrificación de la Revolución. El caso de Gide no fue el único. Hubo otros ejemplos de independencia moral. En la memoria de todos ustedes están, sin duda, los nombres de George Orwell y de Simone Weil, que se atrevieron a denunciar, sin mengua de su lealtad, los horrores y los crímenes cometidos en la zona republicana. En el otro lado también fue admirable la reacción del católico Georges Bernanos, autor de un libro estremecedor: *Los grandes cementerios bajo la luna* y, más tarde, la del poeta falangista Dionisio Ridruejo.

En el Congreso apenas si se discutieron los temas propiamente literarios. Era natural: la guerra estaba en todas partes. Pero hubo excepciones. Algunos creíamos en la libertad del arte y nuestras opiniones nos enfrentaban a los partidarios del “realismo socialista”. Hace unos días, al hojear el número que *Hora de España* dedicó al Congreso, volví a leer la ponencia que presentó Arturo Serrano Plaja, su autor principal, en nombre de un grupo de jóvenes escritores españoles. Ese texto fue para nosotros el punto de partida de una larga campaña en defensa de la libre imaginación. Lo recuerdo ahora porque la libertad de

expresión está en peligro siempre. La amenazan no sólo los gobiernos totalitarios y las dictaduras militares, sino también, en las democracias capitalistas, las fuerzas impersonales de la publicidad y el mercado. Someter las artes y la literatura a las leyes que rigen la circulación de mercancías es una forma de censura no menos nociva y bárbara que la censura ideológica. La tradición de nuestra literatura ha sido desde el siglo XVIII, la tradición de la crítica, la disidencia y la ruptura; no necesito enumerar las sucesivas rebeliones artísticas filosóficas y morales de los poetas y los escritores del romanticismo a nuestros días. El arte que ha sufrido más por el mercantilismo actual ha sido la poesía, obligada a refugiarse en las catacumbas de la sociedad de consumo. Pero las otras formas literarias también han sido dañadas, especialmente la novela, objeto de una degradante especulación publicitaria. Ante esta situación es saludable recordar que nuestra literatura comenzó con un *No* a los poderes sociales. La negación y la crítica fundaron a la Edad Moderna.

Mis impresiones más profundas y duraderas de aquel verano de 1937 no nacieron del trato con los escritores ni de las discusiones con mis compañeros acerca de los temas literarios y políticos que nos desvelaban. Me conmovió el encuentro con España y con su pueblo: ver *con mis ojos* y tocar con mis manos los paisajes, los monumentos y las piedras que yo, desde la niñez, conocía por mis lecturas y por los relatos de mis abuelos; trabar amistad con los poetas españoles, sobre todo con aquellos que estaban cerca de la revista *Hora de España*, una amistad que no ha envejecido, aunque más de una vez haya sido rota por la muerte; en fin y ante todo, el trato con los soldados, los campesinos, los obreros, los maestros de escuela, los periodistas, los muchachos y las muchachas, los viejos y las viejas. Con ellos y por ellos aprendí que la palabra fraternidad no es menos preciosa que la palabra libertad: es el pan de los hombres, el pan compartido. Esto que digo no es una figura literaria. Una noche tuve que refugiarme con unos amigos en una aldea vecina a Valencia mientras la aviación enemiga, detenida por las baterías antiaéreas, descargaba sus bombas en la carretera. El campesino que nos dio albergue, al enterarse de que yo venía de México, un país que ayudaba a los republicanos, salió a su huerta a pesar del bombardeo, cortó un melón y, con un pedazo de pan y un jarro de vino, lo compartió con nosotros.

Podría relatar otros episodios pero prefiero, para terminar, evocar un incidente que me marcó hondamente. En una ocasión visité con un pequeño grupo —Stephen Spender, aquí presente, lo recordará pues era uno de nosotros— la Ciudad Universitaria de Madrid, que era parte del frente de guerra. Guiados por un oficial recorrimos aquellos edificios y salones que habían sido aulas y bibliotecas transformados en trincheras y puestos militares. Al llegar a un amplio recinto, cubierto de sacos de arena, el oficial nos pidió, con un gesto, que guardásemos silencio. Oímos del otro lado del muro, claras y distintas, voces y risas. Pregunté en voz baja: ¿quiénes son? Son los *otros*, me dijo el oficial. Sus palabras me causaron estupor y después, una pena inmensa. Había descubierto de pronto —y para siempre— que los enemigos también tienen voz humana.

Valencia, 15 de junio de 1987

STEPHEN SPENDER

EL INTELLECTUAL Y LA POLITICA

En junio de 1937 el encuentro de “los intelectuales” (suena mejor en castellano que en inglés, “The intellectuals”) que tuvo lugar aquí en Valencia —y en Madrid y Barcelona— fue convocado por nuestros colegas españoles para demostrar que los asistentes apoyaban la causa de la República Española.

Cincuenta años más tarde los autores del manifiesto preparado para este Congreso indican que no pretenden que este encuentro sea una conmemoración del de 1937. Quieren que reconozcamos errores pasados y que consideremos qué papel el intelectual debería jugar en el mundo de hoy. Parecen incluso desear que definamos lo que entendemos por “los intelectuales”.

En 1937, lo que unió a los intelectuales en su apoyo del antifascismo fue que en Europa los dictadores fascistas o nazis habían privado a los miembros de la *intelligentsia* de la libertad de autoexpresión. Los dictadores fascistas, al imponer la censura, encarcelar o mandar al exilio a quienes mantenían opiniones que no eran idénticas a las suyas, al quemar o proscribir libros escritos por autores cuya obra les disgustaba, definieron por sí mismos al antifascismo. Ser un antifascista era, en primer lugar, ser una víctima o al menos ponerse del lado de las víctimas. Herbert Read, un crítico inglés, describió el antifascismo como “la política de los no políticos”, es decir, la postura política forzada sobre aquellos que estaban simplemente defendiendo su propio derecho, o el de otros, a expresarse: en algunos casos, en Alemania, si coincidía que eran judíos, su derecho simplemente la existencia. Thomas Mann comentó en ese momento: “En nuestro tiempo el destino del hombre presenta su significado en términos políticos”. Ciertamente, él lamentaba que así fuera.

De modo que para los intelectuales de todo el mundo que se reunieron aquí, en 1937, ser antifascista era reconocer la postura forzada sobre el intelectual. Era declararse a uno mismo libre de escribir lo que quería escribir y/o pin-

tar lo que uno quería pintar —ser quien eras en tu vida y en tu trabajo—.

La Guerra Civil en España fue el último ejemplo de la lucha entre fascistas y antifascistas que había estado desarrollándose en otros países durante varios años.

He aquí los nombres de algunos de los que estuvieron presentes en el Congreso de 1937 que inmediatamente me saltan a la mente: Rafael Alberti, José Bergamín, Manuel Altolaguirre, Pablo Neruda, André Malraux, André Chamson, Octavio Paz, Ludwig Renn, Sylvia Townsend Warner, Ralph Bates, Julien Benda. Benda era el arquetipo del intelectual que se había hecho antifascista simplemente sobre la base de la defensa de la libertad intelectual. Era el autor de un famoso libro, *Le Trahison des Clercs*, publicado en los años veinte, en el que atacaba a algunos de sus compañeros intelectuales en Francia por explotar su reputación como intelectuales desinteresados para apoyar el extremismo político. Pero aquí él mismo fue arrastrado a la política antifascista con el fin de defender la libertad intelectual.

El estatus del intelectual como alguien al margen de la política pero calificado por sus logros científicos, eruditos o imaginativos para tener ideas sobre ciertos temas públicos y políticos simplemente por ser un *outsider* resultó ciertamente comprometido en los años treinta. Eso fue ciertamente un error, incluso si resultara inevitable, dadas las violentas pasiones desatadas, con el resultado de la división de fascistas y antifascistas en extremos de derecha e izquierda. Antes de los años treinta, la gente ciertamente pensaba que los intelectuales eran unos individualistas como Romain Rolland, Bertrand Russell, Albert Einstein y Sig-

mund Freud. Si algunos de ellos fueron o se convirtieron en socialistas apasionados, fue por razones que les ponían por encima de la política de partido y la ideología —razones apoyadas en su deseo de justicia y del bienestar general de la humanidad—. Las ideas de hombres como Romain Rolland influyeron sobre los políticos y dieron como resultado la fundación de la Sociedad de Naciones y, una generación más tarde, de las Naciones Unidas: instituciones imperfectas, como todos lo sabemos, pero encarnando las esperanzas de la humanidad de un cierto tipo de internacionalismo que quizás, algún día, lleve al auténtico internacionalismo. El ensayo de Freud "La civilización y sus descontentos", escrito en contestación a una pregunta planteada a él por Albert Einstein sobre la patología de la guerra en los tiempos modernos, es un ejemplo de la aplicación desinteresada de su mente por parte de un pensador de máxima capacidad intelectual que examina un tema que afecta al futuro de la civilización, sin adaptarlo al molde de una ideología política dada. Esto es lo que, en su mayor y mejor expresión, esperamos del intelectual, la aplicación de una mente altamente especializada a un tema que exige la verdad desinteresada: el bienestar de la humanidad.

La desgracia —ya que no error de los antifascistas— en lo que se refiere a su reputación como intelectuales es que, muchos de ellos, se convirtieron en ideólogos marxistas. No pretendo que esto sea entendido como una crítica de sus posiciones políticas; pretendo indicar su efecto desastroso sobre el concepto del intelectual. Hay, por supuesto, marxistas altamente intelectuales, pero un marxista es, por definición, un ideólogo. Ve la historia contemporánea a través de la lente del comunismo. La idea de que hubiera una cosa tal como un intelectual desvinculado, que juzgara los hechos a través del ejercicio de su intelecto objetivo y desinteresado, le parecería una fantasía. Y por supuesto que es verdad que nadie es totalmente desinteresado. Todos nosotros somos afectados directa o indirectamente por el propio interés. Pese a todo, el concepto del intelectual como alguien capaz de una cierta separación, de una auto-separación, es lo que da a la expresión "los intelectuales" el valor que ésta pueda eventualmente tener. Si no hay tal persona entonces los congresos de intelectuales son simplemente reuniones entre ideólogos y sus oponentes ideológicos, se sea o no consciente de ello. Pero las opiniones de incluso las mentes más inteligentes sobre temas que no son propios del área en la que ellos han destacado tienen poco valor si son sólo un reflejo de las ideas recibidas de una ideología. Jean-Paul Sartre tenía un intelecto muy poderoso y original. Pero en su papel de intelectual, y de conferencia en conferencia, simplemente repetía la ideología marxista en cualquier discusión sobre temas de actualidad internacional.

En respuesta a la petición del manifiesto que nos solicitaba una definición del intelectual diríamos que éste es alguien que tiene confianza en la independencia de la vida intelectual. Debería ser un crítico de la sociedad en la que vive, juzgándola con sus percepciones y con escrupulosa atención a la verdad, tal y como lo hace en su propia actividad especializada. Si pertenece a alguna ortodoxia política o religiosa debería entonces estar dispuesto, pese a todo, a

ser un hereje dentro de la ortodoxia, es decir, a verla desde fuera incluso si se adhiere a ella. Un signo esperanzador para la vida intelectual de hoy en día es la reemergencia en Rusia y China de herejes marxistas.

Para ilustrar las consideraciones que estoy intentando hacer sobre el papel del intelectual, quisiera hacer alguna observación sobre la experiencia de la UNESCO. Como es sabido, la UNESCO es el órgano de las Naciones Unidas que se supone se dedica a actividades intelectuales por todo el mundo —ciencia, cultura y educación—. El primer Director General de la Comisión Preparatoria de la UNESCO, que empezó a funcionar poco después de la guerra, fue Julian Huxley, un biólogo distinguido y casi por herencia un intelectual, siendo como era el nieto de T.H. Huxley y el hermano de Aldous Huxley. Después de que hubiera sido completado el trabajo de la Comisión Preparatoria, el nombramiento de Julian Huxley como Director General de la UNESCO no fue revalidado en la primera Conferencia General que tuvo lugar en París, como resultado de la presión de la delegación norteamericana. Esta era la época del Comité del Congreso para Actividades Antinorteamericanas del senador McCarthy. Más adelante, la influencia norteamericana fue contrarrestada por las tendencias antinorteamericanas y, muy significativamente, la UNESCO se ha convertido, en sus Conferencias Generales anuales, en una torre de Babel de razas, naciones e ideologías en disputa. Puede que haga algún bien, pero dice poco en favor del intelecto mundial.

Puesto que la UNESCO es un intento de institucionalizar a escala mundial las actividades intelectuales, el estudio de la misma en una conferencia de "los intelectuales" podría ser un ejercicio instructivo. Ciertamente serviría como test para averiguar si los propios intelectuales la juzgan con los más altos baremos de la vida intelectual o usaban los mismos criterios de intereses raciales, nacionales o de partido, los mismos que distorsionan las Conferencias Generales de la UNESCO.

He hablado aquí de los intelectuales como si fueran mentes superiores. Por supuesto que la eminencia en sus variados campos de actividad les debe distinguir, o no serían intelectuales. Pero también debería dejar claro que el intelectual sólo tiene autoridad fuera de su especialidad si tiene una cierta sencillez —la habilidad para hablar por la humanidad y desde un corazón humano—. Cuando uno considera el tipo de problemas con los que el mundo se enfrenta hoy y acerca de los cuales "los intelectuales y artistas", mediante el lenguaje, tendrían algo que aportar, uno se da cuenta de que el lenguaje es un factor cuya importancia va en disminución en la toma de decisiones que afectan a la humanidad. Las conversaciones entre Rusia y los Estados Unidos sobre el armamento nuclear se parecen cada vez menos a discusiones por medio del lenguaje entre seres humanos diestros en el manejo de sus respectivos idiomas y más a debates entre computadoras rivales. El intelectual sólo se justificará si puede arrebatar a las computadoras y a las ideologías la discusión de ciertos problemas de nuestra civilización y retrotraerla, en un lenguaje que todo ser humano inteligente pueda entender, a la elucidación de los principios en la medida en que éstos inciden sobre nuestra problemática.

ROSSANA ROSSANDA

CARA Y CRUZ DEL COMPROMISO

Traducción de C. Seavino

Conozco dos versiones del compromiso de los intelectuales, y no quiero escandalizar a nadie si me parece que, en gran medida, están agotadas ambas.

La primera es la que surge entre las dos guerras y pretende un conflicto socio-ideológico muy claro: por un lado están los poderes, de tendencia autoritaria y fascista, y por el otro, la masa de sujetos sociales que aparecen en la escena histórica, con reivindicaciones, con partidos y con una cultura de renovación o revolucionaria. En esta fase, el hombre de cultura, que es todavía relativamente raro y asume la forma de *maître à penser*, toma posición por una de las partes (el Estado, el mantenimiento del *statu quo*, la continuidad de un sistema de *grandes y pequeños*, de gobernantes y gobernados, del cual forma parte la aristocracia del saber o de la forma, reservados esencialmente a unos pocos) o por la otra (una democracia que implica una transformación del sistema social y que por este motivo parece próxima al socialismo y al descubrimiento de las masas, la crítica a los poderes y a la manipulación de la mente a través de la cultura de masas y los medios de comunicación administrados por los poderes). De esta forma, entre las dos guerras e inmediatamente después, los *grandes* intelectuales son esencialmente antifascistas y de izquierda: su papel se ve claramente en el congreso de escritores de París en el año 1935, prelude de los frentes populares, que tiene su corazón en España. Después de la guerra estarán siempre más a la izquierda, testigos de una sociedad que debe cambiarse, con la intuición de que su cambio no sólo está en la lucha política: pienso en los dos más grandes —Jean Paul Sartre, en Francia, y Heinrich Böll, en Alemania, que fallecieron a comienzos de los ochenta— y que sólo una polémica de mala fe puede definirlos simplemente como *compañeros de viaje* de la izquierda. Toda una escuela —la escuela de Francfort—, emigrada desde Alemania a EE.UU. como consecuencia de las leyes racistas, tiene con los partidos tradicionales de la izquierda, especialmente con los comunistas y con las tendencias estajonovistas imperantes, muy malas relaciones; sin em-

bargo, es difícil encontrar una crítica anticapitalista más aguda que la de los Adorno, Horkheimer, Marcuse.

Este tipo de intelectuales denuncia y da testimonio por aquellos que no tienen voz para hacerlo; los explotados, los oprimidos y, más tarde, los marginados. Ellos contribuyen a construir una cultura extendida de izquierda sin más, o, en Alemania, a recorrer el manto de silencio que trata de cubrir a la sociedad erhardiana. En su mayoría se trata de literatos, críticos, filósofos, humanistas, historiadores, disciplinas que lindan con la ética.

Hacia fines de los años sesenta, este tipo de intelectual es sacudido por una doble crisis: positiva y negativa. Así, por lo menos, las defino yo, que soy parte interesada. Positiva es la crítica que en 1968 hace en todas partes a las sociedades avanzadas y, curiosamente, en China (en México es distinto), surge una polémica hacia el *maître à penser*, viva y mordaz, que sigue válida y a la cual Michel Foucault daría un fundamento teórico. El gran intelectual comprometido, dirán los jóvenes exaltados de la contestación, forma parte de una aristocracia de los saberes y de los poderes que, si bien parece rechazarla (Sartre desprecia el Nobel), en la realidad la engloba, la acepta, comparte el lenguaje, el amor por la forma, el saber y el gusto, la comunicación: se encuentra a la izquierda en vez de a la derecha, pero como los intelectuales de derecha, es él quien habla, se prodiga, instruye, reúne discípulos... La cultura siempre se vierte graciosamente desde arriba, ya a los ricos, ya a los pobres, desde las cátedras universitarias, desde los periódicos o a través del *turismo cultural* de los hoteles, de los congresos internacionales, a los que los intelectuales, siempre los mismos, se desplazan continuamente, con gastos pagados, fotografiados, entrevistados, mimados. Mil novecientos sesenta y ocho los enfrenta al discurso de figuras singulares que han encontrado una forma de expresión:

el valor inalienable del yo, yo como todos, yo en la irrepeticibilidad de mi vida, las vidas inconmensurables, una junto a la otra. En las primeras asambleas de 1968, el intelectual no estará en las cátedras, no será el primero en tomar la palabra: incluso desde la izquierda se cuestiona si debe hacer uso de ella, aun sin obtener privilegios. Acerba crítica de la cual, molesto, se encoge de hombros recordando el poco saber de los contestatarios

Recuperación sacra

Por el contrario, me parece negativa una recuperación totalmente sacra del intelectual-comprometido-único-con-la-verdad, frente a los errores de la izquierda. El viento ha cambiado, pero la izquierda europea se da cuenta tarde de esa crisis de los socialismos reales que ya lleva varios decenios, pero que hace explosión en los años sesenta y setenta, en las guerras intercomunistas y en la lenta reacción occidental. Nace entonces el intelectual que tirándose de los pelos, grita: "La izquierda es un error, la revolución es un horror. Lo digo yo que he creído en ellas". Una acción panfletaria, más o menos violenta, crece así junto a los últimos pensadores anticapitalistas y de izquierda (Sartre, Marcuse, Böll, Schneider, entre los más jóvenes). En Francia se llamarán *nuevos filósofos*, porque es un país con gran capacidad para las definiciones, pero se encuentran por todas partes: dan testimonio de que nada ha cambiado porque el solo movimiento de *cambio* lesiona la libertad de quien no quiere o no sabe. Los testimonios del Este, con Solzenitsin a la cabeza y un Kundera más sutil, corren en su ayuda. En las sociedades de la mentira (los llamados Estados socialistas) y en las ideas mentirosas (todo el marxismo desaparece de repente), sólo el intelectual que ha sido *compañero de viaje* puede demostrar el alcance del error. La oleada neoliberal tiene a sus meditativos heraldos, dominando todavía la escena. Son esencialmente un producto de finales de los años 70 y los 80.

Su testimonio tiene, sin embargo, con respecto al *engagement* (compromiso) de los años treinta, menor dramatismo, por estar con y no contra la corriente. La soledad de su figura ya no se alza más sobre masas indiscriminadas y oprimidas. No han provocado la crisis de la izquierda, pero hablan de ella: si sus argumentos son más elaborados y pesimistas, su mensaje no es muy diferente del de cualquier editorialista de la gran prensa del régimen. Simbólicamente, con Sartre también muere Aron.



Sin embargo, más allá de las historias personales, se han producido cambios de fondo, típicos de la segunda mitad del siglo. Las formas ideales e ideológicas de la conflictividad se han suavizado: la crisis concreta de la izquierda y de sus organizaciones, juntamente con la de las sociedades del Este, ha quitado de en medio al intelectual comprometido para los oprimidos, desde Romain Rolland a Böll. Sólo queda un tipo de intelectuales comprometidos, el del nuevo conflicto que parece dominar a la sociedad, entre *industrialistas* y *ecólogos*, aquellos que ven inminente o posible una degradación del planeta y, por esa misma razón, están en contra de la energía nuclear, tanto para uso pacífico como para la guerra, y aquellos que piensan, en cambio que el *desarrollo* y el *crecimiento* exigen pagar un precio. Es el mayor Thompson, es el barco de Greenpeace, que hoy dan testimonio poniendo en dificultades a los gobiernos e influyendo sobre grandes masas de opinión.

Es aquí —dejando entre paréntesis las que pueden ser lagunas de su ideología, la respuesta no inmediata a esquemas sobre los cuales se había llevado a cabo, en los años treinta, el compromiso derecha-izquierda— donde estas culturas corresponden también a una ampliación de los *sujetos culturales*, a un menor gregarismo sobre las huellas de algunos *grandes intelectuales*. Aquí influye la existencia de una mayor cultura y el distanciamiento de la esfera política y la nueva composición de los intelectuales. Estos últimos son cada vez menos individualidades *aisladas* y cada vez más una capa de personas que trabajan en sectores diferenciados del conocimiento, en los cuales también encuentran grandes problemas éticos y de elección (el físico, sobre la energía nuclear; el biólogo, sobre los *límites* de la licitud de la ciencia; el geólogo y el agrónomo, sobre los *límites* de las modificaciones de la Tierra). Es como lo que Foucault llamaba *el discurso del Estado*, no en su aspecto puramente represivo, sino en su condición organizadora. Reglamentación de cierta amplitud y fundada sobre las competencias que establece, por primera vez en la historia, en gran medida, una unión intrínseca entre *intelectual* y *acción*, no sólo política (es decir, sobre las ideas), sino estatal o pública e incluso privada.

La figura del *mâitre à penser*, del intelectual comprometido auténtico, está muy determinada y puede ser ligeramente ridícula: los pastores son cada vez más, y el rebaño a conducir, cada vez más reducido. Queda de los años treinta y cuarenta la intuición de la escuela de Francfort, que, hoy por hoy, sugeriría apalea a los directores de las cadenas televisivas más que asaltar a una comisaría de policía.

En 1987, *los intelectuales* y *el compromiso* puede querer decir, me parece, la restitución a los que tienen medios para estudiar y saber del deber de estudiar y saber. Hablar menos y comprender más, no contentarse con las constataciones ya un poco pasadas de los teóricos de la sociedad en su conjunto. No podemos llegar más a Luhmann, o Lyotard, o Rawls, y deberíamos haber partido de su incipiente crisis, enfrentándonos un poco menos a nuestra gloriosa imagen pasada y un poco más a ¿para qué sirve un intelectual de los años ochenta? y ¿qué intelectual?, preguntas que dudamos en hacernos y que implican mucha humildad.

del Cabo de las Tormentas y el Golfo de Sumatra,
 en la irrealizable ansiedad de sus almas

y el oscuro blasón de sus células.

Amor mío, amor mío, el humo del asado
 envuelve la casa y los cuerpos tan dóciles,
 y tan poderoso sol en el vino y el pan,
 es este el primer día del mundo,
 ambos están revestidos por una especie de plumaje
 erizado,

pero en la calle sólo hay garras,
 imposibles espirales de amor, y esa pareja
 comunicándose a través de sus ramificaciones nerviosas,
 en cada uno de cuyos extremos

arde una chispa sofocada, en pos

de ese lecho fantasma que alza su arboladura
 a través de los mares, hipnótico
 a la luz de la luna,
 con una nube de gaviotas en la espuma nocturna.
 Los secretos del muro sólo se abren en sueños
 como las flores de la sangre en la oscuridad.

Y él la besa

sobre la hierba de la colina donde ella ha caído
 porque viajan en trenes que aúllan, lugares volcánicos
 poblados de cactus, corriendo y corriendo,
 perdidos con mágicos hierros
 en semejante noche, en tales patíbulo donde el condenado
 muere de placer en un trono de fuego.

Amor mío, amor mío, esta es una sonata en la calle

donde braman los ómnibus,

pero el ronco resoplido de la resaca está aquí,
 y también las desnudas verdugas con altas botas negras
 y el látigo en el puño: las Furias,
 porque de todo amor nace un relámpago inconcluso.

En tales circunstancias

la mutua seducción de esas apasionadas criaturas

es sólo realidad en la carencia,

en el cielo vacío del que huyeron los dioses,
 y siempre faltará algo en la consumación de todo destello sueño
 nacido de la tierra, un gesto, un aleteo,

y ese destello de la presencia total

con la luz de Sodoma y Gomorra, pero ahora

se pierden de vista

en la desamparada callejuela, en donde, contra el muro,
 una pareja se desvanece en el aire sin socorro

en una interminable cacería.

LOAS A LOLITA

Reuters. Ciudad del Cabo. - Lolita, la novela de Vladímir Nabokov sobre una seductora impúber, ha sido eximida de la censura que le impuso el Directorio de Publicaciones sudafricano, según se anunció aquí el viernes.

International Herald Tribune
Noviembre 28 de 1982

En La Habana Vieja, en una calle irlandesa, O'Reilly, había una librería francesa llamada la Casa Belga. A esta encrucijada europea iba yo cada semana a comprar *Cinemonde*, la revista parisina, popular en el medio mundo del cine de entonces. Pero si es memorable ahora es sólo por sus abigarradas portadas a cuatro colores de un *Kitsch* cálido (como Martine Carol en *Lucrezia Borgia* o en *Naná*, toda tetas y la testa teñida: de yodo la piel, de yema el pelo) y por sus títulos en francés de películas de estreno: versiones notables por su sentido insólito — que, a veces, coincidía con el original—. Así *High Noon* no se llamaba *Sólo ante el peligro*, como en España, o *A la hora señalada*, como en América toda, sino *El tren pitará tres veces*. *The Setup* no era *El perdedor*, como en Cuba, sino *Hemos ganado esta noche*. Mientras que la legendaria *Lo que el viento se llevó* se llamaba en *Cinemonde*, entre exclamaciones, con un título que siempre me recordó a un director de cine de moda entonces, Autant Lara. Ese clásico del cine del sur, en colores, con diez mil extras y un productor, Nerón norteño que reía mientras Atlanta ardía, se convirtió en francés en *Autant en emport le vent!*

Amado Alonso (sin parentesco con don Amado Alonso: nótese que le falta el don apacible), el dependiente de la Casa Belga, me facilitaba cada mes, mediante pago, *Cahiers du Cinema*, ese *Cinemonde* de la crítica seria. Pero de cuando en cuando me mostraba de soslayo, untuoso, dudoso, como quien no quiere la cosa, el título prohibido de un libro que se vendía en todas partes, me aseguraba, como *camp*

caliente —venido, como *Cinemonde*, como *Cahiers* y los bebés, de París—. Los libros libertinos solían tener títulos tales como *Prelude charnel* o *Les Chansons de Bilitis* o *Trophés des vulves legendaire* y estaban, como me mostraba bajo el mostrador Amado, primorosamente ilustrados a una mano y a todo color subido, con paisajes poblados por ninfas ninfómanas y faunos fálicos. También tenía Amado a mano novelitas de The Obelisk Press, editadas en Francia en inglés —y ya se sabía qué eran esas ofertas bilingües: una ofrenda de amor en cada entrega—. Algunos libros estaban infibulados por el editor para garantizar al cliente la virginidad total del tomo: la posibilidad de un desfloreamiento bíblico era sólo asequible al comprador islámico: una ceremonia previa al goce de la lectura prohibida. La librería se convertía así en álbum y harén, y los lectores machos éramos, como Valentino, jeques —o hijos del jeque—. *Mektub!* Está escrito.

Amado Alonso, impar, sin par, era un asturiano de edad media, mediano, peso medio pero nada medieval, con caderas y cara maciza, de cabeza clara, casi calva. Siempre de cuello y corbata, sin siquiera reparar en la cruel canícula cubana, éste era el invierno de su contento en esa Casa Belga que nunca conoció el frío exótico del aire acondicionado. Con su ambiente enrarecido por el bochorno o el entorno erótico, apenas movían el aire estancado (humo de habano, horno eterno) las aspas altivas del ventilador que pendía del cielo raso como una palmera invertida. Si Amado Alonso era serio, más estólido, sólido, era el propietario, que nunca dejaba la trastienda tórrida. Cuando

lo hacía, raro, se mostraba un belga bajo o del País Bajo: rosado, de barba cana y con aspecto de holandés errado más que de valón. Se llamaba Vandamn y al conocer el viejo vicio que lo transportó en éxtasis de Amberes a nuestra antigua antípoda ambigua, yo lo llamé Vandammed —recordando el círculo de viciosos como un hoy sin fondo en que Dante en su infierno hundió a los pederastas pasivos—. Fue así, con más humor que sorpresa (o vicio versa), que supe que Vandamn y Alonso eran amado y amante, una pareja que bailaba cada noche un flamenco raudo y lento, fraudulento, con castañuelas blandas que hacían música de nalgas —panderetas o pandereros—.

Lo anterior es, por supuesto, más digresión que agresión y no tiene nada que ver con *Lolita* nada nada, excepto que...

Un día de 1957, temprano en la estación violeta, Amado Alonso me enseñó no una gramática parda sino un librito verde que por la magia blanca de la moral al uso y la publicidad púdica se convertiría en un tomo escarlata en dos años apenas. Estaba editado el tomito por la Olympia Press de París pero en inglés: esta olímpica editora clandestina era hija del obeliscofílico, ahora flácido si no caído, y al no estar ya en la misma Resistencia erótica era hoy, ayer, legal y gálica. Ambos editores eran padre, hijo y el espíritu non sancto soplabá sobre sus anaqueles como sobre altares: eran los días de Girodías, puros pornógrafos parisinos. Vi el título del tomo breve, *parvus*, que me ofrecía Amado displicente, a lo toma o lo deja. Se llamaba *Lolita*. Pero excepto por el recuerdo de una criadita ampulosa y vulgar, populachera ella y tan falsa rubia desnuda como falaz amante, llamada Lolita como para desmentir tanta carne cubana desbordada, ese nombre no me decía nada, nadita. ¿Aló, Lolita? Nadie respondía a mi llamada, fono en mano, erguida baquelita. ¿*Lolita*?

—Vale la pena —me respondió Amado Alonso y pronunció pena como si le doliera venderme el libro. ¿Lo toma? —Es la iniciación de una niña— añadió Amado con autoridad, casi como si fuera el autor de la desfloración impúber. Aunque Alonso debía saber más de niños amados que de niñas amantes. Inadvertido o apenas advertido cogí el libro en la mano (siempre acojo en mi mano lo que me ofrecen: sea, amistosa, otra mano o, ya de esteta, una teta): verde que lo quiero ver. Pero en ese momento Odiado Alonso, bailaor, ejecutó una pirueta doble y dijo: —Son *dos* tomos, sabe— y en efecto eran dos libritos dos o un mismo libro repetido, como si Lolita tuviera una hermana gemela: dos niñas en flor o siamesas en capullo. El precio que me susurró Amado (ahora amigo: mi semejante, cómplice hipócrita, vendedor) era exorbitante y los ojos se me salieron de la obrita: ¡15 pesos! Sonaban al oído herido como iguales dólares cantantes: el peso cubano, como canta el gran Bien-

venido Granda, se tuteaba entonces con el dólar. Con dolor de dólares cantantes devolvía ya los libros a su custodio como una virgen de la noche menor de edad a su proxeneta: arcanos ambos. Pero quiso el azar del lector o el designio del autor que advirtiera, en ese momento de duelo, luctuoso, que viera que uno de los tomos, cerca del lomo (no sé si en Lo o en Lita), tenía un agujerito redondo, redondito (casi imperceptible a un ojo que no fuera miope, como el mío, lente de lupa) que atravesaba como una oreja verde una de las *Lolitas* perennes, de parte púbrica a parte pudenda. Era el arte del arete de una traza tropical, polilla pudorosa, poderosa que venía a vengar al cliente que no tiene toda la razón sin haberla perdido todavía. Esta perforación de Lolita —o mejor, en *medias res* de *Lolita*— hizo que se despreciara de inmediato. El libro, no su lectura, siempre preciosa. Así fue como rapté a Lolita (Sabina en las sábanas, Lolita *au lit*) de entre los belgas, que se negaban a dar a César lo que.

No conocía a Nabokov, por supuesto. Ni siquiera sabía pronunciar su nombre entonces, que me sonaba a Nabuco. Pero su libro me ganó al perderme. Me cautivó enseguida esa primera línea de su falso prefacio: “Lolita o Las confesiones de un viudo blanco”— tanto como el verbo barbarroco “preambular” por poner preámbulo al libro—. ¿O es que el protagonis-



ta, según su psiquiatra, padecía de manía preambulatoria? Lo ignoraba yo todo del arte de Nabokov, Nabuco narrador, verde Verdi, pero enseguida supe que Humbert Humbert, autor de este sí de la niña, estaba loco loco. El libro abierto, en la misma primera página aparecía ese pequeño poema Doloroso: "Lolita luz del alma, fuego lumbar." Todavía, ya en la novela, me esperaba a la entrada la demencia delirante del poeta pedófilo que declara, declama: "No hay como un asesino para tener el estilo de adorno." ¿Se refería acaso a Theodor W. Adorno? O más abajo exhibir la clemencia demente de ofrecer, como ilustración de su prosa, circular dentro de pocos minutos, tarjetas postales, verdes, "de brillo". ¿Por qué no mate? Como si fuera poco loco en ese primer párrafo (paranoide para ninfas) el autor ilustraba la muerte de su madre de una manera elíptica más que apocalíptica: "Mi muy fotogénica madre murió en un accidente raro: picnic, rayo." Era, lo vi enseguida, una parodia nada accidental del inicio de *El extranjero*. Sin las pretensiones filosóficas, claro. Sin la prosa de prisa, de risa, de Camus. Sin piedad, sin par.

Leer el libro, tomo tras tomo, fue una fiesta fantástica: de la imaginación verbal, no de la fantasía del funámbulo. Presté *Lolita*, en dos partes gracias al serrucho del editor galo, a todos mis amigos que sabían inglés, para una orgía de frases felices y falsa fornicante, inepta, insuficiente, que fue sin embargo la primera que se hizo en español a *Lolita*. Y posiblemente a cualquier libro de Nabokov, autor que sufrió dos exilios: el de su país y el de su idioma. No tuvo mucha acogida en Cuba, esta nota ni erótica ni heroica —ni en otras partes que yo sepa—. Pero para mí Vladímir Nabokov fue un descubrimiento y una revelación, casi una revolución en el palacio del placer de leer. Desde que leí *Historia universal de la infamia* en 1947 y descubrí a Borges como a otro planeta, *orbis tertius*, con mi telescopio de lectura, ningún escritor había sido fuente de regocijo tal y tanto y una confirmación de que toda literatura será juego o no será. Un juego de placer como el sexo y casi tan vital. Un juego mental como el ajedrez y así tan letal. Juego de solazar. *Fetes vos jeux, mesdames et messieurs*. Leer a Nabokov era como escribir en inglés: un juego que yo no podía jugar con Joyce o con Lewis Carroll o con Sterne o con Mark Twain, nacidos en el idioma, distintos, diferentes aunque iguales verbales. Pero podía jugar con Nabokov y su ruleta rusa de risa y de azar. Después de todo habíamos nacido el mismo día del mismo mes aunque en siglos distintos, en tierras distantes y Nabokov era un exiliado. Eramos tan diferentes que podíamos ser gemelos.

Fin de fiesta para mi compañía. En pseudoprólogo al falso texto de *Lolita* un analista alienado advierte que el libro "se volverá sin duda un clásico en los cír-



culos psiquiátricos". Lolita se ha vuelto más que un nombre propio: es el nombre impropio para señalar a esas niñas deseables, deseadas, deseosas como Alicias que se ven en un espejo adulto desde temprano —y no sólo en el trópico: también en las regiones templadas. *Lolita*, el libro, ha resultado algo más y algo menos que ese augurio del mendaz prolonguista proponía premonitorio. *Lolita* es clásico primero del escándalo en la novela (como *Ulises*, como *Madame Bovary*) en que el inmoral no es el libro (todos los libros son amorales, incluso *El capital*, sobre todo *El capital*) ni su autor (los escritores siempre tienen la moral que permite la censura) sino los otros, nosotros los lectores hipócritas. *Lolita* es, ahora, un clásico de la literatura del siglo. Estas confesiones de un viudo blanco, que es uno de los libros más escritos (sobrescritos) de la literatura en inglés se hizo imágenes enseguida: como en un sueño, sin esperarlo, se acercó en una película impecable, implacable como las balas lentas, torpes y ciegas el Humbert Humbert de James Mason a Peter Sellers, memorable camaleón verbal que muere y su voz se hace blanca, blanda. Esa es la *Lolita* de Stanley Kubrick que ahora cumple 25 años y cabalga de nuevo sobre cada espectador que soñó con adoptar a Sue Lyon y domar su nombre como su cuerpo Sue géneris.

Pero nadie mejor que el autor del libro, Vladímir Nabokov, para opinar sobre la puesta en pantalla luminosa, sus diálogos resonando ahora con estereo Dolby, dobles, Nabokov habla con palabras cuyo sentido si no oscuro es por lo menos opaco.

Entrevistado por mí en una nube de núbiles dijo, cierto o certero: "Creo que la cinta es de absoluta primera fila" y se calló o cayó. Si eso dijo el autor, ¿qué puedo decir yo de *Lolita*, la película? Soy sólo un lector, un espectador, un mirón móvil, inmóvil, atento siempre a Lolita —pero mirando por un agujero hecho (ahora lo sé) por el autor de sus días y no, como creía, por Amabie Alonso. ¡*Ah long so!*

ACTUALIDAD DE TOCQUEVILLE

Entre 1837 y 1853 se fue formando una filosofía pública en tres ciudades del cono sur. Entonces algunos argentinos dieron a conocer en Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile textos, artículos y folletos, desde el *Fragmento Preliminar...* hasta las *Bases...*, desde el *Facundo...* y los *Viajes...* hasta *Argirópolis...*, desde el *Dogma...*, hasta la *Ojeada retrospectiva...* Luego, todos ellos alcanzarían la altura de esos “escritos a punta de buril de Tucídides”, que Sarmiento, refiriéndose a otros libros clásicos, recordaba en su vejez.¹

El pensamiento argentino de aquellos años fue un diálogo entre lo particular y lo universal, entre la nación en es-corzo y su contorno. Buscaron esos hombres en la soledad y el destierro un rumbo, luces más cercanas que las de la primera ilustración capaces de guiarlos con paso firme. Devoradores del tiempo, voraces cazadores de la novedad, sus carreras se detuvieron frente a algunas obras, muy pocas, que juzgaron sin hesitar como magistrales. Cuarenta años después, cuando en 1880 Mitre recordaba ese momento de juventud, no dudó en llamar a *La democracia en América*, “libro de cabecera” de aquella generación del 37².

Mitre no se equivocaba. El libro de Alexis de Tocqueville —la primera *Democracia...*, publicado el 23 de enero de 1835— gozó inmediatamente de fama mundial: siete ediciones en cuatro años, rápidas traducciones, la consagración de los críticos —desde Saint-Beuve hasta J. Stuart Mill y Louis Blanc—, la elección de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y, al cabo —no sin esfuerzo de su parte— a la Academia Francesa. Sus contemporáneos compartieron la reflexión de Royerd-Collard: la obra era comparable a *La política de Aristóteles* y a *Del espíritu de las leyes* de Montesquieu. Cinco años más tarde, el 15 de agosto de 1840, Tocqueville dio a conocer la segunda parte de *La democracia...*, que no recibió los mismos aplausos³. Villemain y Pellegrino Rossi tomaron distancia crítica, los elogios se aquietaron. Tocqueville hacía un año y medio que había sido electo diputado por su circunscripción de Valognes (el 2 de marzo de 1839) y su obra escrita no habrá de reaparecer hasta 1856 en que publicará *El antiguo régimen y la revolución*, tres años antes de su muerte en Cannes el 16 de abril de 1859.

Versión abreviada y corregida de Natalio R. Botana, “A un siglo y medio de *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville”, publicada en la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, *Anales*, XIV, 1985.

Recapitulemos pues las fechas: 1835, 1837, 1840, 1853, 1856 y 1859. Desde 1835 ha transcurrido más de un siglo y medio.

El destino de ese libro y de los hombres que lo hicieron suyo permanece abierto. Sarmiento quiso emularlo en el *Facundo*, Alberdi completó el título de sus *Bases...* con la expresión “puntos de partida”, concepto crucial de *La democracia...* de 1835, y Mitre, en el primer capítulo de la *Historia de Belgrano...*, recuperó la noción tocquevilleana de origen igualitario de la libertad cuando distinguió la colonización del Atlántico basada en el trabajo libre, que dejó la simiente democrática en el río de la Plata, de la colonización del Pacífico creadora de servidumbre indígena mediante la explotación feudal.

Digamos que esos valores e interrogantes hoy están presentes. Como un río subterráneo *La democracia en América* se perdió entre 1880 y 1930 para reaparecer mientras avanzaba sobre el siglo XX el irresistible movimiento de la igualdad democrática. Tocqueville contemporáneo de los fundadores, Tocqueville nuestro contemporáneo: ¿dónde radica esa tenaz sobrevivencia? ¿qué lecciones puede dejar al paso que renace entre nosotros la esperanza democrática? Expondré a continuación algunos aspectos de una reflexión que comenzó en la Europa de 1962, cuando por intermedio de Raymond Aron descubrí la obra de Tocqueville.⁴

No creo necesario insistir acerca de lo que es bien conocido. En 1831 un joven de vieja aristocracia normanda, cuya familia había padecido el terror del 93, puso proa a la América del Norte, junto con su amigo Gustave de Beaumont, para estudiar el sistema penitenciario de los Estados Unidos. Tocqueville pasó en el Nuevo Mundo nueve meses. Nada más: el viaje intelectual que nació de esta experiencia duró en cambio toda una vida.

De ese viaje intelectual, el más íntimo, nos queda, en

primer lugar, el legado de un método cautivante que combina la descripción de tendencias históricas de largo plazo con el papel decisivo de la libertad humana. El hombre, según Tocqueville, hace la historia, pero ella misma lo sitúa en un círculo del cual no puede salir fácilmente. El movimiento histórico, el "hecho providencial —así lo llama— universal y duradero" es el "desarrollo gradual de la igualdad de condiciones". Es la igualdad en tanto fenómeno objetivo que ha "destruido el feudalismo y vencido a la realeza", y la igualdad como sentimiento subjetivo que impulsa a los hombres y a los pueblos en pos de la aventura del ascenso. "Este libro —escribió Tocqueville en el prólogo de 1835— ha sido escrito bajo la impresión de una especie de terror religioso, producido en el alma del autor a la vista de esta revolución irresistible que desde hace tantos siglos marcha a través de todos los obstáculos y que sigue avanzando hoy en medio de las ruinas que ha provocado".⁵

Así, desde la penumbra de una vida histórica que agoniza, Tocqueville avizora la frontera entre dos mundos y dos tipos sociales: la sociedad aristocrática y la sociedad democrática; el rango, la jerarquía y los privilegios que forman, por un lado, un mundo irremediamente decrepito y, por otro, los derechos individuales, ese "derecho general a la independencia" de cada uno, como él lo define, patrimonio universal del género humano y de la historia del porvenir. Aristocracia y democracia son pues dos conceptos que en su primera formulación califican un tipo de sociedad más que una forma de gobierno. La democracia es —*ab initio*— la igualdad real y el sentimiento subjetivo que la mueve. En palabras de Montesquieu esta es su naturaleza y su principio.

De aquí en más, de esta necesidad inscripta en la historia, arranca la esperanza en la libertad humana. Todo está por hacerse. La igualdad es como la materia prima sobre la cual el libre albedrío debe construir la civilización. *La democracia...* de 1840 concluye con estas palabras que son el epílogo de la obra entera: "Las naciones de nuestros días no podrían impedir la igualdad de condiciones en su seno; pero de ellas depende que la igualdad las lleve a la servidumbre o a la libertad, a la civilización o a la barbarie, a la prosperidad o a la miseria".⁶ Más fascinante es este apunte: "Dos problemas a resolver. Despotismo con igualdad. Libertad con igualdad. Allí reside todo el problema del futuro".⁷

Queda de este modo planteado el enigma de lo que vendrá. Esta suerte de visión profética tiene como el dios Jano un doble rostro: la igualdad y la libertad, cuando marchan juntas conforman el ideal hacia el que debe tender la sociedad democrática, "...en la que todos —escribe— mirando a la ley como obra suya, la quieren y se someten a ella sin esfuerzo".⁸ Es la democracia plena, tipo de sociedad y forma de gobierno. La igualdad sin libertad es en cambio el lado oscuro del porvenir, la perspectiva de un despotismo igualitario mucho más opresor que aquella radical ilegitimidad que Montesquieu ubicó en el cuadro de las sociedades tradicionales.

A ese destino ambivalente parece condenada la vocación humana. Pero esa esperanza, que puede transmutarse en decepción, tiene un referente decisivo en el pasado. No en vano, insisto, Alberdi grabó a fuego en su plan constitu-

cional el concepto de punto de partida. Esta idea de Tocqueville anticipa el rumbo que habrán de adoptar las naciones modernas: "El hombre entero, por decirlo así, —reflexionaba— está ya envuelto en los pañales de su niñez. Algo análogo ocurre con las naciones. Los pueblos se resienten siempre de su origen".⁹ En las comunas de Nueva Inglaterra, donde el autogobierno se practicaba con la misma naturalidad que el trabajo cotidiano, Tocqueville observó una igualdad nacida sin traumas que se combinaba espontáneamente con la libertad y la piedad religiosa. Esas pequeñas ciudades, semejantes a repúblicas antiguas sin sombra de esclavitud, evocaban acaso el sueño de Rousseau despojado del opresivo dominio de una voluntad general que se impone sobre los discolos como espartana exigencia.

En el punto de partida de los Estados Unidos, la igualdad había encontrado a la libertad y a la virtud de Montesquieu. Otro era el caso de Francia. En los entresijos del *Ancien Régime*, el impulso igualitario había crecido hasta que acontecimientos no previstos encendieron una gran revolución. El ideal del 89 —igualdad, libertad, fraternidad— sucumbió frente al terror y al despotismo bonapartista. Era la ruptura: la igualdad desnuda, el terror acoplado a la virtud, la llanura de un paisaje, arrasada la vieja libertad aristocrática, donde una multitud de individuos aislados era masa disponible para un nuevo orden autoritario y militar.

En una orilla del Atlántico reinaba la esperanza; en la opuesta, el fracaso. La intención teórica de Tocqueville quedará contenida en estas dramáticas preguntas: ¿cómo desvincular la tradición de la libertad de la tradición revolucionaria? ¿cómo sembrar la libertad en un terreno que ha padecido el trastorno de una revolución igualitaria, a sabiendas que la historia no retrocede y que la ideología reaccionaria es un mito sin sentido?

Las respuestas circulan por lo menos sobre tres carriles. Son las meditaciones de Tocqueville acerca de la legitimidad democrática según origen, finalidad y ejercicio. De las tres, la legitimidad de ejercicio se erige en el último cimiento de la democracia, porque este régimen es una práctica permanente que no sólo toma en cuenta leyes e instituciones, en suma la constitución de un pueblo, sino que sobre todo atiende a una singular pedagogía de la asociación civil y política. La democracia es el régimen que descansa en el arte de la asociación. Por eso es un estilo de vida.

Montesquieu descubrió el espíritu de las leyes. Tocqueville escrutará el espíritu de la democracia sometiendo a la idea aristocrática de la libertad resistencia a una fulminante conversión. La asociación libre y voluntaria, la adhesión de varios ciudadanos a un común programa e interés, el derecho de reunión, la formación de grupos cívicos y partidos políticos, habrán de reemplazar a los cuerpos constituidos que otrora frenaban el despotismo del monarca. Montesquieu señalaba que sin nobleza no hay monarquía sino despotismo.¹⁰ Tocqueville, casi un siglo más tarde, advertirá que sin asociación voluntaria no hay democracia sino tiranía de la mayoría. "Entre leyes que rigen las sociedades humanas hay una —dijo— que parece más precisa y más clara que todas las demás. Para que los hombres permanezcan civilizados o lleguen a serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos y se

perfeccione en la misma proporción en que aumenta la igualdad de condiciones".¹¹

El arte de la asociación voluntaria tiene para Tocqueville un doble linaje: es hijo de las leyes que garantizan su posibilidad y existencia, pero, más que eso, es tributario de una experiencia viviente, de las costumbres y de la religión. Costumbres según la expresión antigua: *mores*, hábitos del corazón y del espíritu, creencias y opiniones arraigadas en un pueblo. Las costumbres no existen sin soporte ético y la religión cumple esta función en una democracia: se ha despojado del ropaje cortesano; ya no dirige a los poderosos y sus súbditos desde el Estado, sino a los ciudadanos desde la sociedad. En el mundo aristocrático, la religión educa a la sociedad desde el poder político: configura, de esta suerte, un orden clerical. En la democracia, la religión educa al poder político desde la sociedad y por este camino conforma un poder moral.

Tocqueville enfrenta resueltamente al espíritu de la ilustración que postulaba que la libertad y la tolerancia se robustecían a medida que la fe religiosa decrecía en la conciencia individual. El dirá que no puede haber vida ciudadana, tumulto y confrontación sin el sosiego moral de la piedad del hogar. Para Tocqueville, cada tipo de sociedad debe contar con una forma de religiosidad adecuada. El principio religioso que anima a la democracia es aquel que se reencuentra con una tradición evangélica tan alejada de la religión civil, impuesta por la voluntad general a título de dogma laico, como del imperio clerical en la sociedad aristocrática o del absolutismo sacro en la república antigua.

Pocas cosas desmienten con más fuerza la utopía racionalista que este fascinante cuadro de las costumbres en una democracia. Tocqueville no confiaba en el voluntarismo legislativo. El legislador guiado por este principio erige a la ley que nace de un proyecto de la razón en exclusivo reconstructor del mundo. Las causas físicas y las costumbres quedan subordinadas a este designio. Esa utopía ha perdido, según Tocqueville, razón de ser: "...tres grandes causas —concluye— ayudan indudablemente a ordenar y a dirigir la democracia americana; pero si hubiera que clasificarlas, yo diría que las causas físicas contribuyen menos que las leyes, y las leyes menos que las costumbres".¹²

La sabiduría política consiste en entender las costumbres por medio de la experiencia y la historia. "Hay tres hombres —le confesaba Tocqueville a su amigo Kergorlay— con los cuales vivo todos los días un poco, son Pascal, Montesquieu y Rousseau".¹³ Pascal, su confidente: *l'esprit de finesse* que confronta a *l'esprit de géométrie*. Ese conocimiento pascaliano que llega hasta el corazón, a la raíz de las creencias y sentimientos, que sabe que la razón tiene límites —bien ha dicho Lambert—, le abrió a Tocqueville el cerrojo de un entendimiento histórico diferente del de sus contemporáneos, Comte, Hegel y Marx. En éstos el espíritu de geometría se traduce en espíritu de sistema. A Tocqueville, *l'esprit de finesse* le inspira una comprensión abierta de la historia y de una justicia que la trasciende.¹⁴

Los Estados Unidos le revelaron a Tocqueville un mundo donde las costumbres creaban y conservaban a la democracia. El escenario europeo, erizado de obstáculos, le proponía, por otra parte, una exigencia mayor, porque se trata-

ba, ni más ni menos, de invertir la circunstancia feliz de América del Norte, reclamándole a las leyes y a la política que ellas mismas, mediante un paciente trabajo cívico, fueran creando paulatinamente nuevos hábitos y nuevas costumbres. La tarea era inmensa, semejante a la que se propusieron nuestros fundadores. Tenían que actuar en sociedades donde la libertad no había echado raíces, tierra yerma sobre la cual planeaban dos tentaciones: la tiranía de la mayoría, que no es otra cosa que el despotismo revolucionario, y la fuga hacia lo privado que emprende un habitante mezquino encerrado en el individualismo.

La primera, ya lo hemos dicho, es el trágico final de una utopía a la que devora, al principio el terror y luego un orden opresor. Explicación del bonapartismo y, a la vez, genial predicción de aquello que el siglo XX tiene de indigno: "Si se me permitiese levantar el velo que nos oculta el futuro, no me atrevería a hacerlo —escribió Tocqueville en un apunte para *La democracia...* de 1840—. Tendría miedo de ver a toda la sociedad en manos de los soldados. Una organización *burocrática, militar*, el soldado y el funcionario. Símbolo de la sociedad futura".¹⁵

La segunda tentación es más benigna y aqueja por igual





VI *Altra Tromba Spezzata*

a las democracias realizadas en plenitud y a las que todavía avanzan por un estadio más imperfecto. Es la tentación del individualismo, el proyecto vital de un habitante cuyo horizonte se detiene en el estrecho marco que le proporciona la existencia privada. Tocqueville ausculta la erosión paulatina a que se ve sometida la opinión pública: "...temo que el poder termine al cabo dominando a todos —expresó en su discurso de recepción a la *Académie Française*— no porque tenga a su favor a la opinión pública sino porque la opinión pública no existe más".¹⁶ Tocqueville no encontró palabras capaces de explicar —él mismo lo reconoce— a esta nueva forma de opresión. Le bastó con describirla en una página que sobrecoge: "...veo una muchedumbre inmensa de hombres semejantes e iguales, que giran sin cesar sobre ellos mismos para procurarse placeres pequeños y vulgares con que llenar su alma. Cada uno de ellos, apartado de los demás, es ajeno al destino de los otros; sus hijos y sus amigos constituyen para él toda la especie humana; está cerca de sus conciudadanos y de sus vecinos, pero no repara en ellos; los roza sin sentirlos; no existe más que en sí mismo y para sí, y si todavía le queda una familia, puede decirse que ya no tiene patria. Por encima de esa masa se

alza un poder inmenso y tutelar que se encarga exclusivamente de garantizar los goces de todos y controlar su destino. Es absoluto, detallado, regular, previsor y suave".¹⁷

¿Situación irremediable? ¿Melancólica comprobación del fracaso? Tocqueville, como Montesquieu y antes Maquiavelo y Aristóteles, se detiene con pesar frente al problema de la corrupción. Sin quererlo, el individualismo, al abdicar la libertad, ha edificado las bases de un Estado inmenso y tutelar. Pero ¿cuál es la libertad que abdica? ¿de dónde arranca la cadena causal de la decadencia?

A vuelo de pájaro, nadie podrá dudar de que Tocqueville pertenece a la familia del liberalismo clásico. Su teoría reposa sobre una definición estricta de los derechos y la justicia; su rechazo del privilegio es tan rotundo como su adhesión al orden espontáneo y a la libertad individual. Hay un aspecto, empero, a través del cual Tocqueville se lanza en procura de una comprensión cívica de la libertad. Benjamín Constant estaba satisfecho con "aquel orgulloso y celoso aislamiento del individuo en la fortaleza de su derecho". Esa era la libertad de los modernos, como la llamó Constant en 1819.¹⁸ Tocqueville carecía de un convencimiento tan firme, quizá porque no llevó la teoría de las consecuencias no queridas de la acción humana hasta las últimas consecuencias: para él, los intereses individuales no engendran necesariamente efectos benéficos.

Es que Tocqueville no se resigna a enterrar al humanismo cívico de linaje renacentista. La única libertad capaz de redimir a una democracia corrupta es, precisamente, la libertad política. Sin ella, sin esa práctica incesante a través de la asociación y de la educación cívica, las pasiones mezquinas que genera la igualdad terminarán prevaleciendo. Las garantías que ofrece una constitución escrita son para Tocqueville insuficientes, porque el individuo será al cabo sometido si no es capaz de volcar parte de su existencia a lo público para defender y perfeccionar las libertades civiles. La libertad política es la encarnación de esas garantías.

Esta meditación acerca del destino cívico del hombre es, al mismo tiempo, una reflexión sobre el individuo y el ciudadano. Tras la ruta abierta por Hayek, una corriente del pensamiento liberal presentó convincentemente a Tocqueville como quien mejor expone la corrupción de la libertad política presa de un poder tutelar.¹⁹ El argumento inverso, sin embargo, no es menos cierto y ha sido explorado por autores recientes, Lamberti y Jardín entre otros: las libertades civiles, en efecto, también se corrompen cuando el individuo ignora su deber ciudadano y transfiere a otros su irrenunciable derecho político a ser dueño de su destino.²⁰ La crítica de Tocqueville a los fisiócratas —en *El antiguo régimen y la revolución*— conserva una sorprendente actualidad. Los que escinden la libertad, creyendo que la libertad económica puede coexistir con el absolutismo político, refuerzan la centralización, erosionan las reservas cívicas y preparan el terreno para las revoluciones y el despotismo.²¹

No en vano Tocqueville se definió como "un liberal de nueva especie". Ese lúcido esfuerzo por reconciliar el humanismo liberal moderno con el humanismo cívico de tradición clásica convierte a esta teoría en un conmovedor homenaje a la doble dimensión del sujeto de la democracia: el individuo, realizador de la libertad cotidiana, y el ciudadano, creador del espacio público y del bien político

Homenaje a sus virtudes y flaquezas; reconocimiento, en fin, de una fecunda tensión entre ambos polos, los que ocuparon entre nosotros Alberdi y Sarmiento, arquetipos de las dos libertades.

He dicho tensión creadora. Tal parece ser el destino del liberal que abraza la democracia. La biografía de Tocqueville está atravesada por un haz de tensiones, por la acción de fuerzas opuestas que solicitaban su espíritu. Tensión entre los sentimientos y las certezas de la razón. El, experto en costumbres, se vio obligado a vencer sus propios sentimientos. Por gusto y tradición era un hombre que disfrutaba de la libertad aristocrática. Su inteligencia lo condujo a comprender que ese mundo decrepito era irredimible, y que, mirando hacia adelante, la única libertad posible habrá de ser la libertad democrática.

Tensión entre el sabio y el político. Tocqueville diputado entre 1839 y 1848, solitario y ensimismado, ocupando un lugar en el parlamento entre el centro-izquierda de Thiers (aquel que Sarmiento describió en una página inolvidable²²) y la izquierda dinástica de Odilon Barrot. Tocqueville tentado por la fama, sacrificando la paz del gabinete, peleando las elecciones, conquistando a la postre su banca con el sufragio universal. Tocqueville, ministro de Relaciones Exteriores de una efímera república a la cual derroca un golpe de Estado. Tocqueville en el exilio interior, recuperando en el ocaso su cariño por los papeles y los archivos.

Tensión, en fin, en un hombre que supo descubrir el fundamento religioso de la democracia y que, sin embargo, no logró satisfacer con una fe completa esa nostalgia de Dios. Hasta el último momento, en un cuerpo consumido por la tuberculosis, el Dios de los sabios y los científicos libró su batalla con el Dios de Pascal, el Dios de los Profetas. Esta fue su vida y estas palabras lo pintan de cuerpo entero: "Creo que habría amado a la libertad en cualquier época; pero me siento inclinado a adorarla en los tiempos que corremos. Por otra parte, estoy convencido de que fracasarán todos los que, en los tiempos que se avecinan, traten de apoyar la libertad sobre los privilegios y la aristocracia. Fracasarán todos los que intentan atraer y retener la autoridad en el seno de una clase. No existe en nuestros días soberano tan hábil y tan fuerte que sea capaz de restablecer el despotismo restaurando distinciones permanentes entre sus súbditos; ni tampoco legislador tan sabio y tan poderoso que pueda mantener instituciones libres si no toma la igualdad como principio básico y símbolo permanente. Es preciso, pues, que aquellos de entre nuestros contemporáneos que pretendan fundar o asegurar la independencia y la dignidad de sus semejantes, se muestren partidarios de la igualdad y el único medio de demostrar que lo son es siéndolo. El éxito de su empresa sagrada depende de ello. Así pues no se trata de reconstruir una sociedad aristocrática, sino que la libertad surja del seno de la sociedad democrática en la que Dios nos ha hecho vivir".²³

NOTAS

(1) D. F. Sarmiento: *Introducción a las memorias militares y foja de servicios de D.F. Sarmiento (1884)* en *Obras Completas de Sarmiento*, Buenos Aires, 1948-1956, Tomo XLIX, p. 99.

(2) Conf. A. Korn: *Influencias filosóficas en la evolución nacional [1912-1936]* en *Obras completas*. Presentadas por F. Romero, Buenos Aires, 1949, p. 160.

(3) *De la démocratie en Amérique (La democracia en América)* fue publicada en cuatro tomos. Como se ha dicho, los dos primeros, que constituyen la primera parte (llamada también primer volumen), aparecieron en 1835. Los dos tomos restantes (segundo volumen), fueron editados en 1840. En las citas que siguen utilizaremos las traducciones de L. R. Cuellar (México, 1957) y de D. Sánchez de Aleu (Madrid, 1980), confrontados y corregidos con A. De Tocqueville: *De la démocratie en Amérique, Oeuvres, complètes*, Tome 1 (2 volúmenes), Ed. J. P. Mayer, París, 1951.

(4) Entre las obras más importantes de Aron consagradas a Tocqueville, destaco las siguientes: *Dix-huit leçons sur la société industrielle*, París, 1962. *Essai sur les libertés*, París, 1965. *Les étapes de la pensée sociologique*, París, 1967 (las tres han sido traducidas al español). En lo que a mí respecta, me he ocupado de la influencia de Tocqueville en las ideas políticas argentinas en *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, 1977, y en *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, 1984.

(5) Tocqueville: *La democracia...* I, Introducción.

(6) Tocqueville: *La democracia...* II, Cuarta parte, Cap. 8.

(7) Manuscrito de Tocqueville para la democracia... de 1840, cit. por J. T. Schleifer: *The Making of Tocqueville's 'Democracy in America'*, Chapel Hill, 1980, p. 187.

(8) Tocqueville: *La democracia...* I, Introducción.

(9) Tocqueville: *La democracia...* I, Primera parte, Cap. 2.

(10) Montesquieu: *De l'Esprit des Lois* [1748], Livre V, Chap 12.

(11) Tocqueville: *La democracia...* II, Segunda parte, Cap. 5

(12) Tocqueville: *La democracia...* I, Segunda parte, Cap. 9.

(13) Tocqueville a L. de Kergorlay, 10/11/1836 en Tocqueville: *Oeuvres Complètes*, op. cit. Tome XIII, Vol. 1, París, 1971, p. 418.

(14) Conf. J. C. Lamberti: *Tocqueville et les deux démocraties*, París, 1983, pp. 20 y 207. Véase también, L. Diez del Corral: *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*, Madrid, 1965, pp. 84-146.

(15) Manuscrito de Tocqueville para *La democracia...* de 1840, cit. por J. T. Schleifer: op. cit., p. 176.

(16) Citd. por J. C. Lamberti: op. cit., p. 293.

(17) Tocqueville: *La democracia...* II, Cuarta parte, Cap. 6.

(18) Conf. B. Constant: "De la liberté des anciens comparée à celle des modernes" (Discurso pronunciado en el Athenée Royal de París, 1819). En B. Constant: *De la liberté chez les modernes* (Textes choisis, présentés et anotés par M. Gauchet), París, 1980, pp. 494-496. Esto no significa, por cierto, que haya en este aspecto diferencias de fondo entre Constant y Tocqueville. En un libro reciente (*Benjamin Constant and the Making of Modern Liberalism*, Yale University, 1984), S. Holmes expone una interpretación convincente según la cual la libertad moderna no era, para Constant, un concepto que se contraponía a la democracia política sino que, al contrario, la completaba y perfeccionaba.

(19) Véase, por ejemplo: F. A. Hayek: *Los fundamentos de la libertad* (Traducción de J. V. Torrente), Introducción a la Tercera Parte, Madrid, 1978, pp. 343 y ss.

(20) Conf. J. C. Lamberti: op. cit., y A. Jardin: *Alexis de Tocqueville 1805-1859*, París, 1984.

(21) Tocqueville: *L'Ancien Régime et la révolution, Oeuvres Complètes*, op. cit., París, 1952, Vol I, Livre III, Chap. 3.

(22) Conf. D. F. Sarmiento: *Viajes por Europa, Africa y América, 1845-1847*, en *Obras Completas*, op. cit., Tomo V, pp. 121-125.

(23) Tocqueville: *La democracia...* II, Cuarta parte, Cap. 7.

KARL KRAUS

AFORISMOS

Traducción de Lorenza Fernández

Karl Kraus es la figura central de la Viena intelectual y ética de su tiempo, la Viena de los Habsburgo. En estos aforismos Kraus expone sus impresiones del mundo —descripción satírica— y su visión del mundo —reflexión ética—. Hacer aforismos es crear una mayéutica, la provocación de un espíritu por otro. De hecho, los aforismos pueden ser la más adecuada introducción a su obra; la palabra constantemente en juego cobra aquí su sentido original y último: elucidación de la vida.

Sobre la mujer

La sensualidad de la mujer es la fuente primordial, donde la espiritualidad del hombre busca renovarse.

El placer estéril del hombre se nutre del espíritu estéril de la mujer. Mas de placer femenino se alimenta el espíritu masculino. Aquél crea sus obras. El hombre se ve obligado a utilizar los dones de la mujer por todo lo que a ésta le es negado. Los libros y las pinturas son creación de la mujer, no de quien los escribe o los pinta. Una obra es dada al mundo: la mujer fecundó lo que el hombre parió.

La verdadera relación de los sexos existe cuando el hombre reconoce: yo no tengo otro pensamiento que tú, ¡es por eso que tengo siempre nuevos pensamientos!

La personalidad de la mujer es inconsistencia, ennoblecida por la inconsciencia.

El hombre tiene cinco sentidos, la mujer uno, simplemente.

El hombre: sexualidad funcional; la mujer, sexualidad habitual. El médico del hombre se llama "especialista", no andrólogo.

Placer del hombre-tristeza de mujer.

En el principio fue creado el hombre. Pero la mujer es un *hysteron-proteron*.

Cuando la mujer espera lo maravilloso hay una cita fallida, pues lo maravilloso espera a la mujer. ¡Los impuntuales!

Cuando los sentidos de la mujer se callan, ella reclama al príncipe azul.

¿Existe una mujer, antes, de que entre alguien y la vea?
¿Existe la mujer en sí?

Nada es más profundo que la superficialidad de la mujer.

El contenido de la mujer ya lo hemos comprendido. Pero únicamente para llegar a la superficie.

El espejo sirve sólo a la vanidad del hombre; la mujer tiene necesidad de él para afirmar su personalidad.

En la alegría y en la aflicción, dentro y fuera, en toda circunstancia, la mujer tiene necesidad del espejo.

El erotismo del hombre es la sexualidad de la mujer.

La superioridad masculina en el comercio amoroso, es una ruina ventajosa que no aporta nada y que únicamente violenta a la naturaleza femenina. Deberíamos dejarnos introducir por cada mujer en los misterios de la vida sexual.

El "seductor" que presume de iniciar a las mujeres en los misterios del amor: el extranjero que desembarca en un puerto y que quiere ser el guía para mostrar las bellezas de la ciudad.

El derecho de voto activo en el macho es una creación de los "real-politicastos" del amor.

Ellos tratan a la mujer como bebida refrescante. Que las mujeres tengan sed no lo pueden tolerar.

Es necesario mantener el temperamento de una mujer bella de tal manera que sus humores no puedan jamás declararse como arrugas. Esos son los secretos de los cosméticos del alma, cuyos celos prohíben su aplicación.

Una mujer que ama a los hombres ama sólo a un hombre.

Entre más fuerte es la personalidad de una mujer, más fuerte lleva en sí el peso de sus experiencias. El orgullo sigue a la caída.

La capacidad genial que la mujer tiene de olvidar, es otra cosa que el talento que tiene una dama de no recordar.

La mujer sensual plantea el trabajo más moral; la mujer moral sirve a una exigencia sensual; llevar al inconsciente a la conciencia es propio del heroísmo; sumergir la conciencia en el inconsciente lo es de la finura.

Las cualidades espirituales y morales de la mujer existen también para despertar la frívola sensualidad del hombre.

Puede ser comprometedor mostrarse con una mujer honesta en la calle, pero lo que verdaderamente raya en exhibicionismo es tratar de tener con una joven una conversación literaria.

Cuando una mujer hace esperar a un hombre para que se consuele con otra, es una estúpida. Cuando un hombre hace esperar a una mujer para que no se consuele con ningún otro hombre, es un histérico. "Phallus ex machina" —El Redentor.

La concupiscencia del hombre no es algo que merezca atención. Pero cuando la concupiscencia erra a la aventura en la búsqueda de un fin, es verdaderamente una aberración de la naturaleza.

Un centenar de hombres toman conciencia de su pobreza ante una mujer que se enriquece derrochando.

La sexualidad de la mujer triunfa sobre las inhibiciones de los sentidos; se sobrepone a todo sentimiento de disgusto. A más de una mujer le gustaría hacer misa aparte.

¡Qué confianza podemos tener en una mujer que se deja sorprender en flagrante delito de fidelidad! Hoy es fiel a ti, mañana lo será a otro.

Ella se decía: acostarme con él, sí. Pero, sobre todo, ¡nada de intimidad!

En todos los asuntos de la vida la mujer participa con su sexo. Algunas veces también en el amor.

Una mujer cuya sensualidad no cesa jamás; un hombre a quien le vienen constantemente pensamientos: dos ideales del humanismo que parecen enfermizos a la humanidad. dad.

La mujer hermosa ha sido dotada de suficiente razón como

para poder hablar con ella de todo, y para no poder hablarle de nada.

Las mujeres con las que hablamos menos son las mejores.

La mujer existe para que el hombre obtenga por medio de ella espíritu. Mas no lo tendrá si su espíritu se pierde en ella. O si la mujer tiene suficiente espíritu.

Nos acostumbraremos a dividir a las mujeres entre las que son inconscientes y las que es necesario comenzar a volver inconscientes. Aquéllas son superiores y gobiernan los pensamientos. Estas últimas son más interesantes y sirven al placer; en éstas el amor es recogimiento y sacrificio; en aquéllas es victoria y botín.

Nos pronunciamos en favor de las madres contra las cortesanas, que no producen nada, salvo genios.

Para alcanzar la perfección, no le faltaba sino un defecto.

Las imperfecciones en la belleza son obstáculos donde se comprueba el arrojado de Eros. Sólo las mujeres y los estetas ponen semblante crítico.

Hay mujeres que no son bellas, pero que tienen simplemente el aire de serlo.

La belleza uniforme se oculta precisamente en el instante que más hace falta.

Grandes rasgos: Gran rasgo.

Los cosméticos son lo que muestra el cosmos de la mujer.

Si las mujeres que se maquillan son inferiores, entonces los hombres con imaginación no valen nada.

La desnudez no es un estimulante erótico, es una cuestión de lectura de las cosas. Entre menos adornos tenga una mujer, menos atractivos tendrá para una mejor sensualidad.

No es cierto que solamente el exterior de una mujer cuenta. Sus nalgas también son importantes.

Las mujeres tienen por lo menos la *toilette*. Pero los hombres ¿con qué cubren su vacío?

"Oh desnudez inconsistente que yo abrazo": confesión de todo refinamiento erótico.

Para el sexo, en resumen, sólo importa: "Una mujer es una mujer" y "un hombre es un hombre"

Mas Eros nubla el cuerpo que corona: la mujer es hombre y el hombre es mujer.

Quien opine que Xantipa es más deseable que Alcibíades, es un cerdo que no piensa sino en la diferencia de los sexos.

El hombre sexual dice: ¡Esta es una mujer! El hombre erótico: ¡Sí, a pesar de todo, era una mujer!

La perversidad es una falla de la procreación o un derecho de la creación.

Para el erotista, los órganos sexuales no serán jamás un atractivo sino un obstáculo. Incluso los órganos femeninos. Es por esto que puede desear tanto al hombre como a la mujer. Al homosexual innato, los órganos masculinos lo atraen exactamente igual que al hombre "normal" los órganos femeninos. Jack el Destripador es más "normal" que Sócrates.

Creemos hablar con un hombre y, de súbito, nos percatamos que sus juicios provienen del útero. Deberíamos ser lo suficientemente justos para distinguir a los humanos no desde sus atributos fisiológicos, que están en ellos por azar, sino desde los atributos que les faltan.

En retórica hablamos de metáforas cuando alguna cosa "no se emplea en su sentido propio". Las metáforas son así las perversiones del lenguaje. Y las perversiones, las metáforas del amor.

En el erotismo prevalece esta jerarquía: El autor. El testigo. El conocedor.

El placer erótico es una carrera de obstáculos.

No es la bienamada quien está lejana, sino que es lo lejano la bienamada.

Cuando las mujeres han estado ausentes durante mucho tiempo, debemos celebrar con ellas fiestas de reconocimiento.

La perversidad es el talento de conjugar valores imaginarios y sensaciones en un ideal.

En general, consideramos como normal venerar la virginidad, y en particular aspirar ardientemente a su destrucción.

¿Qué es un libertino? Alguien que tiene todavía espíritu allí donde los otros no tienen más que cuerpo.

La división de la humanidad en sádicos y masoquistas es casi tan extravagante como la división entre los que comen y los que digieren. No debemos tomar en cuenta las anomalías en ningún caso, pues existen personas que digieren mejor que lo que comen, e inversamente. Para los que creen en el masoquismo y en el sadismo, podemos afirmar sin temor que un ser sano tiene las dos perversidades. En esta cuestión sólo los términos son feos; el término que se deriva del escritor alemán es particularmente abyecto; y es difícil no perder el gusto por las cosas así nombradas. Sin embargo, un hombre de imaginación artística llegará a ser un masoquista delante de una mujer auténtica: y se convertirá en sádico delante de una mujer no-auténtica. Maltrataremos en ésta a la antinaturalidad cultivada hasta hacer que la mujer aparezca. Aquella que lo es ya, contra ella, no hay nada que hacer más que adorarla.

El "masoquismo" ¿es la incapacidad de gozar de otra ma-

nera que no sea en el sufrimiento, o es la capacidad de extraer el gozo del sufrimiento?

No hay ser más infeliz bajo el sol que un fetichista que languidece cerca de un zapato y tiene que contentarse con una mujer completa.

El cerebro de la mujer, para preservar su salud, debería estar al servicio de sus instintos. Es ésta una bella utopía. Sucede a veces que una mujer que tiene cerebro pone los instintos al servicio de éste. Utiliza entonces su sexo como lazo para atrapar el cerebro del hombre.

¡Bella pero falsa llama de la sensualidad cuando es el espíritu el que enciende el fuego!

Veamos entonces el paralelismo entre los rasgos del espíritu y el erotismo. Los dos son escapes para la inhibición; que algunas veces es una prohibición en la corriente del lenguaje, otras, en la corriente del sexo. El curso no está encauzado, la fuerza sagrada de la naturaleza nos hace temblar de respeto: la mujer "coita" genialmente. Una sola letra que se agregue, una inhibición del cerebro y, nos sabemos ya dentro de una cultura en la que ni aun el terror nos causa admiración: la dama "cogita" genitualmente.

La que es plenamente mujer engaña para gozar. La otra goza para engañar.

Tenía tanto pudor, que se sonrojaba cuando la sorprendían en flagrante delito de virtud.

¡Al fin una mujer heroica! ¡Si tan sólo nos diéramos cuenta que las virtudes en el hombre son enfermedades para la mujer!

Las mujeres bienhechoras son con frecuencia aquellas a quienes no les es dado hacer el bien.

Las mujeres bienhechoras presentan una forma precisa y particularmente peligrosa de sexualidad transferida: la samaritisias.

El arte femenino: buenas líneas, mal signo.

Muchas mujeres desearían soñar con los hombres sin acostarse con ellos. Las haremos que atiendan de manera expresa a lo imposible de este proyecto.

Con las mujeres prosigo con mucho gusto un monólogo. El diálogo conmigo mismo es más estimulante.

El aburrimiento y el desagrado son los polos entre los que oscila el encanto de las mujeres. En sus últimas consecuencias ellas son Hermanas de la caridad, o sin caridad.

Como la posesión de animales salvajes está prohibida por la ley y ya que no tengo ningún placer por los animales domésticos, prefiero el celibato.

Con la primera amante no tenemos en rigor ninguna de-

cepción. Sobre todo cuando ella era una garrocha que conocimos durante la lección de gimnasia.

Una mujer es algunas veces un sustituto perfectamente utilizable para la autosatisfacción. Pero, ciertamente, para esto hace falta mucha imaginación.

Las mujeres son con frecuencia un obstáculo para la satisfacción sexual; pero como tal, eróticamente utilizables.

En un *tête-à-tête* con una mujer hay que imaginar que estamos solos. Un esfuerzo tal de imaginación es dañino.

De noche todas las vacas son negras, aun las rubias.

¡Mas la continencia no constituye un gran placer, debo reconocerlo!

Cuando un Don Juan se enamora, se parece al médico que se enferma en la cabecera de la cama del enfermo. Riesgos del oficio.

Una mujer sin espejo y un hombre sin presunción, ¿cómo podrían caminar por el mundo?

Toda mujer parece más grande de lejos que de cerca. Con las mujeres no es solamente la lógica y la ética sino también la óptica la que está "patas arriba".

Podemos sorprender a una mujer en flagrante delito, cierto; mas ella encontrará todavía el tiempo para discutirlo.

Las mujeres honestas resienten como un enorme descaro, cuando les ponemos la mano bajo la conciencia.

Más de alguno que pecó contra la mujer por ligereza, se venga de ella por bajeza.

Frente a las mujeres, el orden social nos reduce a no ser más que mendigos o ladrones.

Profusión extrema de sentimientos: Si supieras lo feliz que me haces viniendo —no vendrías, yo lo sé, tu no vendrías.

El quería condenar a su bienamada a la libertad. Esto es última cosa que ellas toleran.

Lealtad y confianza, en el comercio sexual, son operaciones de la Bolsa.

Aun como masaje, la profunda genuflexión delante de una mujer puede opear milagros.

En el amor sólo importa no parecer más tonto de lo que se llega a ser.

Hay quien sólo ama verdaderamente a una mujer que se apega a sus amantes. Al principio esto constituye siempre una gran preocupación. Pero nos acostumbramos a todo, y llega el tiempo en el que somos celosos y no soportamos ya que un amante sea infiel.

No son ni siempre ni necesariamente las cualidades del carácter o del espíritu masculino las que empujan a la mujer a la infidelidad. Lo que es engañoso ante todo es el ridículo de la posición oficial que ocupa el poseedor. En contra de esto, incluso las cualidades corporales no son siempre una protección.

Es suficiente mirar a una mujer para sentir un profundo desprecio por sus amantes. Pero jamás quisiera hacerlos responsables.

Si no sentimos placer en hacer regalos a las mujeres, hay que renunciar a ellas. Hay mujeres ante las cuales el tonel de las Danaides es una verdadera alcancía.

No me libero muy pronto de la impresión que le hice a una mujer.

¿Debemos expiar las imperfecciones que el creador dejó en las mujeres? ¿Por el hecho de que todos meses se les haga presente su imperfección, debemos nosotros sangrar a muerte?

La mujer no experimenta los dolores que el hombre le causa, es el hombre mismo quien los siente.

Se debe regresar al punto donde seríamos destruidos no por la enfermedad sino por la salud de una mujer.

Jamás un hombre de valía podrá creerse tan superior a una mujer vil, como se cree un hombre vil delante de una mujer de valía.

La tarea más importante es exaltar la conciencia de sí de una mujer bella.

No es verdad que no podamos vivir sin mujer. No podemos simplemente haber vivido sin mujer.

El hombre ha canalizado el torrente de la sensualidad femenina. Ahora no inunda ya la tierra. Pero dejó de fertilizarla.

La sociedad tiene necesidad de mujeres de mal carácter. Aquellas que no lo tienen son un elemento social dudoso.

¡Cómo es bello que una jovencita olvide su buena educación!

El ideal de la virginidad es el ideal de aquellos que quieren desvirgar.

La inmoralidad de la mantenida radica en su fidelidad frente a su propietario.

La inmoralidad del hombre triunfa sobre la amoralidad de la mujer.

No es suficiente tomar el dinero de una mujer para tener el derecho de imaginarnos que somos rufianes.

Hace ya siglos que la humanidad condena el ejercicio de los derechos femeninos; ahora, la mujer debe sufrir, sin decir una palabra, el ejercicio de los derechos feministas.

¿Si la emancipación femenina se propusiera sólo eliminar la infamia del honor anatómico de la mujer y mostrara a la guerra masculina que existe una *Prostitutio in integrum!*

Lo que las mujeres reclaman es el derecho de voto activo y pasivo. ¿Tener derecho de escoger a cualquier hombre y no ser censuradas cuando se dejan llevar por el primer advenedizo? ¡Santo cielo! Ellas lo entienden políticamente. Pero a estas ideas tan desesperadas fueron llevadas por los hombres. Ahora éstos no tendrán otro recurso que exigir al gobierno que les sea otorgada la menstruación.

Mientras dure el movimiento feminista, los hombres deberían por lo menos considerar como un deber el renunciar a la galantería. Hoy no se puede ya correr el riesgo de ceder el lugar a una mujer en el tranvía porque no se puede saber, al hacerlo, si la ofendemos o si la expoliamos de sus reivindicaciones ante los sinsabores de la existencia. En venganza, frente a las feministas deberíamos habituarnos a ser caballerosos y atentos.

Si el espíritu de la mujer debe ser tomado en consideración, entonces comenzaremos a interesarnos en la sensualidad de los hombres. ¡Qué perspectiva!

Los "derechos de la mujer" son los deberes del hombre.

Escuché a una mujer que elogiaba a otra, decir: "¡Hay algo tan femenino en ella!".

Las mujeres emancipadas se parecen a los peces que van a la tierra para escapar del anzuelo. El pescado podrido, ni al más ñoño de los pescadores interesa.

La belleza pasa porque la virtud permanece.

La vida familiar es una intromisión en la vida privada.

El término "lazos familiares" tiene un relente de verdad.

La soledad sería un estado ideal si pudiéramos escoger a quien evitar.

Si supiera con certidumbre que compartiría la inmortalidad con ciertas personas, preferiría un olvido aislado.

El artista

Tener talento — Ser un talento: confundidos siempre.

La receptividad del ser productivo es mínima. El poeta que lee es sospechoso.

Un poeta que lee: el mismo espectáculo que un cocinero comiendo.

El arte sirve para limpiarnos los ojos.

El talento es con frecuencia sólo un defecto de carácter.



Podemos descubrir a una actriz, cuando vemos a una mujer actuando en una situación completamente natural.

Sólo una mujer que se entrega a la vida conserva lo suficiente para la escena. Las comediantes de la vida son malas actrices.

La boca habla mucho cuando el corazón está vacío.

Un agitador toma la palabra. El artista es tomado por la palabra.

"Escribir bien", sin personalidad, puede bastar para el periodismo. Basta en rigor para la ciencia. Jamás para la literatura.

¿Por qué escriben algunos? Porque no tienen suficiente carácter para no escribir.

El aforismo no coincide jamás con la verdad, ya que es, o una semiverdad o una verdad y media.

Un aforismo no tiene necesidad de ser verdadero, pero debe volar por encima de la verdad. Debe sobrepasarla con un rasgo.

EL VERDADERO NEWTON

Traducción de Ulalume González de León

¿Qué clase de personaje era Newton? No por cierto el que imaginamos durante tanto tiempo. Dos monografías dignas de atención nos inducen a desacralizar su imagen y a renunciar a una visión cientista de su actividad creadora.

La historia de las ciencias, en plena mutación, ya no trata a nuestro pasado científico como si éste estuviera al margen del resto de nuestra cultura.

En 1980, Richard Westfall —profesor de la universidad de Indiana— publicó una monumental biografía de Newton bajo el título de *Never at Rest*¹, que lo mismo puede traducirse por “nunca en reposo” que por “nunca libre de ansiedad” o “nunca satisfecho”. Fue aquél todo un acontecimiento, ya que hasta entonces la única obra de consulta disponible era *Memoirs of the life, Writings and Discoveries of Sir Isaac Newton*, de David Brewster, dos enormes tomos que databan de 1855 y caían en la tentación hagiográfica entonces prevaleciente. En el intervalo se habían escrito numerosos estudios de calidad sobre la obra de Newton, pero muy pocos sobre su persona. El más original e innovador de estos últimos, reeditado también en 1980, era *A portrait of Isaac Newton*, de Frank Manuel², y databa de 1968. Utilizando los recursos del psicoanálisis y sin plegarse a un respeto impuesto a priori, en este retrato un poco iconoclasta Manuel no vacilaba en subrayar ciertos rasgos neuróticos de la conducta de Newton e intentaba mostrar hasta qué punto su obra podría responder a procesos de sublimación. Pero todavía estaba por escribirse el estudio exhaustivo que sintetizara esas múltiples investigaciones parciales y hallase su fundamento en los textos inéditos del personaje, un estudio que ya un hecho.

Unas palabras, primero, para los especialistas que siempre comienzan por el final. Disponemos ahora de un excelente instrumento de trabajo para estudiar a Newton. El libro de Westfall, de 908 páginas, incluye dos índices: uno, de los nombres propios de persona citados en él: otro, de los períodos e investigaciones evocados (por materias y por obras). Un corto ensayo bibliográfico permite, además, hacer una primera selección antes de recurrir a la muy

completa bibliografía de Peter y Ruth Wallis, *Newton and Newtoniana, 1672-1975* (Folkestone, 1977), ya que proporciona para cada punto clave las referencias recientes esenciales y una idea del espíritu que las anima. En cuanto a la obra propiamente dicha, la erudición y el gran equilibrio de juicio que la caracterizan no asombrarán a quien haya leído otros trabajos históricos del autor.³

Pero este grueso volumen, este libro erudito, resulta sobre todo de lectura agradable, y esto se debe a la confianza que inspira. La seguridad que anima a Westfall le permite hallar sin esfuerzo el tono apropiado y confiere una gran soltura a su relato. El autor de esta biografía de Newton no pretende redactar un tratado de la ciencia newtoniana, sino volver a delinear la historia de una vida. Por lo tanto, no disminuye ni las búsquedas del personaje en los campos de la alquimia, la cronología y el profetismo, ni su actividad de gran administrador —el director, en Londres de la Moneda Británica, organismo encargado de acuñar el numerario y de acabar con las falsificaciones—. Pero el protagonista de su relato sigue siendo el científico, del que sigue paso a paso la maduración de las ideas y la génesis de los descubrimientos. Y se comprende que subraye este aspecto, ya que el profesor de Cambridge, hasta la edad de cincuenta años, dedicó todas sus energías a su obra científica.

Isaac Newton nace en la región de Lincoln el día de la Navidad de 1642. Kepler tiene entonces doce años de muerto y acaba de morir Galileo; Descartes llega a la edad de cuarenta y seis, Christian Huygens cumple doce años y Hooke apenas siete; faltan cuatro años para que nazca Leibniz. En Inglaterra, Carlos I abandona Londres huyendo de la Revolución; en Francia, muere Richelieu, a Luis XIII le quedan aún algunos meses de vida, y Luis XIV es un niño de cuatro años. Isaac desciende de dos familias dis-

pares: por el lado de su padre, terratenientes campesinos que apenas si saben leer pero que se encuentran en pleno ascenso social; por el lado de su madre, una familia notable y acomodada por generaciones, tal vez en decadencia pero —lo cual es importante— parte de cuyos miembros han frecuentado ya las universidades: el tío Ayscough, por ejemplo, es un clérigo que ha pasado por el Trinity College de Cambridge. La infancia que tuvo Newton debió pesar considerablemente sobre su destino y puede explicar muchas características de su comportamiento, algunas de ellas extrañas o insólitas. El drama se inicia antes de su nacimiento: su padre muere unos meses después de celebradas las bodas. Cuando Isaac tiene tres años, su madre contrae nuevas nupcias con un pastor viudo y rico que pasa de los setenta años y está contento con su mujer pero no con el niño. Desde esta fecha hasta que cumple los once años, éste es educado por su abuela Ayscough, y cuando regresa al hogar encuentra a su madre acaparada por dos hermanitas y un bebé, su hermano. Es natural que se haya sentido frustrado en el recuento de sus pecados, hecho en su primera juventud. Allí Newton incluye el deseo de hacer que su madre y su padrastro, el viejo Barnabas Smith, perezcan en el incendio de su casa.

Según la tentativa de psicoanálisis emprendida por Frank Manuel, fue aquella una experiencia esencial: después de haber tenido para sí solo a su madre, se la quitaban; el rencor del desposeído le duraría toda la vida. Se explicarían así su constante renuencia a divulgar los resultados obtenidos, su repugnancia a sostener una correspondencia científica, la saña de sus pugnas interminables con Hooke y Leibniz por cuestiones de prioridad, y la auténtica persecución con que agobió a Flamsteed, encargado del observatorio de Greenwich: en 1714, cuando más grandes eran su poder y su prestigio, con el temor de que el astrónomo real pudiera ocultarle las posiciones de la luna que él necesitaba para precisar la correspondiente teoría en la segunda edición de sus *Principios*, Newton hizo confiscar los papeles de Flamsteed, ordenó a otros una edición hecha al vapor de los mismos y estuvo a punto de privarlo de la obra de toda una vida. Por otra parte, la figura nunca conocida del verdadero padre desaparecido adquirió tal vez, por contraste, una dimensión mística, lo cual explicaría la convicción religiosa de Newton, su rechazo del dogma de la Trinidad y su unitarismo: Dios era uno solo, el Padre —convicción tan honda que le impidió hacer votos en el Trinity College para entrar en las órdenes y le hizo rechazar los sacramentos en su lecho de muerte—. Por último, no fue sin duda una casualidad que en 1665, cuando la peste lo obligó a evacuar Cambridge y regresó a su hogar, en los pocos meses pasados junto a su madre tuviera todas sus intuiciones fundamentales y les diera, en el hogar recobrado, su primera forma...

Entramos ahora en las dificultades propias del psicoanálisis histórico. Es indiscutible la exactitud del retrato elaborado por Frank Manuel. Newton fue un solitario, introvertido y hasta secreto. Como lo muestra la correspondencia rechazaba las iniciativas tomadas por otros para comunicarse con él y, en su juventud, su actitud frente a las instituciones rayaba en la franca oposición. En cambio, a partir de 1690, cuando es un hecho el reconocimiento de sus méritos, se convierte en el muy puntual y activo presidente de la Royal

Society, ejerce el dominio de un soberano a menudo despótico sobre la sociedad cultural europea, y reivindica contra Leibniz la prioridad en la invención del cálculo infinitesimal en una pugna que habrá de dominar su vida desde 1711 —esta obsesión no lo abandona ni un instante ya sea que haga publicar sus obras matemáticas, que revise los *Principios* o la *Optica*, o que reciba a los miembros franceses de la Academia de Ciencias para ganarse su buena voluntad—. Los resultados más fecundos se deben sin embargo a su introversión. Nunca se dejó distraer de su gran distracción que era el trabajo. En los períodos creativos se olvidaba lo mismo del lecho que de las comidas servidas; amanecía escribiendo, sentado a su mesa; no podía desarrollar una idea sin absorberse en ella por entero, ni aceptar un cargo sin asumir a fondo sus responsabilidades. No le quedaba tiempo para tener amigos, o no le interesó frecuentar demasiado a quienes aceptaba como tales —por una suerte de prudencia, acabaron éstos por mantenerse a distancia—. En cuanto a relaciones femeninas, sucedía lo mismo: Voltaire asegura que murió virgen, fundándose en lo dicho por algunos parientes a los que Newton habría hecho confidencias; en todo caso, las únicas mujeres de su vida fueron su abuela, muy de vez en cuando su madre, y después de 1697 su sobrina Catherine Barton, a la que recogió en su casa —una joven hermosa e inteligente que era, al parecer, la amante de su protector lord Halifax—. La amistad entre este libertino ministro y el sabio virtuoso, ambos *whigs*, ambos eminentes, y aliados a la izquierda de su partido, nació sin esfuerzo y no suscitó ningún escándalo —aunque si algún libelo— en el Londres de los años 1700.

Westfall acepta el retrato que Frank Manuel hace de Newton, pero con ciertas reservas en lo tocante a su interpretación. Los efectos atribuidos a la muerte del padre y el nuevo matrimonio de la madre, aunque plausibles, no puede probarse. Ningún documento atestigua que Newton haya tenido un apasionado apego por su progenitora; más aún, nos sorprendería que así fuera ya que raramente la visitaba, aun cuando pudiera pensarse en una ambivalencia de sentimientos. Y aquí palpamos los límites del psicoanálisis histórico, límites sobre todo técnicos: el procedimiento no está expuesto ni a la desmentida del paciente ni al fracaso de su cura, ni puede ser confirmado tampoco por un éxito terapéutico y límites, también culturales. En efecto, el simple hecho de que lo analizado sea el pasado representa una dificultad adicional: hoy, el significado de los comportamientos puede ser objeto de una interpretación errónea. Lo cierto es que era preciso, literalmente, arrancar a Newton sus trabajos para poder publicarlos, ya que a su juicio les faltaba siempre un último retoque, y también porque la idea de suscitar controversias lo asustaba a tal grado, como para que nos preguntemos si lo que temía no era, en realidad, su propia agresividad. Esas prórrogas no le impidieron, en todo caso, obtener dos premios Nobel, uno por su óptica y otro por su dinámica. Explica, sin embargo, que sus trabajos de cálculo infinitesimal se hayan quedado sin la medalla Field, un fracaso del que nunca se consolaría. Pero ¿será correcta esta interpretación? Los matemáticos de entonces publicaban poco y revelaban menos; se desafiaban uno al otro a propósito de ciertos problemas en los que todos trabajaban, pero mantenían un silencio absoluto acerca de las técnicas usadas, cada

cual con la esperanza de haber hecho mayores adelantos que sus colegas. En física, transcurría mucho tiempo entre un descubrimiento y su publicación, como sucedió en los casos de Descartes o de Huygens: subsistía la necesidad filosófica de los tratados largamente elaborados. En cuanto a la alquimia, a la que Newton consagró tantos años, era un arte de iniciados a cuya cofradía pertenecía nuestro sabio.

En aquel mundo los artesanos mantenían en secreto sus técnicas y los nobles defendían celosamente su primacía jerárquica. Los eruditos, en su calidad de notables, protegían sus pensamientos y escritos como protegen los grandes su honor y su casa; la ferocidad de sus discusiones, la testarudez con que reivindicaban su prioridad en alguna materia (piénsese en los enfrentamientos de Galileo con Schneider, de Descartes con Gassendi, de Pascal con el padre Noël), tienen su paralelo en los duelos y procesos de la antigüedad entre duques y pares. En aquella sociedad, los modelos seguidos y el ritmo de vida eran muy diferentes a los nuestros.

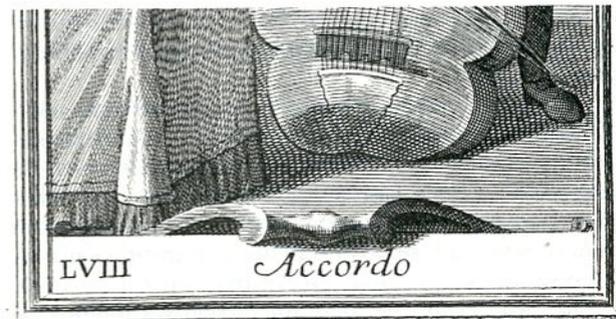
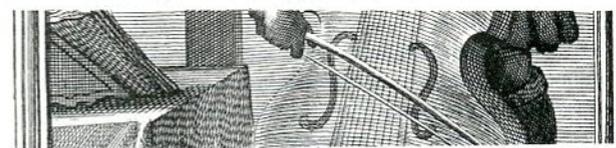
...

Del retrato pasemos a la génesis de la obra, a los años de juventud y actividad febril que llevan a Newton hacia los descubrimientos, esenciales, que desembocarían posteriormente en sus *Principios*.

De niño, Newton asiste a una escuela situada cerca de la casa de su abuela. Allí aprende mucho latín, bastante catecismo, poca o ninguna matemática: tal es el destino de los escolares de su tiempo. A los dieciocho años, tras una breve estancia en la casa materna, suficiente para probar su incapacidad como aspirante a *gentlemanfarmer*, se inscribe en el Trinity College de Cambridge. Como la mayoría de sus condiscípulos, lo más probable es que acabe por hacer carrera en la Iglesia anglicana. Emprende el estudio de Aristóteles —lógica, ética, retórica y física—. En 1660, después de la guerra civil y la restauración de los Estuardos, lejos del brillo que tenía entonces, aquella institución universitaria declina. La enseñanza sigue siendo tradicional, priva el laxismo en los estudios y exámenes, las cátedras se han convertido en sinecuras. Es cierto que el eminente platónico Henry More enseña en Cambridge, pero lo hace en otro colegio; en cuanto al matemático Isaac Barrow, faltan aún cuatro años para que sea nombrado. Newton va en busca de un ambiente intelectual selecto, lleno de vida y animación, y se encuentra con la prolongación rutinaria y algo escéptica del pasado; de allí que consagre menos tiempo a la preparación de sus exámenes que a sus lecturas personales. Estas son ávidas y polimorfas; el joven autodidacta devora a Descartes, Gassendi, Galileo, Robert Boyle, Hobbes, Digby, Henry More y, algo más tarde, Kepler. Esos inquietos años de formación resultan decisivos, determinan el campo de las preocupaciones que alimentará de por vida. Durante los seis años siguientes a su entrada en la universidad pasa revista a los problemas planteados por su época y esboza ya sus propias soluciones.

Su arranque es fulminante. Su atención comienza por enfocarse en torno de Descartes. Ya sea directamente o a través de quienes lo contradicen, lo critican o pretenden emularlo, Newton lo asimila y lo discute. Tanto el *Discurso sobre dos nuevas ciencias* de Galileo, como el *Discurso del método*, *geometría*, *la Dióptrica* y los *Principios de la filosofía*, datan de hace ape-

nas unos veinticinco años; para Newton y para muchos de sus contemporáneos, representan el nuevo estilo filosófico, i.e., una novedad en el campo de la física. En 1664 Newton lleva un cuaderno de apuntes "Sobre ciertos problemas filosóficos" en el que ha inscrito el siguiente adagio preliminar: "Platón es mi amigo, Aristóteles es mi amigo; pero mi mejor amiga es la verdad". Deliberadamente, se centra en una problemática mecanicista; hecho característico, procede entonces a interrogarse sobre la naturaleza de la luz y sobre la cosmología, dos dominios donde priva la teoría cartesiana de los torbellinos; y acaba por deducir la inconsistencia de esta teoría mediante una crítica controlada por la experimentación. Sin embargo, al final de sus apuntes, se insinúa una fuente de reflexiones antagónicas; cuando habla "De Dios", "De la creación", "Del alma", "Del sueño y los sueños", es perceptible su preocupación por no excluir del estudio de la naturaleza la acción de Dios y de los espíritus: rechaza ciertas consecuencias morales y políticas de semejante exclusión, observadas en Hobbes, y encuentra en cambio en More y en los platónicos una filosofía que, al reservar un lugar importante al dinamismo espontáneo de las cosas, lo vuelve receptivo a Kepler y su cosmos ordenado.



Sin embargo; para aprender las matemáticas, vuelve a Descartes. Aun antes de haber estudiado a Euclides, devora la *Geometría* de 1637 y prolonga luego su esfuerzo autodidáctico familiarizándose con el álgebra de Francois Viète. Muy pronto, a través de la lectura de Wallis, asimila las nuevas técnicas de la geometría analítica. Así, entre sus veinte y sus veinticinco años, pasa de su condición de estudiante a la de un investigador autónomo; luego, sin interrupción, se adelanta considerablemente a todos los matemáticos de su tiempo, que ignoran por completo su existencia. Isaac Barrow, ya profesor en Cambridge, es el único que está corriente de lo que vale y lo que puede el joven; pero éste no tiene interés, ni tiempo, ni la audacia necesaria para publicar los resultados obtenidos. Por ejemplo, en torno de los problemas planteados hacia 1660 por las tangentes y las cuadraturas. Estos consisten, en primer lugar, en buscar la tangente a un punto cualquiera de una curva dada o, a la inversa, en encontrar una curva tangente a varias rectas dadas, y en segundo lugar, en calcular la superficie delimitada por una porción de curva y un eje de referencia. Para llegar a ese cálculo, Newton desarrolla el estudio y el uso de las series convergentes. Comprende, por otra parte, que la ecuación expresa la esencia de la curva y renuncia poco a poco al antiguo método de los indivisibles, en favor de otro método fundado sobre el análisis del movimiento, que le parece más riguroso. Esto lo lleva a estudiar las líneas infinitesimales descritas por un punto en un tiempo infinitamente corto, y ya en 1666, diez años antes de que Leibniz explore ese dominio, pone en obra su *cálculo de las fluxiones*. Los términos en que comienza a concebir los problemas de las tangentes y las cuadraturas son los que ahora llamamos de derivación y de integración (o, con más exactitud, de búsqueda de las primitivas).

El lapso 1665-66 ha sido bautizado el *annus mirabilis*, el año maravilloso de Newton... Es entonces cuando la peste lo obliga a dejar a Cambridge para refugiarse en el hogar de su familia. Paralelamente a sus trabajos matemáticos, emprende investigaciones fundamentales para la cosmología y la óptica. En mecánica, acomete el estudio de la fuerza centrífuga; aplica inmediatamente sus conocimientos de dinámica a la gravedad, y compara la tendencia de la Luna a alejarse del centro de la Tierra con la fuerza de gravedad en la superficie de nuestro globo: dataría de entonces, si se da crédito a lo que contaba en su vejez, el célebre episodio de la manzana. En cuanto a la óptica, desde 1664 descompone la luz del sol con ayuda de un prisma y con ayuda de otro vuelve a componerla. En 1665, la publicación de la *Micrographia* de Hooke lo estimula; descubre que se mencionan en ella una serie de efectos de irrisación, tanto en las pompas de jabón como en las láminas de mica, que también llaman la atención de Huygens. Reanuda por lo tanto sus experiencias y, en 1666, llega a su idea fundamental: la luz blanca puede ser descompuesta en distintas radiaciones de colores, refrangibles en mayor o menor grado. Esta experiencia le parece desmentir la idea de que la luz es producida por una perturbación del medio y rechazar, por consiguiente, el concepto de una propagación ondulatoria de la luz; infiere, de la posibilidad de descomponerla, que es una substancia compleja y que consiste en un flujo de diferentes partículas.

El primero en advertir el genio de Newton, cuando éste era *fellow* del Trinity College —una especie de becario a

cargo de alguna investigación—, fue Isaac Barrow, quien dictaba entonces una cátedra de matemáticas en la Universidad. En 1664 Newton redacta un tratado *Sobre el análisis de las series infinitas* y Barrow lo hace llegar a John Collins, que sostenía por entonces, desde Londres, una intensa correspondencia con todos los matemáticos europeos. Termina con ello el anonimato de Newton y su nombre empieza a sonar en todas partes. Al mismo tiempo, Barrow es nombrado capellán del rey y obtiene el nombramiento de Newton como su sucesor en la cátedra ahora vacante, que según los estatutos incluye la enseñanza de "la Geometría, la Astronomía, la Geografía, la Óptica, la Estadística, y toda otra disciplina matemática". En esta organización del saber, tan lejana de aquella con la que estamos hoy familiarizados, la física no ha conquistado aún su autonomía, y el dominio que en la actualidad le asignamos compete entonces, simultáneamente, a las matemáticas y a la filosofía.

El flamante profesor, cuya posición en la Universidad ha dejado de ser precaria, prosigue sus trabajos sobre las fluxiones y dicta un curso de óptica. Para evitar la aberración cromática, que a su juicio hace inevitable la desigual refrangibilidad de la luz blanca construye con sus propias manos el primer telescopio reflector, sustituyendo la lente del objetivo por un espejo cóncavo. En un encuentro con John Collins en Londres, le habla del aparato. Como algunos miembros de la Royal Society manifiestan, intrigados, su deseo de examinarlo, a fines de 1671 les envía un segundo ejemplar. Su notoriedad va desde entonces en aumento. Oldenburg, secretario de la Sociedad, le da las gracias en una carta entusiasta; se encarga también de describir el instrumento a Huygens, el sabio más notable de la época, y la noticia del invento no tarda en llegar a oídos de todos los astrónomos y los físicos europeos. Elegido miembro de la Royal Society, Newton le promete y le envía un *Informe sobre los colores* en que describe sus anteriores trabajos, el mismo que incluirá sin ningún cambio notable en su *Optica* de 1704 junto a otros tratados con él relacionados —porque esa primera comunicación tiene un eco resonante, aunque siguen seis años de rudas discusiones con Hooke, llenas de una sorda y mutua animosidad, que acaban por infundir en Newton una gran aversión por las controversias que las publicaciones provocan—. De allí el prolongado silencio en que se empecinó entre 1679 y 1684.

Otra razón lleva a Newton a aislarse. Cada vez soporta menos que lo distraigan de los nuevos centros de interés que van absorbiendo más y más su atención. De sus preocupaciones relacionadas con la química, materia en la que se iniciara con Robert Boyle, dan fe sus apuntes desde el año de 1666. A partir de 1670 se convierten en una verdadera pasión. Newton diseña nuevos tipos de hornos, practica con un ayudante largas decocciones en un local que él mismo acondicionó, consigue obras especializadas que habrán de representar más del diez por ciento de su biblioteca, y no tarda mucho en pasar ni más ni menos que a la alquimia; toma entonces notas sobre la *Defensa de la pirotecnia* (*Pyrotechny Asserted*) de George Starkey (sin duda el Eiranaeus Philalethes cuyos numerosos tratados ejercieron sobre él una influencia decisiva). Entre sus papeles se han encontrado los manuscritos inéditos de varias obras de alquimia: en el momento mismo en que se aislaba de sus colegas del Trinity y rechazaba toda correspondencia

con los miembros de la Royal Society, Newton permanecía en contacto con una cofradía más secreta e intercambiaba manuscritos con sus miembros.

En 1672 desaparece para pasar dos semanas en compañía de misteriosos amigos, y muchos de sus viajes a Londres parecen motivados por el mismo propósito. Usa, por otra parte, un pseudónimo de iniciado que también revela la naturaleza de sus convicciones religiosas: *Jeová sanctus unus*, anagrama de *Isaacus Neutonus*. Conserva esos intereses hasta los años de su vejez: del millón y pico de palabras incluidas en sus manuscritos alquímicos, sólo una sexta parte son anteriores a 1675. Se han encontrado anotaciones sobre Philalethes, Sendivogius, Michel Maier; otras sobre Van Helmont; otras más sobre los medievales George Ripley y Basile Valentin... Se trataba de una actividad seria, continua, metódica, que incluía además numerosos experimentos.

Esas prácticas llevaron a Newton a reaccionar contra el estricto mecanicismo que adoptara inicialmente no sin cierta reticencia. Hay que reconocer que la sabiduría alquímica concede un lugar importante a las operaciones espontáneas de la naturaleza, de las que el magnetismo es uno de tantos ejemplos. Mientras que Descartes, para descubrir un proceso de imantación sin recurrir a cualidades ocultas, imagina extrañas analogías con un tornillo sin fin, Sendivogius y Philalethes no vacilan en considerar que la acción a distancia de un imán pertenece al orden de otros muchos fenómenos naturales. "Así llaman al mercurio", apunta Newton, "porque atrae al antimonio como un imán atrae a la limadura de fierro..." En el *De gravitatione* de 1669, son visibles las huellas precoces de una evolución que irá acentuándose. Tras el concepto cartesiano de la materia como extensión, Newton ve ahora un error y un peligro: la consiguiente reducción del movimiento a un simple desplazamiento relativo nos impide tomar en serio un estudio dinámico, y la atribución de "una realidad completa e independiente" a los cuerpos nos pone en camino hacia el ateísmo. Poco le importa que Descartes plantee, en definitiva, una creación continua; el carácter de substancia *completa* asignado a la materia en tanto que extensión pura le parece peligroso. Para él, los cuerpos poseen "facultades por las cuales pueden estimular percepciones y mover a otros cuerpos" en un espacio y un tiempo infinitos e increados. Se adhiere a Henry More y a los platónicos de Cambridge en el rechazo del dualismo cartesiano, que viene a su vez de una renuencia a negar a la materia todo principio interno de actividad. Dios puede moverla, como mueve el alma a su propio cuerpo. Así, la alquimia de Newton no implica en absoluto otra filosofía de la naturaleza que la emanada de su teoría de la gravitación. En ambos casos se da una misma visión dinamista del mundo.

Otro dominio de sus búsquedas e investigaciones que hoy nos resulta sorprendente, es el de la historia religiosa y el profetismo. Su interés por las cuestiones teológicas comienza desde muy temprano, pero sus trabajos en esos campos sólo adquieren continuidad a partir de 1672. Esos trabajos que Newton prosigue hasta su muerte, rigen secretamente su vida espiritual, intelectual y profesional. Desde 1673, como lo establece Westfall, Newton es un arriano convencido: un adepto de la herejía que se desarrolló en el siglo IV y que, pese a su condenación en 325 por el concilio

de Nicea, estuvo a punto de embarcar a la cristiandad. Combatía el dogma de la Trinidad ya que Arrio sostenía que el Hijo era tan sólo una criatura sacada de la nada y adoptada por Dios, y por lo tanto, en concepto de los ortodoxos guiados por Atanasio, comprometía la divinidad del Verbo, cuya primera exigencia era que el Hijo fuese consubstancial (*Homooousios*) con el Padre. Newton comienza por tener sus dudas; lee a Atanasio, a Gregorio Nacianceno, a Jerónimo, a Agustín, y luego extiende sus investigaciones a toda la patrística. Entonces se convence, y ve en la adoración del Cristo un regreso a la idolatría, en el concilio de Nicea el momento decisivo en la Iglesia se inviste de una estricta jerarquía sostenida por la institución del monacato con tal de hacer triunfar un dogma inaceptable, y en Atanasio un espíritu sin escrúpulos que para justificar el concepto de consubstancialidad falseó deliberadamente la tradición anterior a él, si es que no traficó con las Escrituras.

La apostasía del siglo IV coincide para él con los orígenes del papismo romano, es decir de un sistema en que pudo imponerse una ortodoxia fraudulenta gracias a las presiones de una jerarquía centralizada. Ahora bien, la reforma protestante no atenta con la idolatría trinitaria ni tampoco, en su versión anglicana, contra la centralización jerárquica. Así, en la Inglaterra puritana y todavía más en el colegio de la Santa e Indivisa Trinidad, Newton es un herejarca condenado al silencio y el disimulo. En 1675 aumenta su angustia: dada su antigüedad, y si quiere seguir en el Trinity College, estaría obligado a ordenarse en la Iglesia anglicana. No quiere convertirse en perjurio, pero están en peligro sus medios de vida. A último momento, Barrow lo salva: logra que el titular de la cátedra de matemáticas (creada gracias a un subsidio privado) sea dispensado de la ordenación. Con el tiempo, la intransigencia de Newton se ablanda, sobre todo después que se convierte, en Londres, en personaje importante; pero su convicción sigue siendo profunda y se ve compartida por el círculo de sus amigos más íntimos. Entre los más cercanos de sus discípulos, Whiston, a quien había heredado su cátedra de Cambridge, fue expulsado en 1710 por haber hecho profesión de arrianismo, y su amigo Samuel Clarke, que en calidad de su casi portavoz mantuvo correspondencia con Leibniz, habría sido condenado también si no hubiese tenido su súbito, y prudente, cambio de opinión. Durante la última parte de la vida de Newton, peligrosos rumores corrieron sobre su heterodoxia, y se sabe que en el lecho de muerte no pidió los últimos sacramentos ni éstos le fueron impuestos por sus más íntimos.

Su arrianismo le hizo emprender otras tareas. Repetidas veces trató de restablecer un texto de la Escritura que, a su juicio, había sido deliberadamente alterado; pero escribió sobre todo numerosos estudios sobre las profecías y su relación con la cronología. Desde la década de 1670 pensaba que el mensaje de la Biblia, más que en la revelación de una verdad inaccesible a la razón antes de la vida eterna, está en la predicción de la historia humana —por lo cual el Apocalipsis sería un texto fundamental—. Pensaba también que la iglesia romana había tomado desde el siglo IV —por supuesto— el papel de villano que le atribuye la tradición protestante. Por último, lo que intentaba hacer con las profecías no era practicar el trivial ejercicio de predecir un futuro más o menos próximo, sino captar la significa-

ción religiosa de la historia universal, articulando a ésta según los grandes períodos que anunciaban aquéllas.

Hasta 1684, año en que los problemas de física vuelven a absorberlo, se entrega a la redacción de una historia de la Iglesia que refleja sus convicciones arrianas. Para interpretar a los profetas con más seguridad y correlacionar sus palabras con el contexto al que aluden, estudia de cerca los ritos judaicos, el plan y las dimensiones del Templo, todo lo que puede conferir una unidad de significación a los símbolos que ellos usaban. El resultado es una visión de la historia desconcertante para nosotros, tal vez sólo discutible para sus contemporáneos. Como todos los exegetas de su tiempo, busca en la Biblia, con la sucesión de los patriarcas y de sus imperios, el cuadro de una cronología absoluta que coloca a la Creación unos cuatro mil años antes de nuestra era. Los dioses paganos eran, en su origen, antepasados divinizados. La mezcla de los pueblos llevó a un sincretismo por el cual sólo subsisten doce de aquéllos (¿alusión a los doce apóstoles?), identificados con los siete planetas, los cuatro elementos y la quintaesencia: "La teología pagana era filosófica y dependía de la astronomía y del conocimiento de la física y el sistema del mundo". Frente a ella, está el monoteísmo. El destino religioso del mundo domina a tal punto su concepción de la historia, que hacia el final de su vida abrevia varios siglos la cronología griega universalmente admitida para dar cuenta en forma más convincente de la confrontación entre los doce grandes dioses y la fe revivida en un Dios único. Tal fue la última obra que llevó a término y publicaron sus amigos. Tanto en la Historia como en la Escritura, buscó sin descanso la prueba de un drama escatológico, el de la corrupción del mensaje divino.

...

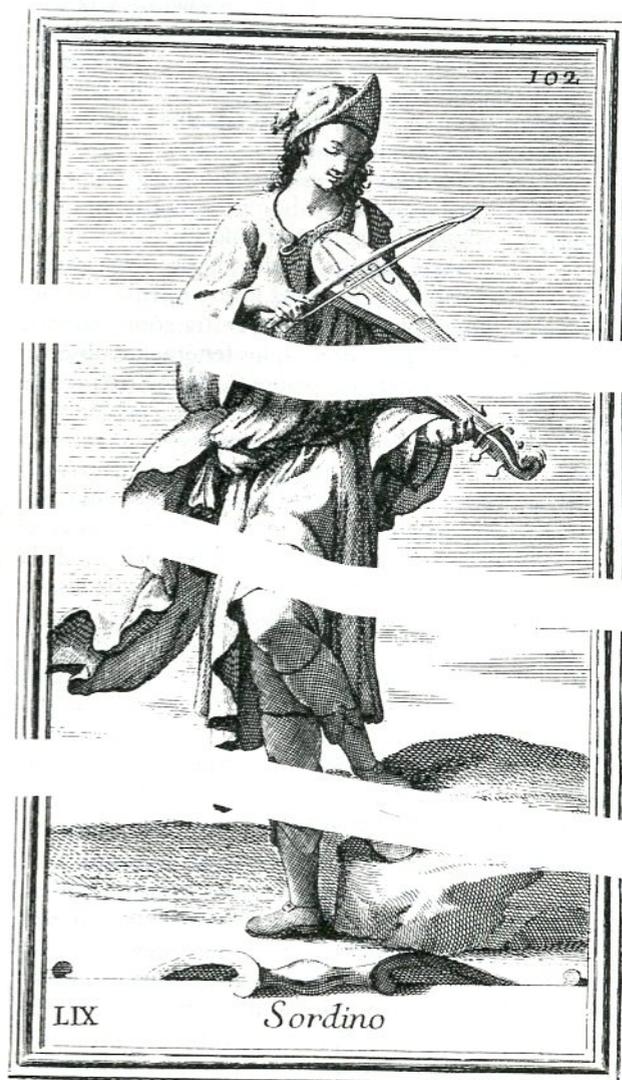
Mientras se consagra a la alquimia y a la teología, Newton no descuida en Cambridge las investigaciones en la materia que allí enseña, las matemáticas. Y, aun cuando haya podido desearlo, le es imposible interrumpir todo intercambio epistolar sobre ese tema. Hooke, que ocupa después de Oldenburg el cargo de secretario de la Royal Society, en 1679 le pide su opinión sobre una obra que han publicado en 1674: *Tentativa para probar el movimiento de la Tierra*. Parte, en ella, de tres hipótesis:

- 1) Que todos los cuerpos se atraen mutuamente hacia sus respectivos centros.
- 2) Que los cuerpos animados por un movimiento simple se desplazan en línea recta; pero que, bajo la acción de una fuerza de atracción, sufren una deflexión que acaba por hacerlos descubrir un círculo, una elipse, o cualquier otra línea curva.
- 3) Que la fuerza de atracción aumenta con la proximidad en una proporción que habrá que determinar.

Por primera vez, el problema del movimiento orbital es planteado en términos dinámicos correctos: como la deflexión continua de un pasaje tangencial bajo la acción de una fuerza central. Al principio, Newton no se da por enterado del asunto; después otorga una respuesta apresurada y errónea, y picado por ese error acaba por hallar una solución correcta y compleja para el caso en que la fuerza de gravedad es uniforme. Hooke responde que su hipótesis es

otra: en su concepto, esa fuerza varía en razón inversa al cuadrado de la distancia (ley que extrae de un cálculo inexacto con base en la variación de las velocidades, también inexacta, adoptada por Kepler). Esta vez ha dado en un punto sensible. Newton se siente trastornado. Invierte el problema y demuestra que en el caso de una órbita elíptica resulta obligatorio adoptar la ley propuesta por Hooke. Característico en él, guarda para sí la solución, prueba de que el asunto le interesa. En adelante, razona sin pestañear de acuerdo a una física fundada en las fuerzas centrales y la atracción distancia.

Pero no todo ha sido resuelto. En 1681 aparecen dos cometas: uno a principios de noviembre, que se pierde al acercarse al Sol; otro a finales de diciembre, en sentido contrario al anterior. De todos los astrónomos europeos, Flamsteed es el único en adivinar que se trata de un mismo objeto y uno solo, desviado por la atracción solar; Newton se niega todavía a apoyar su opinión. Los cabos se anudan tres años más tarde, durante un viaje de Halley a Cambridge. Este acaba de discutir, con Wren y Hooke, la posibilidad de demostrar los movimientos celestes tomando como punto de partida la idea de que la fuerza de atracción disminuye según el cuadrado de la distancia. Lo comenta con



Newton y le pregunta cuál sería la curva seguida. La respuesta es inmediata: "Sería una elipse" —después de lo cual su anfitrión empieza a buscar, entre sus papeles revueltos, cierta demostración que no logra encontrar—. Acaba por prometer que la enviará. Estamos en agosto. El documento no llega a Londres sino hasta noviembre, aumentado y retocado. Newton no se limita a probar que una órbita elíptica exige la hipótesis dinámica propuesta; demuestra además que, de manera inversa, partiendo de esta última, se determina siempre que la órbita es una sección cónica, la cual, por debajo de cierta velocidad, es una elipse; además, deduce de todo ello las leyes segunda y tercera de Kepler (la ley de las áreas, y la relación entre los períodos y las distancias). Halley queda estupefacto, y en seguida reconoce el enorme paso dado en mecánica celeste. Se apresura a regresar a Cambridge para conferenciar con Newton, y rinde luego un primer informe a la Royal Society mientras espera que Newton complete su trabajo y se lo envíe de un momento a otro. Deberá tener paciencia durante muchos meses todavía —cada vez más deslumbrado por el desarrollo de aquellas ideas, del que es testigo—.

Como de costumbre, totalmente absorbido por su tema, Newton amplía continuamente el campo que se propone abarcar. En 1686, cuando el informe prometido está listo por fin para su impresión, tiene las proporciones de un largo tratado en que se replantean todos los problemas de física entonces discutidos. Un primer libro expone la técnica matemática y los cálculos exigidos por una nueva dinámica basada en las nociones de fuerza central, masa e inercia. El segundo libro trata del movimiento de los cuerpos, ya no en el vacío sino en un medio resistente: la hipótesis cartesiana de los torbellinos, tras el análisis matemático y experimental de lo que implica desde un punto de vista dinámico, queda invalidada. El tercer libro describe, simplemente, "el sistema del mundo"; muestra cómo pueden deducirse, de las leyes precedentes, los fenómenos observados, ya sea que se trate de los planetas, de los satélites de Júpiter y de Saturno, de la Luna o de los cometas. En adelante, los mismos principios, las mismas leyes, los mismos algoritmos podrán aplicarse a la tierra y al cielo: universal, la ley de la gravitación permite calcular la caída de los cuerpos, el vaivén del péndulo, el crecimiento de las mareas, el curso de los planetas, las anomalías en el movimiento de la Luna (de manera aún imperfecta) y la trayectoria de los cometas. La física, que desde la Antigüedad era la parte de la filosofía que trataba de la naturaleza, se convierte definitivamente en una ciencia matemática. Con clara conciencia de esta mutación, Newton titula su obra *Principios matemáticos de la filosofía natural*. Queda cerrado para siempre el capítulo anterior de la historia del saber, aunque sólo paulatinamente, y a lo largo de medio siglo, la Europa intelectual se dé cuenta por fin de lo sucedido.

La vida de Newton entra también en una etapa nueva. A los cuarenta y cuatro años, acaba de producir una primera obra totalmente redondeada; nunca antes había ido más allá de los informes esquemáticos, comunicados con reticencias. La admiración que provoca es inmediata, inmensa, universal, aunque su aportación diste aún de haber sido comprendida. Al verlo pasar por Cambridge, un estudiante murmura: "Ese hombre acaba de escribir un libro incomprendible, que ni él mismo ni los demás entienden".

Reconocido, el sabio se convierte en todo un personaje. Conserva su interés por la ciencias, sigue trabajando, su *Optica* ya está lista para su publicación y ha terminado varios apéndices para completar los *Principios*, pero su gran período de creatividad ha concluido. Cuando la segunda revolución contra Jaime II lleva al poder a Guillermo de Orange, en 1689 Newton entra con los whigs en la Cámara de los Comunes; pero renuncia pronto a su actividad en el parlamento, sin duda para no revelar su heterodoxia religiosa. En 1696, ansioso por conseguir un cargo en Londres, ya que por no haberse ordenado ve bloqueada su carrera en Cambridge, solicita y obtiene el de inspector de la Moneda, y en 1700, se ve convertido en el director y el responsable de la emisión de especies metálicas en Inglaterra. Hasta el día de su muerte habrá de desempeñar a conciencia esa tarea, bastante lucrativa, que le asegura una sólida posición más que desahogada. En 1703, cuando a la muerte de Hooke lo nombran presidente de una Royal Society en decadencia, asiste sin falta a cada una de sus sesiones y contrata experimentadores hábiles hasta que logra infundirle nueva vida. Ni su prestigio, ni la estabilidad de su posición le aportan sin embargo la paz del espíritu. Vive vigilando todo atentado posible contra sus derechos de prioridad; sus altercados con Flamsteed y Leibniz, tras el silencio que ha mantenido respecto a las aportaciones de Hooke, revelan una inquietud permanente y una persistente vulnerabilidad de fondo que no dejan de sorprendernos: en efecto, ya nada puede representar para él una amenaza seria y tiene además el poder suficiente como para convertirse en perseguidor en cuanto se siente perseguido. Octogenario, sigue asistiendo a la Royal Society, cuyos trabajos examina hacia los campos de la capilaridad y la electricidad, interesado en las fuerzas que entran en juego en ambos. Fatigado pero imperioso, el anciano conserva su buen olfato y sabe en qué dirección puede seguir desarrollándose la física.

...

Quando consideramos el conjunto de los intereses intelectuales de Newton, vuelve a perfilarse ante nuestros ojos el mito del genio que se adelantó a su propia época, del sabio moderno *avant la lettre*. Pero así como Copérnico no fue copernicano, tampoco él fue el newtoniano que imaginaron las generaciones posteriores. Se inscribe rigurosamente en la suma de conocimientos de su tiempo, que está lejos de reducirse al mecanismo cartesiano o al arquimedisismo galileano. La alquimia le proporciona un campo de reflexión antagónico —reforzado por un platonismo que sigue vivo, sobre todo entre los astrónomos y los ópticos—; su arte consistía en despertar, combinar y poner en acción las virtudes latentes, análogas a lo que es el alma en el animal, que duermen dentro de las cosas. En cuanto al concepto que se tiene entonces de la historia de los hombres y de la organización de la naturaleza, está dominado, según la enseñanza de las Escrituras, por la idea de un mundo creado por Dios.

"En los *Principios*", escribe Westfall, "convergieron las multiformes actividades de Newton. Volvió al estudio de la dinámica, abandonada veinte años antes y apenas abordada en el intervalo, para afrontarla con una madurez matemática que no poseía entonces. La alquimia lo había con-

VI *Altra Tromba Spezzata*

ducido a tomar en cuenta conceptos de acción y de fuerza que se prestaban a un tratamiento matemático, a diferencia de la descripción mecanicista de los cielos. En cierta medida, sus trabajos de óptica se integraron al nuevo programa en cuanto advirtió una nueva derivación, matemáticamente precisa, de la ley de la refracción. Y aun sus estudios geológicos dejaron su huella, aunque en un nivel muy general, ya que en sus *Orígenes de la teología pagana*, acababa de afirmar que la verdadera filosofía natural constituye un apoyo para la religión verdadera" (p. 407). Semejante aportación es sin duda discutible; podemos vacilar en reconocer en Newton al alquimista tradicional; podemos recordar su afirmación, "no formulo hipótesis", opuesta al pasaje de la *Optica* en que quiere explicarse por qué la naturaleza no hace nada en vano y se pregunta "si el espacio infinito no es acaso el sensorio de un ser incorpóreo, vivo, inteligente, capaz de ver en toda su intimidad a las cosas, de percibir las en profundidad, de comprenderlas íntegramente en la inmediatez, respecto a sí mismo, de sus pre-

sencias". No por ello es menos irrefutable, por lo que toca al proceso de maduración que conduce al descubrimiento, lo escrito por Westfall: ninguna de las preocupaciones intelectuales de Newton fue ajena a su creatividad en el campo de la física.

Quienes hayan estudiado a Kepler como yo, juzgarán el panorama aún más sorprendente. Aunque ochenta años después se produce el primer arranque de la mecánica clásica, y a pesar de las aportaciones de Galileo, Descartes y sus seguidores, el horizonte de especialista del matemático no ha cambiado, sus dominios de investigación siguen siendo los mismos: se ocupa de todo lo cuantificable y abarca no sólo los campos de la geometría, el álgebra y el análisis, sino también los de la óptica y la astronomía. En Kepler, la astronomía conduce a la astrología y al problema del profetismo, como lleva también a la alquimia por la correlación entre metales y planetas —recordemos que Tycho Brahe tenía también su laboratorio y sus hornos—. Y todo astrónomo, por ser un especialista del calendario, está destinado a ser el intérprete de las Escrituras y a descubrir la cronología exacta de la Historia Santa. Aun cuando las conexiones conceptuales observables a fines del siglo XVI se hayan vuelto poco rigurosas los intereses suscitados en torno de la aplicación de las matemáticas siguen siendo curiosamente estables; parecería que el campo oficialmente cubierto por una disciplina gozara, en relación a la evolución técnica de esta última, de una durable independencia. Si no se tratara en realidad de una organización del saber que conduce a los mismos dominios a dos investigadores que por su especialidad ocupan en ella una posición análoga, podríamos decir que Newton fue el más brillante de los discípulos de Kepler —lo cual, después de todo, no es enteramente falso—. Si partimos de ese acercamiento, es obvio lo inútil que resulta oponer un Newton alquímico o teólogo a un Newton sabio: todo lo que nos parece disperso y heterogéneo en su actividad era el resultado, en vida suya, de correlaciones perfectamente lícitas, como es evidente. Un Galileo en cambio, y sobre todo un Descartes, al separar a la filosofía de la naturaleza de la teología, al negar en nombre del mecanicismo que la alquimia y la astrología encierran alguna verdad, son las verdaderas excepciones de su tiempo, nos parecen tan fuera de lugar como el arte clásico en una Europa barroca.

De hecho, nuestra tendencia a trasladar al pasado los conceptos que hoy alimentamos, olvidando que nuestras normas racionales son el resultado de una historia, hace que seleccionemos en los orígenes de la ciencia clásica lo que más se parece a la ciencia de nuestros días. Pero ninguna corriente tuvo el privilegio de hacer nacer a aquella ciencia; surgió en cambio del enfrentamiento teórico entre varias escuelas filosóficas y técnicas de tendencias opuestas. Las que hoy se nos antojan más extrañas, como la opción neoplatónica y pansiquista, estuvieron lejos de desempeñar un papel menor. Contra Aristóteles, que representaba entonces todo aquello que era preciso combatir, se utilizaron todos los recursos especulativos convergentes que la tradición ofrecía. Galileo fue un discípulo de Arquímedes, Kepler un neoplatónico convencido, inspiración que se prolonga discretamente hasta Newton y Leibniz, quienes para combatir el mecanicismo y cada cual a su manera concibieron la fuerza a imagen del alma y pensaron la naturale-

za en términos de finalidad. Gassendi fue un paladín de Epicuro... El único que hizo tabla rasa del pasado, rechazando toda referencia y toda garantía proveniente de cualquier autoridad, fue Descartes, quien se propuso reemplazar los preceptos de Aristóteles por otros, totalmente repensados. Se convirtió así, al mismo tiempo, en eje de referencia y blanco de ataque para sus sucesores, que para criticarlo echaron mano de los antiguos modelos filosóficos. Pero a pesar de la mutación científica que se está llevando a cabo, el repertorio de disciplinas y los principales puntos de referencia permanecen inmutables de Copérnico a Newton. Los cambios se producirán más tarde.

Cuando reconsideramos los intereses especulativos de Newton durante un lapso un poco más largo, comprendemos mejor la diferencia que lo separa de las generaciones posteriores formadas por su obra. A un matemático como Euler ya no le interesa, como a Newton, el campo explorado por un Kepler o por un Cardan. Mientras que Hume o Voltaire se contentan con declararse deístas, Newton se ve obligado a dar todo un rodeo por las Escrituras, el profetismo y el arrianismo para llegar a su credo personal: "amar a Dios y al prójimo". Mientras que un d'Alembert admite como un hecho la acción a distancia, él la plantea como un dato de partida que podría explicarse por la idea de que el espacio es un sensorio divino... Los "posibles" que él imagina responden a una configuración histórica de la cultura que él mismo contribuye a descartar, y toda explicación psicológica es aquí susceptible de errores de apreciación. Cuando Frank Manuel asegura que, "al adoptar Europa el newtonismo como modelo intelectual, algo de carácter de Newton se infiltró en lo más hondo del sistema", se deja arrastrar sin duda el entusiasmo de sus análisis. Lo que pasó de Newton al pensamiento del siglo XVIII fue, al contrario, la parte más impersonal de sus escritos, la que menos dependía de sus motivaciones. Su destino fue el de todos los grandes hombres: la historia se apoderó de sus aportaciones, del mismo modo en que él se había apoderado de lo ofrecido por la historia. Newton pensaba reafirmar la verdadera religión mediante una ciencia verdadera, refutar mediante el cálculo y los experimentos un mecanicismo que conducía al ateísmo; lo que en realidad logró fue preparar el terreno a una ciencia que ha adquirido, frente a la religión y a la filosofía, una autonomía completa, y que ha hecho del agnosticismo el rasgo fundamental de la ética científica.

* * *

La imagen de Newton se transforma, como la de todo nuestro pasado científico. Los primeros en abordar sistemáticamente la historia de las ciencias, los Enciclopedistas, nos legaron la idea de una ortogénesis de la Razón: desde sus orígenes griegos el edificio de la ciencia sigue en construcción, se acumulan los descubrimientos, las sombras retroceden, y los grandes espíritus del pasado son los héroes de los progresos del género humano. Esta visión teológica nos llevó a adoptar una metodología centrada en la cronología de los descubrimientos y el encadenamiento lineal de su desarrollo. En el siglo pasado este esquema entonces apoyado por el positivismo, sin llegar a desplomarse, se tambaleó por diferentes motivos. Los progresos de la filosofía y la erudición, unidos al surgimiento de los nacionalis-

mos, provocaron una pugna por la prioridad en la que cada país se jactaba de haber producido al primer descubridor; de precursor en precursor las averiguaciones fueron tan lejos que acabaron por confundir a todo el mundo respecto a quiénes habían descubierto qué.

Si esta óptica ha cambiado lo debemos a Koyré, así como a sus alumnos de un lado y otro del Atlántico. El nos hizo ver la forma en que un descubrimiento responde a una *pregunta* formulada en el seno de una problemática históricamente transitoria y que es posible reconstruir; la forma en que se convierte en una experiencia sistemáticamente explotable y por último la forma en que puede provocar una verdadera revolución capaz de transformar el campo mismo del saber. Al llegar esas condiciones, y como apertura acertada y decisiva, el descubrimiento se vuelve asignable. Pero como la problemática que lo ha desencadenado requiere también un horizonte de conocimientos indispensables, la presunta anticipación del precursor puede reducirse a una conjetura inteligente y sin futuro. En cambio, las ideas de los contemporáneos, aun cuando sean erróneas, pueden adquirir una enorme importancia histórica si han contribuido a la formulación de la pregunta necesaria. De allí un nuevo método, más exigente cada día, que trata de reconstruir el contexto intelectual y técnico en que se ha producido el descubrimiento.

La biografía escrita por Westfall es un resultado típico de ese método. Se esfuerza por no dejar en la sombra nada de lo que a Newton concierne —su vida, sus intereses, las preguntas que se hacía, la génesis de sus obras—. Dato curioso y significativo, de este libro que le costó más de veinte años de encarnizado trabajo, dice Westfall en su prefacio que ya no sabe muy bien por qué se puso a escribirlo. No pretendía exaltar en Newton ni al genio, ni al héroe nacional, ni al hombre —demasiado fuera de serie como para atraerlo—. ¿Por qué tantos esfuerzos sin motivo explicable? Me atrevo a sugerir una respuesta: la historia de las ciencias, como tal, se ha convertido en una de las disciplinas que ocupan en nuestra cultura un lugar estratégico importante. A medida que la antigua visión finalista de un progreso continuo se desmorona, para ser reemplazada por una concepción más estructural, nos damos cuenta de que hay que volver a pensar cada punto de aquella historia: la división en períodos, los hechos notables, la organización del saber, las transformaciones de la razón bajo los efectos de lo que ella misma ha producido. La ciencia es un dominante de nuestro tiempo, pero ignoramos cómo se formó y, por consiguiente, cuáles son su naturaleza y su futuro. De allí una curiosidad que se basta a sí misma como argumento para justificar cualquier esfuerzo.

NOTAS

¹ R. Westfall, *Never at Rest. A biography of Isaac Newton*, 908 pp., Cambridge University Press, 1980.

² Fr. Manuel, *A portrait of Isaac Newton*, 478 pp., Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1968 reeditado en 1980.

³ En particular: *Force in Newton's Physics*, Londres, Macdonald, 1971; *The Construction of Modern Science*, Cambridge University Press, 1971.

⁴ A. Koyré, *Études newtoniennes*, París, Gallimard, 1968.

FERNANDO PESSOA

OTRAS COPLAS AL GUSTO POPULAR

Traducción de Gabriel Zaid

Fernando Pessoa nació el 13 de junio de 1888, en Lisboa, a las tres de la tarde, 34 horas antes que Ramón López Velarde en Jerez (el 15 de junio de 1888, a la una de la mañana). El 26 de julio de 1895, Pessoa escribe su primera copla: "A Minha Querida Mamá", adelantándose de nuevo un poco a López Velarde, que el 22 de febrero de 1896 escribe su primer texto: una carta a "mis muy amado papasito i mamasita".

Paralelismo sorprendente. Pero hay otros, igualmente dignos de investigación astrológica: ambos mueren relativamente jóvenes (aquí López Velarde se adelanta, a los 33 años, en 1921, contra los 47 de Pessoa, en 1935); ambos, poco antes de morir, escriben poemas largos, ambiciosos, patrióticos, de interpretación del destino nacional ("La Suave Patria", "Mensagem") que les ganan reconocimiento público y oficial (de la Secretaría de Educación Pública, del Secretariado de Propaganda Nacional). Además, ambos son poetas del desdoblamiento (¿signo de Géminis?) fáciles y difíciles, prosaicos y religiosos, populares y elitistas.

Pero dejemos el paralelismo a los astrólogos. En el desdoblamiento de Pessoa (que lo llevó al extremo de crear poetas heterónimos distintos, con una obra propia de cada uno), hay que situar los *Quadras ao gosto popular* publicadas en 1965. Pessoa murió prácticamente inédito: a los 47 años no había publicado más que unos folletos de poesía en inglés (pasó la infancia en África del Sur) y *Mensagem*: en total unas 65 páginas de las 650 recogidas en la *Obra poética*, 5ª ed., Río de Janeiro, Aguilar, 1974 (de donde tomo la información y los textos originales). El corpus poético que le ha dado un renombre universal empezó a

publicarse en 1942. Las primeras obras completas, que todavía no lo son, se publican en Lisboa de 1942 a 1956, en ocho volúmenes. En 1965 aparece un noveno: las *Quadras ao gosto popular*, que por lo mismo no son muy conocidas; son posteriores a los años de primera gran difusión. Posteriores, por ejemplo, a la selección, traducción y prólogo de la *Antología* publicada por Octavio Paz en 1962.

Se han encontrado 325 coplas de Pessoa. Tal vez las escribió a lo largo de su vida: las 26 que están fechadas son de 1907 a 1908 y de 1934 a 1935. Cabe señalar que, a diferencia de las *Nuevas canciones* de Machado o el *Romancero gitano* de Lorca, las coplas de Pessoa no son poemas modernos de inspiración popular: son verdaderamente populares, cosa todavía más difícil. Para quien tenga, como Pessoa, todo el talento y oficio necesarios, el problema es de imaginación: no parece fácil inventar escenas, situaciones, actitudes, salidas, giros, dignos de enriquecer el repertorio tradicional sin ser meras variantes, o peor aún: pastiches. Pessoa lo consigue admirablemente. Su capacidad heterónima de ser otro es también una capacidad anónima de perderse, y encontrarse, en el gusto popular.

Si te quieres despedir,
no te despidas de mí,
que no puedo consentir
que tú me trates así.

Yo te supliqué dos veces,
dos veces, bien me lo sé,
que por fin me respondieses
lo que no te pregunté.

Compras jureles por ciento,
sardinas al por mayor.
Yo sólo puedo pensar
que me dijiste que no.

Doña Rosa, Doña Rosa,
¿de qué rosal viene usted,
que no tiene más que espinas
para quien la quiere bien?

La rosa que no se corta,
no por eso vive más.
Nadie es capaz de mirarte
y no quererte cortar.

Tu ventana grande y alta,
tu casa blanca, que invita.
Nada le sobra o le falta,
si no vivieras solita.

A tus ojos casi asoman
unas lágrimas fingidas,
como cuando a tu ventana
sales y estás escondida.

Eres María de Piedad,
pues te pusieron así.

Que tu nombre sea verdad
y que te apiades de mí.

La virgen de la Agonía
tiene su nicho en la iglesia,
pero el dolor que me mata
no tiene ni quien lo vea.

Nunca tuve romería
que se acordara de mí.
Pero, ¿quién se acordaría
de quien se lamenta así?

Con el abanico abierto,
sin llegar a abanicar...
Amor que piensa y que piensa,
principia o va a terminar.

Te escucho cantar de día,
de noche te oigo cantar.
Ay de mí, si es de alegría,
ay de mí, si es de penar.

Se te cayó la madeja
y se fue desenrollando.
Te llevas la mano al pelo
y no sé en qué estás pensando.

Dejaste caer la liga
porque no estaba apretada.
Por más que la gente diga,
la gente no dice nada.

Abanicando el comal
se sofocó de calor.

¡Quién la hiciera sofocar
de una manera mejor!

Quisiera saber en dónde
anduviste todo el día.
No hace bien el que se esconde.
¿Dónde anduviste, María?

Rezas a Dios en la noche
pidiéndole no sé qué.
Si rezaras al demonio,
sabría lo que yo sé.

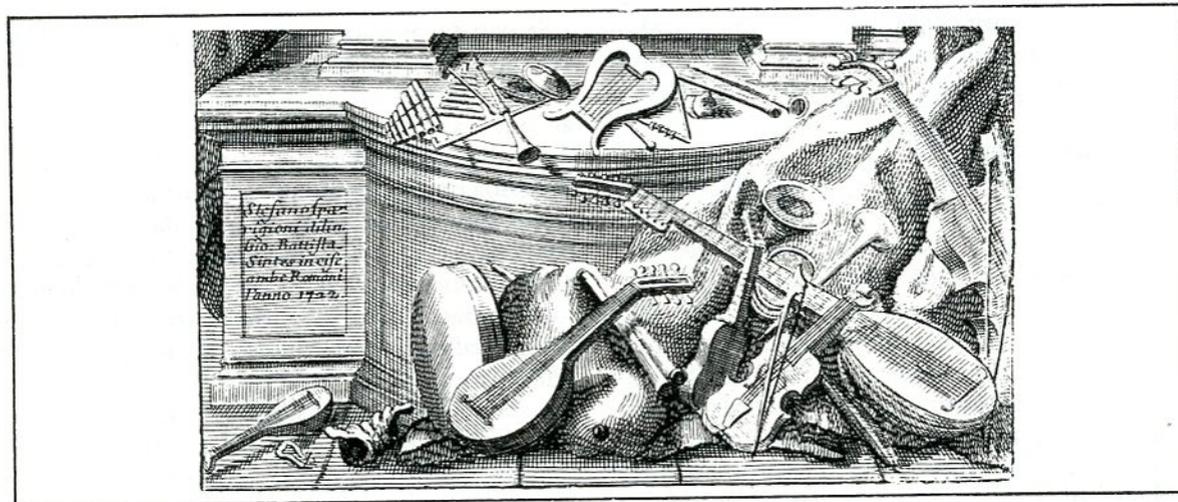
Tan alta que va la nube,
tan alto mi pensamiento,
que es esclavo de tu gracia
como la nube del viento.

Lejos, por la sierra alta,
va la nube y no la toca.
Todo lo que me hace falta,
son los besos de tu boca.

El aire del campo, blando,
da sueño al acariciar.
Ya no sé si estoy soñando
ni de qué sirve soñar.

Viene de aquel monte verde
una canción que no entiendo,
una canción que se pierde
como la vida: viviendo.

Los cantares portugueses,
como barcos en el mar,
navegan de un alma a otra
con riesgo de naufragar.



ARGENTINA
TE QUIERO.

**HAY MAS DE 30 MILLONES
DE LUGARES
DONDE ESTA FRASE
"PRENDE"**

VIAJE
POR EL PAIS.
POR EL PAIS.

Secretaría de Turismo de la Nación

SIDA

La palabra SIDA está compuesta por las iniciales de **Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida.**

Una enfermedad que daña la capacidad de defensa del organismo y que termina por provocar la muerte.

El SIDA puede ser contraído por el hombre o la mujer.

Es transmisible por contacto sexual, o a través de jeringas, agujas y sangre contaminadas.

En la Argentina, algunas personas ya han muerto por esta enfermedad.

Una enfermedad que todavía no tiene cura.

Pero que puede ser evitada.

¿De qué manera?

No exponiéndose al contagio por tener relaciones sexuales con personas desconocidas o que mantengan contactos sexuales con desconocidos, ya que una alta promiscuidad aumenta el riesgo de contraer la enfermedad.

Recurriendo —ante la duda— al uso del preservativo.

También, utilizando jeringas y agujas debidamente esterilizadas para prevenir el contagio por vía sanguínea.

Pero así como es importante conocer las causas de contagio, también es bueno saber aquello que resulta inofensivo.

El SIDA no puede ser transmitido por un beso, un apretón de manos, un abrazo o una caricia.

Tampoco hay evidencias de que se contagie a través del sudor, la saliva o el aire.

Por eso, marginar de la sociedad a una persona que padezca el SIDA, además de una injusticia es un error.

Un error que tenemos que corregir entre todos.

Conociendo el tema en profundidad, cuidándonos en nuestros hábitos, difundiendo la información que recibimos.

Venza el miedo, infórmese y asegure su vida.

Ministerio de Salud y Acción Social.

Vuelta

SUDAMERICANA

El 26 de agosto de 1987, VUELTA Sudamericana, con motivo de su primer aniversario reunirá a una serie de personalidades de la literatura, las artes y el pensamiento argentino para una mesa redonda sobre el tema

ARGENTINA: LA DEMOCRACIA Y LA MODERNIDAD

Actuará como moderador Tomás Eloy Martínez y la conversación abarcará los puntos siguientes:

- a) *¿Cuál es la diferencia, si la hay, entre la cultura argentina que se hacía antes de las últimas elecciones y la que se hace después?*
- b) *¿Cuál es —o debiera ser— el papel del Estado en la cultura en un régimen democrático?*
- c) *La Argentina tiene fama de ser un país homogéneamente informado y culto, y donde los ciudadanos tendrían, en consecuencia, una mayor capacidad de discernimiento. ¿Eso es así o se trata de un mito nacional? Y en todo caso, ¿esa característica está en condiciones de sobrevivir en las actuales circunstancias?*
- d) *En un país como la Argentina, donde se empieza a hablar de una búsqueda de la modernidad en el campo social y político, ¿se puede hablar asimismo de “posmodernidad” en las áreas de la cultura (pensamiento, arte, literatura)?*

VUELTA Sudamericana lo invita a esta mesa redonda que tendrá lugar en el Centro Cultural General San Martín, Sarmiento 1551, Salas A y B, a las 20 horas.

Editorial Sudamericana S.A.
Humberto I 531 - Tel. 362-2128/7364/7496 - Buenos Aires



Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires

El Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad, invita a participar en las IV Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires, dedicadas al tema "Buenos Aires, su historia a través de la literatura", que se desarrollarán el 21, 22 y 23 de setiembre en el Centro Cultural San Martín, Sala F, Sarmiento 1551.

Inscripción e informes:
hasta el 21 de agosto.
Avda. Córdoba 1556, piso 1º, de 9 a 19.
Teléfono: 42-9370.



Municipalidad de la
Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura
Instituto Histórico
de la Ciudad de Buenos Aires

LIBROS LIBROS LIBROS LIBROS

MANDORLA LA PIEDRA EN EL CENTRO

de José Angel Valente

por Juan Gelman

- Poesía/Cátedra, Madrid, 1985.
- Taurus, Madrid, 1986.

I

El universo como enigma de lo unánime que se exilia de sí. *Galerías, sumergidos pasillos, fondos (La piedra y el centro)*. La piedra exiliada del centro como centro exiliado. Todo es centro que desaparece en su centro, exilio que se exilia de su exilio, universo que ya se va de sí. Una mujer que pasa y deja una rosa sobre la mesa del café de Alejandría donde René Zapata sueña que discute. Una mujer que viene de la calle y desaparece en otra mujer para siempre y abandona el centro de una rosa instantánea que abolirá un exilio para devolver otro mayor que ya la abarca. Cada acto de creación como peso que extiende el exilio, agranda la visión del país al que nunca se entrará, arroja la palabra para que haya silencio. Dios se exilie de Dios (pregunto, Luria).

La poesía tendida entre dos polos, nada a nada, clavada a su pasión.

El centro.
Esa rosa.

II

Mientras haya luz, creer en ella (Juan 12, 36). Haya mañanas para

que corras por los balsameros y seas perfume antes que existencia y nunca acabe tu enigma: te empuja a la palabra para que lo destruyas y él pueda renacer:

Sísifo, padre subrepticio de Ulises, delator de Zeus, encadenador de la muerte.

(Mandorla)

III

Esa gota del llanto es centro único: tiene previda y vida posterior. Ninguna agua se somete: pasa a muerte en vida, a muerte de la muerte. Su esencia es fuego y es coyunda de lo que no conoce:

*en el centro del aire
tu recinto sellado*

(Mandorla)

IV

La maldad como distracción del universo unánime y pérdida del retiramiento, la imagen, la visión:

Y así genera el uno, por la imagen, al otro de sí. En la mediación del espejo o de las aguas, el sí mismo se descubre como otro y ambos quedan amorosamente unificados —pasma de Narciso— en la visión:

(La piedra y el centro)

El retiramiento, espacio de la po-

esía que engendra a la poesía, de la gracia que se engendra a sí misma y engendra la visión:

*Me entraste al fondo de tu
noche ebrio
de claridad
(Mandorla)*

El país de la bondad (Apollinaire).

V

Bailá, alegrate, golpeá las manos, emborrachate, llamá a la puerta de la pechos de oro (Moses Ibn Ezra). Sus rodillas son dos lunas ocultas: cuando salgan, conocerás la doble noche.

Irás a ella y probarás la saliva anterior a tu boca, el húmedo silencio, la palabra reseca bajo el sol.

Yo, ¿para quién trabajo? (Eclesiastés 4, 8).

con qué puro poder puedes

*llamarme
(Mandorla)*

VI

El brazo de un pez que se prolonga hasta obtener el rostro de un pájaro (Lezama Lima). Es Luria perseguido por Luria:

*¿qué pasa/naturaleza mía/
esencia mía?*

Luria fue su archienemigo desde la niñez, se rechinó con odio los dientes:

*mis ojos fueron despertados/
para llorar ante el guardián nocturno/*

Luria imaginaba que vendría en su ayuda para defenderlo del dolor, pero su naturaleza, condición, esencia, índole, lo enganchaba con un anzuelo en la boca y lo arrojaba a su destino: la tierra del poema donde cada palabra es cicatriz de la memoria que el cuerpo vuelve a abrir. Terrible es cada palabra dicha y hermosos son sus pies pisando la garganta al partir:

*sobrevivida al fin la transparencia
(Mandorla)*

VII

El deseo de poseer es la negación del ser (*La piedra y el centro*). Por eso la escritura verdadera nunca fija: describe lo que crea. La plenitud del conocimiento amoroso no consume: arde en medio de su diamante puro y corta el duro metal del sentimiento. El ojo ve por la razón del corazón y la verdad invadida por el cuerpo perdonará su crimen: el gozo de la unión es un espacio lleno de vacío.

No hay animal que no conozca el viento de sus huesos.

*la longitud enorme del camino
(Mandorla)*

VIII

Situarse en el lenguaje como cuerpo, corazón que interroga y no puede dormir, come la noche como un libro. Buscar la poesía es más, es su siendo. Se juntan los espacios y el combatiente muerto es un olivo con pies de ciervo en tu humedad:

*nunca a siempre, jamás a todavía
(Mandorla)*

IX

La Historia no es la historia. Los textos hablan de batallas, dominios y señores, y mi mano va a tu espalda a no ser, a desestear en tu calor. Sos más bella que la torre del Líbano porque no sos la torre del Líbano. Las azucenas que te cercan desordenan la separación. Me envolvés como un poncho y abrís la inmensidad: la fe de la memoria trabaja sen-

sación, conocer, entendimiento y el silencio es confianza. Ninguna caballada lo habrá de arrinconar contra el espanto. El buey que bueya en nuestro amor recorre la concavidad del sueño.

A la sombra graciosa de la tórtola caen la ropa del terror, la lengua emprende la subida al *lugar de la alianza y la reconciliación (La piedra y el centro)*, donde basta vivir como universo.

La cita con la lucidez es circunstancia demandante, sol doble de la nada: deseo que sube y baja y así sostiene el mundo. Alguien dice:

*las amarillas sombras
de todo lo visible
(Mandorla)*

y el otoño comienza. En sus formas alcanzadas, los huéspedes del tiempo dejan caer ojos de buey para navegaciones.

X

Lo que separás de mí, voz que me unís, lo que de vos separás para estar uno. El tiempo destruye lo que crea y crea su destrucción en lo que somos, respiración que calla y alba del verbo que nos separará. Vista que es más que el ojo y a él no puede volver, erra en la noche como un sol:

*el sueño de las aguas
(La piedra y el centro)*

XI

La palabra es trabajo y forma de su creación. Puede contar su gloria, no mostrarla. La mirada que la ve, queda ciega: conoce el comienzo del comienzo como tristeza del amor.

La palabra se hace otra para entrar en relación con sus criaturas: pasa de su misterio al misterio de todos y de esa unión vuelve a su transparencia.

Libre.

Por mero amor.

Nadie que sea malo, aunque conozca mucho, entrará a la transparencia de su ser, oscuridad que tiembla como un niño sin tiempo:

*mi pie desnudo en el umbral
(Mandorla)*

XII

La palabra se forja en el combate contra lo que no va a decir y es cas-

tigado quien la procura cincelar o darle un rostro solo. El combate construye caras que duran la eternidad de un resplandor, o de un miedo, una miseria, alguna dicha, un recuerdo que despertó por despertar y no sabe si va a la muerte o a vivir. Qué importa entonces la victoria, la derrota: la imagen es la tienda del fuego.

En el combate, cada palabra destruye un pedazo de su previda o sombra oblicua, confirma las ciudades solas, las distancias que el exilio sembró delante suyo.

Las palabras son un pueblo de separados: huelen a lluvias anteriores en las que quieren otra vez mojarse y tienden la mano abierta con humildad inexplicada. Cuanto más nombran, más dejan sin nombrar y es de *aquello* (San Juan de la Cruz) que sacan fuerzas, joyas, carbones o astros en el aire y el paso de toda criatura por la tierra. Están atadas al silencio como amor que conoce y se ata al otro:

*o lo que fui, lo que no fui,
su sombra o su vacío.
(Mandorla)*

XIII

Nos conoceremos cuando una sola palabra diga todas las palabras y se alce la poesía de nosotros sin otro dueño que el camino. Recibir como un ser recibido, cada día.

El alma escribe en dos papeles: la soledad y la asamblea. El tiempo es uno y vaga del que pasó al que va a venir para que ahora pises mis países de piedra. Las palabras son clavos: disminuyen y aumentan el corazón que clavan.

*como un pájaro ciego en este día
indescifrable del perdón
(Mandorla)*

XIV

La poesía pasa de la nada a lo existente y su designio es la unidad de lo existente con la nada. Pasa junto a las ruinas del sol, sola en el momento de crearse, y sin nombre, sin número, ajena al cálculo, la sumisión, la suma.

Su duración es alta como el anillo de agua en el viaje de la piedra. Desaparece sin temor a la muerte y no se arrastra entre la realidad y la apariencia, no acata libertades que la servidumbre ensucia: se opone al mal, así ama.

Llena la boca del sediento y es

clandestina como la creación: va juntando los pedazos del mundo para ofrecerlo en su silencio

totalidad del despertar

(Mandorla)

XV

Hay una sola manera de partir: saber que el hombre es un prodigio y por eso la imagen lo penetra (Lezama Lima). "Cuando los escribas hayan terminado de hablar, los jefes militares se pondrán al frente del ejército" (Deuteronomio 19).

Dios no sólo creó el mundo: todos los días renueva los actos de la creación primera (Zohar I, 205). La voluntad del día y de la noche, siempre distinta y nueva. "La misma noche que hace blanquear los mismos árboles": ninguna noche, ningún árbol es igual a sí mismo.

Las palabras se desunieron de lo que era silencio o pacto pleno con la vida, sin intermediarios, ni pergaminos, ni escritura en la piedra o el papel: sólo un texto único en los tejidos conjuntivos del mundo, del tiempo, del aire entre los dos, entre uno y uno y entre todos. Entre ese silencio y las palabras está la poesía de Valente. O sea, en el vacío que alza al astro, se ilumina y da cuerpo a su vacío.

La unidad es el principio y el fin de todo número, es decir, las condiciones del pájaro solitario (San Juan de la Cruz), del pájaro total, conducen a la vida en plena muerte. Descondicionar las palabras (Valente) es devolverlas a su seno y devolvernos a nosotros. Los textos de Valente están llenos de ese prodigio y nos devuelven a la fiebre del origen: también para que las cortinas del atrio y el velo de la entrada, que están antes del tabernáculo, y todo lo perteneciente al altar, las cuerdas y los vasos del ministerio, se cumplan y cada uno conozca su carga o maravilla.

¿Cómo es la tienda de la reunión? Tiene una cobertura, una segunda cubierta, una sobrecubierta de pieles y el velo que cuelga de la entrada (Números 4, 24). Así, la reunión es abierta y encubierta y sólo se cumple en la clausura entrada en todos sus costados por la noche. La noche de Baudelaire, pero más allá de su noche, ya siendo noche de San Juan, en que su negra extraordinaria es brillo en adelante. La ternura pasa por la espalda de la negra de Charles Baudelaire.

Pero otra cosa, ahora: la que salió

a la calle con su doncellez y volvió con la cabeza del enemigo, es creadora de su voz porque "no cabe escindir la expresión —única— de los dos amores" (*La piedra y el centro*). Así es la condición de la poesía. Valente atraviesa ese campo de fuego penetrado por la primera hora, que es primera en la mitad del día y también en la mitad de la noche (la una, la hora una). Su verbo mata la fealdad, el destiempo, el desamor, la separación, la incapacidad de adorar en el amor y de amar en la adoración, y su tensión es posibilidad del mundo. Así mata la poesía y todo empieza.

Es necesario que la lengua reciba su porción de enemigo (Salmos 67, 24). La unión junta los labios de una

herida, ama el bien, detesta el mal, prefiere la justicia a la mentira. Los labios de la herida se unen y la callan para que otro fulgor brille en silencio. Es el fulgor de la adherencia que se vuelve inherencia, y después fusión, identificación, adunamiento. Una pasión abre las puertas sucesivas.

Así está adunado Valente con lo que hay detrás de las palabras, apenas sostenido por la dicha del cuerpo y desdicho por él.

El rabino Isaac Luria intentó un día explorar los caminos celestes de la Cábala. "Necesito 80 años para escribir lo que siento en una hora", dijo. Así yo frente a estos textos. Tiró la pluma y se sentó a comer.

Y ASI SUCESIVAMENTE

de Silvina Ocampo

por Guillermo Saavedra

□ Tusquets, Barcelona, 1987, 183 pp.

"¿Cómo se hace para saber si uno está soñando cuando todo parece tan real? 'Pregunto' 'Despertar', se contestó a sí mismo. '¿Y cómo sabré, cuando despierte, que estoy realmente despierto?' 'Y así sucesivamente'. Hablarse a uno mismo es el último subterfugio." (p. 148).

El párrafo anterior —que tal vez, no casualmente encierra el sintagma que da título al cuento y al libro que, como cajas chinas, lo contienen— define un espacio: el de la escritura que, desde hace años, viene desarrollando Silvina Ocampo. Una escritura que deliberadamente se constituye como una de las más singulares autobiografías que se hayan escrito en estas tierras. Por supuesto, no como creía el candoroso Saint-Beuve que lo biográfico era posible en la literatura, sino como un último gesto de preservación. De la memoria. Del deseo. De un cuerpo que, ¿en su alma?, languidece.

En ese espacio, *perpetuum mobile* de una singularidad inquebrantable, no lugar físico sino campo de probabilidades de una conciencia, campea orondamente lo indecible. Un conjunto de oposiciones

—entre sueño y vigilia, ternura y crueldad, amor y odio, sujeto y mundo, más drásticamente, entre vida y muerte—, crea una zona de tensiones donde esa escritura es posible.

Es obvio que no se trata de un material conceptual inédito. La onírica mariposa oriental goza ya de varios siglos de prestigio. Pero ese material convencional aparece reorganizado —en éstos y en casi todos los relatos de Silvina Ocampo— a partir de una sintaxis original. Una ordenación del discurso que alude metafóricamente a una reorganización del mundo. En ese universo propio, resultado de la respiración peligrosa de sus encadenamientos verbales, Ocampo va tejiendo, casi impudicamente, la trama de una historia que es la suya propia. O, dicho de otro modo, la ficcionalización de sí misma, a partir de un cúmulo de obsesiones literarias y extraliterarias.

En muchos de los veintitrés relatos que constituyen este libro, narrador y autora se confunden maliciosamente; la *persona* de uno y de otra se alimentan en forma recíproca a través de un cruce de datos biográficos fácilmente reconocibles. Como si el personaje Silvina

Ocampo protagonizara una textualidad más vasta que sus libros. Una red que incluyera, además de aquéllos, a sus esquivas declaraciones al periodismo, los chismes que sobre ella circulan en los ambientes literarios y toda la iconografía construida bajo las sombras monumentales proyectadas por esa suerte de santísima trinidad literaria que siempre la ha acompañado: su hermana Victoria, su esposo Bioy y su amigo Borges.

Ocurre que en esa inestabilidad —resonancia entre el ser y el no ser de una escritura que ubica muy rápidamente sus preocupaciones— subyace una poderosa voluntad de seducción. Desde ya, orientada hacia el lector y, menos probablemente, hacia ese alguien o algo (Dios, azar o nada) en cuyas manos descansa la posibilidad de atenuar la peripecia de una vida, en lo que ésta pueda tener de fugaz y dolorosa.

Toda estrategia de seducción, supone, entre otras cosas, la persuasión de que el verdadero seductor es el otro. Esta especulación se traduce, en el ámbito del relato, como un extrañamiento de la voz narrativa. Desde la sospechosa omnisciencia de una tercera persona a las aparentes exposiciones confesionales en primera, estos cuentos se ofrecen en una promiscuidad enunciativa capaz de variar el sujeto del discurso varias veces en un mismo relato.

Extraviado por esa voz impropia, el lector termina por hacerse cargo de ella como si al leer estuviera descorriendo el velo de su propia conciencia. Sorprendido en su buena fe, se siente *interpretado*. Se trata de un pacto de lectura que se constituye sobre la base de una traición. Un desplazamiento inducido por la calidad del discurso. En un verdadero acto metamórfico de los que tanto gustan a la autora de *Las Furias*, el lector se convierte en una transmigración de ella: percibe lo narrado no como el recuento de un suceso anterior sino como una experiencia presente. Hiperbólicamente, podría decirse que no lee, sino que *hace su propia interpretación*, en el sentido de que ejecuta un papel, una forma de teatralidad que supone, por un principio de extraterritorialidad planteado en el texto, un único escenario: su propia conciencia.

Un tipo de virus, llamado *bacteriófago*, penetra en las bacterias para imponerles su código genético y

asegurarse así la continuidad biológica. Algo análogo en el plano discursivo ocurre, quizá con esta escritura, cuya posibilidad de supervivencia parece buscarse en su asimilación al imaginario del lector.

Interpretación, asimilación, seducción: malabares del lenguaje que intentan retener y descifrar la magnífica trampa de una narrativa. Para eludir los riesgos del psicologismo —religión en decadencia en estos tiempos— una metáfora geográfica no menos religiosa: la lectura como un lugar; tierra prometida al deseo de persistencia implícito en la escritura. Pero, ¿cómo es po-

sible que esa sintaxis ambigua que deambula incansable en busca de un territorio sea recibida, como una inmigración de imaginarios, en el seno de una subjetividad? Este pueblo de discursos errabundos, fantasmas lingüísticos de una realidad percedera, logra establecerse en esa patria en la que Proust encontró la única medida posible para lo nacional.

La infancia es, de algún modo, una subjetividad desentendida de la cotización del mundo; un no querer saber de sus mezquindades y sus acotaciones. En esa patria, autor-narrador y su lector se reencuentran



como dos extranjeros naturalizados y, silvínicamente, juegan a ser inmundos.

Como un estado de ánimo del lenguaje, una proposición lúdica o un pensamiento mágico, estos relatos dan cabida a una lógica que —familiarizada con los peces solubles y los conciertos felisberteanos— tiene de infantil todo lo que no posea de ingenua. Desde la reflexión sentenciosa (“La concupiscencia del hombre es infinita. Por nada puede abandonar su apetito de ser lo que no quiere o quiere ser”. ps. 148/149) hasta la parodia (entre otras, la del niño prodigio, el pianista Octavio Griber, ps. 27 a 38); desde el desdoblamiento de identidades (“La llamaban Lila Violeta, de modo que, al llamar a la una, llamaban instintivamente a la otra...”, p. 71) hasta la disolución misma de la identidad (“De quién era la madriguera y quién llevó a quién, es un motivo de perplejidad. Basta decir simplemente sin sujeto...”, p. 134), la narración se *aniña* con una deliberación que no siempre excluye la crueldad.

Una enunciación sujeta al capricho, a la arbitrariedad y, a veces, a la perversidad, mantiene con el lenguaje una relación poética. En estos relatos, no sólo los hechos, los sentimientos y los objetos sino también las palabras recuperan su carácter novedoso. Como si fueran pronunciadas por primera vez en el mundo y, por sí mismas, inaugurarán realidades: “Pronunció de nuevo, sin quererlo, como los niños pronuncian las primeras sílabas de una palabra, separándola y vacilando: ¡guar ang oh! ¿Sería la voz de un mundo salvaje?” (p.44). “—A tu edad yo no sabía lo que quería decir seudónimo” (p. 65). “Ningún médico podía curarla, porque no sabía el nombre de su enfermedad.” (p. 81). “¿Sabe lo que está diciendo? ¿Sabe qué significa ‘nefasto’?” (p. 178).

Según la legalidad del texto, “cotidiano” no implica necesariamente “conocido”. Y, a la luz de los pocos ejemplos citados, puede apreciarse cómo la tensión frente al enrarecimiento de la palabra se magnifica por estar aplicada a un léxico coloquial. Lo extraño irrumpiendo en la más inofensiva de las cotidianidades, la del lenguaje, es la condición de posibilidad de todo extrañamiento.

En esta patria o campo de Silvina donde el amor, la amistad, el arte y toda otra forma de placer conllevan

inexorablemente el desengaño, ciencia y se vive generoso, dejando entre las múltiples voces del texto, vivir en él a esa mujer traviesa, es dable escuchar la de un lector se refractaria a los reportajes y a las ducido por la sutileza y el humor. Un fotografías y para quien “hablarse a lector andrógino y perplejo que, le uno mismo es el último yendo, transita por su propia con-subterfugio”.



VUELTA SUDAMERICANA

PROXIMOS NUMEROS

Tulio Halperin Donghi / *Los fundamentos del fenómeno peronista*

Giorgio Agamben / *Los fantasmas de Eros*

Paul Veyne / *Olimpiadas: pasado y presente*

Danubio Torres Fierro / *¿Adiós a todo eso?*

Georges Dumézil / *Alejandro y los sabios de la India*

Steiner-Kolakowski-O'Brien / *El destino de los intelectuales*

Susan Sontag / *Descripción (de una descripción)*

EL TESTIGO OCULISTA

● La educación del oído y la disciplina que convierten a un "caprichoso usador de palabras" en un actor sin privilegios pero activo en el teatro generalizado de la expresión verbal no son valores adicionales que se suman al poeta, aunque caigamos en la trampa de señalar su carácter anómalo en estos tiempos de tribulación. Si muchos de los postulados de Alberto Girri acerca de lo poético constituyen, en buena medida, algo así como un manifiesto personal (que su poesía cumple como itinerario), no es menos cierto que la consultada repetición de que es un poeta riguroso, frío e intelectual resulta ya un refrido periodístico, convención que homogeniza sus libros sin siquiera mirarlos. Se olvida que "emoción" y "sentimientos" tienen una magnitud más intensa que la que sueñan los Horacios de esta filosofía. Eliot, hablando de Donne, recordó que los pensamientos de éste modificaban su experiencia del mismo modo en que las sensaciones. Pensar es, después de todo, una operación afectiva del cerebro, operación que establece, como todas, violencias y armonías. Ambas cosas hay en *Existenciales*, el último libro de Girri, práctica que no sólo alcanza en el poema-motivo una forma que ejerce atracción lírica en la concurrencia de circunstancias deliberadamente prosaicas sino que impone, más allá del poema mismo, la habilitación de un mundo perceptual estimulante y misterioso. En esta línea que ha obedecido las gradaciones de una obra, la observación, la letra, el motivo borran la identidad del que trajina para que aparezca ante los ojos del lector un enunciado irrepetible, una impresionante síntesis de opacidad y eficacia. El poema, / desprendido de la visión, / y del que no podrías / explicar, sólo ofrecerlo, / y ofrecerlo / en homenaje a lo recibido, / pero no su enigma, / así como / un bebedor no penetra en su vino, / lo bebe, / pero no sabe qué es, / además de áspero y seco, / subido de color, escribe en *Dormir que hace el poema*.

● John Barth es tal vez una de las claves para descifrar el múltiple dilema que las narrativas de estas últimas décadas han formulado.

De hecho, él mismo ha contribuido críticamente a señalarlo. Su "literatura del agotamiento" ilustró con plausible elocuencia cuáles eran los callejones sin salida, desde la repetición viciosa de imposibilidad incluida en el relato hasta los intentos formales por desagotar, mediante la literatura misma, los viciados canales de la narración con trampas y autorreferencias que hoy obseden esa misma literatura. Su obra narrativa (sólo traducida al español parcialmente) incluye *The Floating Opera* y *The End of the Road* (La ópera flotante y El fin del camino), de registro un tanto angustioso pese al humor salutarífico de Barth; *The Giles Goat-Boy* y *The Sot-Weed Factor*, novelones geniales en los que la delectación del autor pasa del inglés de un poeta emérito del s. XVII, Ebenezer Cooke, a los perances de un muchacho-carnero en los dominios ya plenos de la Ciencia Ficción, revelando, además de las dotes de parodista de Barth, una infrecuente capacidad para la articulación detallada y verosímil de vastos planos argumentales. *Quimera* (la tercera traducida a nuestro idioma) fue el retorno a la fabulación, al juego con personajes prestados. La Princesa Scheherezade, su hermana, el Príncipe Shahryar y un narrador del siglo XX se encuentran en la primera de las tres extensas narraciones que componen la novela. Ese texto es una de las joyas sinuosas del arte de narrar, y Barth se divierte muchísimo distribuyendo elegantes apotegmas: "Hacer el amor y contar buenas historias requieren ambos algo más que una buena técnica, pero sólo podemos hablar de la técnica", o "La llave del tesoro es el tesoro". *Letters*, caudaloso intercambio epistolar de personajes literarios, y *Sabbatical* son las novelas que siguen. Hay, además, un curioso libro de relatos, *Lost in the Funhouse*, proteico y tahr, en el que las consignas de los géneros novelle y cuento son virtuosamente trascendidas. Profesor universitario y, como Burgess, músico, Barth confesó recientemente ser lo contrario de un admirador de las novelas de espías al mismo tiempo que Putnam publicaba su último libro *The Tidewater Tales* (¡655 páginas!), espe-

cie de novela de espías que, como los demás libros de Barth, encierra algunas cosas más.

● "Yo, sola de ella, te voy a contar, voy a arrojarte frases que harán muros enre los que quedarte será para aquel gozo el mejor resguardo, aunque helado, lo sé, pero cuál la diferencia si desde allá que era entonces, yo, sabías". Este fragmento pertenece a *Ronda de noche* (Taifo, Barcelona, 1987), de Ana Becció, y contiene, como se ve, una lateral teoría del yo. Yo que aparece, desde el comienzo, negándose a cantar. El gesto rearma una práctica vocal: en la corriente sumergida, ese aire de voz enlaza su inmenso y ensañado deseo a los objetos que persigue pero no cede jamás a la indulgencia de creer que comunica. Apasionado de coraje, alude y tiente y niega. "Oh, nada sabemos", quisiera prosternarse el espectro de nuestra ignorancia diurna. Pero no sólo sabemos de esos dardos derechos que del amor van a la zona laberíntica de un infierno musical sino que hemos oído ya otras voces. ¿Todas las voces? La de Alejandra Pizarnik, por ejemplo: "Me quieren anochecer, me van a morir". Voz perpleja, alelada y sola: su última palabra fue yo pero se refería al alba luminosa. *Ronda de noche*, al igual que *Como quien acecha* (Ediciones de la Flor, 1973) y *Por ocuparse de ausencias* (Editorial Último Reino, 1983) hacen heroica esa otra aventura intensa y fugaz. Pero también, en un registro de hondura abismal, la voz de Ana Becció —la voz de ese yo lírico que palpa todos los pudores, hasta los que delatan su virtual, desmedido siglo— revela angustiosamente qué bordes debe tocar el lenguaje para hallar, siquiera en el contorno de una palabra, una duda que tenga el sabor de la remotísima coincidencia. "Venía de haber tocado, mejor dicho, de haber rozado algunas texturas, algunas facilidades del lenguaje. Yo era ajena". Monosílabo impertinente o persuadido pronombre. Yo juega en el centro de esta *Ronda de noche* su conjuro distinto. Tan distinto que el lector reconoce, a través de "la certeza que lo separa de las ansias ajenas", la silueta *perdidiza* de la ausencia en la noche en que nadie parecía.

LA VUELTA DE LOS DIAS

ARTE EN LUGARES PUBLICOS UNA CRONICA PORTEÑA

por Bengt Oldenburg

La idea de una vanguardia elitista o, en todo caso, reservada para tareas de ruptura ¿significa la existencia de otro arte, destinado a preservar el orden? Y, si la exhibición de arte en lugares públicos es, generalmente, prerrogativa de las instituciones ¿se sirven ellos de ese arte como de un sistema de tácito control, de censura, respecto de lo que el público debe consumir? Este dilema, por cierto antiguo, se deja estudiar en una metrópoli como Buenos Aires, sugiriendo respuestas tanto específicas como globales.

La noción de "público" se comienza a redefinir cuando —durante el *cuattrocento*— surge un destinatario civil, cuando mercaderes flamencos y florentinos empiezan a ejercer el mecenazgo artístico a la par de príncipes y prelados: El retrato individual en forma de pintura de caballete reemplaza a la piadosa imagen del donante del retablo: la obra de arte ingresa en un espacio cotidiano, bajo la protección de Mercurio y la sociedad mercantil. Es entonces, también, que se empieza a captar el tufo característico que despiden el ego del artista al fin individualizable: a diferencia de oscuros artesanos bizantinos del mosaico, o de severos muralistas románicos, Miguel Angel —sufrien-

do sobre los andamios de la Capilla Sixtina— está destinado a perpetuarse en todos los textos escolares sobre el Renacimiento, prefigurando la noción de genio que Schelling predicaría en Berlín tres siglos más tarde.

Durante el siglo XVIII, el público adquiere características modernas. A partir de 1759, Diderot se dedica a comentar los salones, y no solamente se constituye en fundador de la crítica de arte: el público se transforma en anónimo, en Humanidad, y el crítico en su órgano de vigilia. Nacen nuevos espacios dedicados a la actividad contemplativa —museos, galerías de arte— y la transferencia del poder a otras manos acaba con los estilos personalizados de Luis XV o Luis XVI. Hasta Napoleón trata de explotar esa afición por lo clásico que había inspirado a la Revolución y cuyo eco remoto aparece hacia 1930 en el arte estatal de Italia, Alemania y la Unión Soviética, con un nexo intermediario —por qué no— en la forma de la estatua de la Libertad en el puerto de Nueva York.

Guernica, repatriada a España 45 años después de haber sido pintada, exige la protección permanente de un espeso cristal blindado; sigue siendo una obra contestataria, también gracias a ese posible fanatismo del público español previsto por las autoridades del Museo del Prado. En Buenos Aires, parecía que só-

lo el monumento a Lavalle merecía la atención de vándalos, y seguramente no por sus eventuales méritos artísticos: las pasiones argentinas tal vez desdeñen ocuparse de la estética. En todo caso, el factor desencadenante de reacciones puede ser la anatomía, como las que provocaron el monumento de Lola Mora. La obscenidad del alquitrán no es la misma que la de las nalgas.

Parques y plazas plagadas de monumentos de Rodin y de Bourdelle demuestran que una nueva afluencia económica y social se dedicaba a amueblar el espacio público porteño con un significativo producto cultural europeo. Ese ejemplo no prosperó, por lo menos en esa forma, pero las artes visuales —"esa cosa 'e gringo", como decía Rosas— seguían filtrándose por museos, galerías y colecciones particulares.

La tendencia no varió mucho, como lo demuestra la exposición Salvador Dalí del año 1986 en el Museo Nacional de Arte Decorativo, contundente éxito del público por la personalidad del autor y no por la discutible calidad de las obras exhibidas. El estrellato es manejable, tanto dentro de la vanguardia como en el marco de las instituciones.

Más modestamente que los escultores franceses de renombre internacional, artesanos españoles de la primera posguerra decoraron el entonces flamante subterráneo

de Buenos Aires con mayólicas nostálgicas. Fue uno de los buenos ejemplos de un arte para el uso del gran público y que, además, haya perdurado en el tiempo. En plena época peronista, hacia 1950, Quinquela Martín no sólo decoró —a su modo— las fachadas de una parte de la Boca, sino que llegó a pintarralear a los troleys que por ese entonces unían al barrio de reconocido pintoresquismo con el resto de la ciudad. Fue un *happening* ambulante que prefiguró al arte pop y a los graffiti del subterráneo neoyorquino.

Ultimamente, lugares estratégicos como la vereda opuesta al cementerio de la Recoleta han sido explotados por empresas que brindan, al público de ese barrio concurrido, paneles decorados por artistas más o menos populares. Una

gran suite de imágenes al estilo de alguna historieta Idealista trata de ilustrar los personajes que frecuentan bares tradicionales como *La Biela*: no se sabe hasta qué punto es consciente la implícita denuncia de la chabacanería porteña en ese catálogo de gestos y actitudes groseras que el público ni siquiera reconoce. No es arte de vanguardia, ni arte "oficial" destinado al uso público sino, posiblemente, una alegoría no explícita sobre los alcances de cierta mediocridad.

Si el régimen autoritario anterior firmaba contratos con el autor —no argentino, por cierto— del delirante monumento al Don Quijote, que perturba la Avenida 9 de Julio a la altura de la Avenida de Mayo, la democracia restablecida ha dado lugar a manifestaciones como un regalo del Ayuntamiento de Barcelona



LUIS CAMNITZER: LA AMBIGÜEDAD CONTROLADA

El uruguayo Luis Camnitzer nació en Alemania y vivió veintitrés de sus cincuenta años en los Estados Unidos: es, sin duda, un artista internacional. Es, también, difícil tener acceso a su obra en Buenos Aires; por suerte, la Fundación San Telmo logró reunir una muestra muy representativa. En el catálogo, el teórico Angel Kalenberg —Director del Museo Nacional de Artes Plásticas de Montevideo— dice ver en Camnitzer el fundador del arte post-conceptual latinoamericano, una opinión respetable. También es factible considerar a Camnitzer como el último vestigio de la corriente conceptual, así como Cervantes —según pensaba Foulcault— pone punto final a los juegos antiguos de la semejanza y de los signos. Sería incluso posible extender ese corte al conjunto del Modernismo, cuyos ideales Camnitzer siempre sirvió con tanta fidelidad.

Camnitzer decidió, hace mucho, que una obra de arte tiene que ser un bien común y no propiedad privada; también se entusiasmó con la afirmación de Herber Read según la cual el artista no sería una clase especial de hombre (aseveración en realidad más limitativa pa-



ra el hombre que para el artista). En consecuencia, Camnitzer trabajó primero con grabados y, después, directamente con textos que —debido a dificultades para exponer su obra— comenzó a enviar por correo: un ejemplo fue la esquila que contenía el mensaje "Este es un espejo. Ud. es una frase escrita". Trabajar con ideas le parecía "menos autoritario y menos narcisista" —según confiesa—, prefiriendo quizá el exhibicionismo intelectual a aquella otra, emocional.

Al darse cuenta —tardíamente— de que una marca ínfima en el papel alteraba el orden universal, se generó un cambio en su obra que ya suponía exenta de especulación estética. Jugaba con el poder de simbolización y con la proyección narrativa del espectador, en un intento de reincorporar el elemento político. Así surgieron ensayos frecuenciales como "Fragmentos de una novela" donde, a través de lo que Camnitzer llama "la ambigüedad controlada", trató de generar el terror en vez de limitarse a describirlo, lo cual —siempre según el autor— despertaría al espectador "político y perceptualmente".

En su intento por desmitificar el arte, Camnitzer —por suerte— no ha logrado disipar esas sombras donde (y él lo reconoce) atisba la verdadera obra. Pero, al querer situarse en la problemática Modernidad, al mismo tiempo tendría que admitir que esa magia que permitía el desciframiento del mundo —al descubrir las secretas semejanzas bajo los signos— ahora sólo sirve para explicar, de un modo delirante, por qué las analogías son siempre frustradas.

Bengt Oldenburg

en forma de la decoración, por parte de pintores catalanes, de unas fachadas sobre la Plaza Cataluña, en 9 de Julio y Arroyo. Parecido a un decorado teatral, alegremente abigarrado, irrumpe en la solemnidad de esa esquina, dominada por la Embajada de Francia. No es Rodin, ni subversión: sencillamente una muestra de lo cotidiano español; eso sí, a once años de la era franquista, que ciertamente hubiera exportado otro arte.

Los urticantes efectos de la vanguardia o, en todo caso, del arte joven se pudieron comprobar cuando, en 1985, un grupo de pintores fue invitado por Subterráneos de Buenos Aires para decorar una estación de la línea "D". Los murales postexpresionistas de Garófalo, Pierrri, Prieto, Rearte y Reyna suscitaron comentarios que impulsaron a los funcionarios a taparlos con una pintura amarilla que ahora figura como otra

obra, cuyo tema podría ser la incompreensión y los excesos de la autoridad. En otros lugares, como en torno del Centro Pompidou parisiense, ese tipo de manifestación es inmediatamente absorbido por el mismo sistema de la Polis, que —según Baudrillard— consume cultura a la manera de un gran horno.

Tal vez los velos, supuestamente púdicos, con los cuales el Rococó tapó las desnudeces de la Capilla Sixtina, y el vidrio blindado que se interpone entre el público y el *Guer-nica*, sirven como signos taquigráficos que explican la relación del Estado con el arte. El Poder defiende, siempre, sus espacios, aunque sólo fuera para contagiarlos a su manera. El multicéfalo Público no busca, pero tal vez encuentra al furtivo Artista en el lugar de los hechos, ora para derribarlo, ora para exaltarlos, y no siempre —siquiera— según su valor.

neralmente, lo que el propio crítico quiere hallar. *La muerte prometida* es un libro que, por su simpleza, por su gran economía, se resiste bastante a ese tipo de interpretación previa a la instancia de la lectura.

—¿Qué actitud frente a la escritura supone el conjunto de tu obra?

—Creo que existen dos posturas fundamentales frente a la literatura. Una es crear un universo propio y articular en él lo que se piensa sobre la política, la religión, la historia, etcétera. La otra, meterse en la realidad y quedar como mimetizado con ella. En general, los lectores suelen adherir masivamente a esta última opción, mientras que los grandes escritores son aquellos que han sabido crear su propio mundo. Mis libros anteriores están bastante marcados por las religiones, sobre todo por las que mi madre practicó. Estoy escribiendo una autobiografía que se llamará *La rueda de Virgilio*, aludiendo a esta metáfora que toma la estilística para discernir tres estilos diferentes. En ese libro afirmo que cada religión tiene su estilo y que cada uno de los libros que fui escribiendo —*El frasquito*, *Brillos* y *Cuerpo velado*— se relaciona con cada una de las tres religiones de mi madre: espiritismo, catolicismo y apostolado, algo así como un desprendimiento espurio del evangelismo. Creo que el trayecto que va desde *El frasquito* a *La muerte prometida* está atravesado por esta cuestión. En ese sentido, *La muerte prometida* marca una diferencia: si bien en el plano temático es insoslayable la presencia de la religión (incluyendo allí ritos esotéricos, macumbas, supersticiones, cábalas y otras manifestaciones), ello no afecta, como en textos anteriores, al estilo narrativo. Por eso creo que este último es mi libro más independiente y, a la vez, el más propio. Digo el más independiente porque *El frasquito*, por ejemplo, es un libro trabajado sobre la primera persona. Aunque se trata de un libro escrito muy míticamente, cuyo estilo impediría cualquier idea de subjetividad, creo que tiene que ver con cosas más personales. En *La muerte prometida* hay un distanciamiento que se logra, entre otras cosas, porque se pasa a trabajar decididamente con personajes. Esto fue muy novedoso para mí, porque yo estaba ubicado en una zona absolutamente no tradicional de la literatura. De algún modo, hice el camino inverso al de muchos escritores. Becket, por

LUIS GUSMAN: ¿DONDE ESTA LA INVENCION ARGENTINA?

por Guillermo Saavedra

Luis Guzmán nació en Buenos Aires en 1944 y entre sus libros hay que mencionar *El frasquito* (1973), *Brillos* (1975), *Cuerpo velado* (1978), *En el corazón de junio* (1983) y *La muerte prometida* (1986). Fue uno de los fundadores de la revista *Litoral* (1973-77) y actualmente participa de la dirección de *Sitio*.

ción que el personaje hace respecto de esa inscripción. Finalmente, el tipo llega al lugar y se encuentra con que la leyenda es absolutamente obscena, de modo que se va del pueblo desilusionado por completo. De mis libros podría decirte lo mismo, pero exactamente a la inversa.

— En un plano menos metafórico, ¿qué tipo de ruptura supone *La muerte prometida* respecto de tu obra anterior?

—¿Cómo se llega, desde una escritura como la de *El frasquito*, a los relatos de *La muerte prometida*?

— Puedo contarte un mito que construí sobre el asunto. Hay un cuento muy lindo de Graham Greene. Trata de un tipo que decide regresar al pueblo de su infancia para ver nuevamente una inscripción amorosa que hizo en un árbol. El cuento es de una gran morosidad, porque la narración se ocupa de exponer todo el proceso de idealiza-

— Creo que *La muerte prometida* es un libro para ser leído y no para ser interpretado. Es muy frecuente que se escriban libros para ser interpretados. Mis textos anteriores —aunque no los he escrito con esa intención— han caído en eso, porque es muy difícil desprenderse de cierto tipo de crítica que, a partir de una mala lectura del estructuralismo, se dedica a buscar claves, alegorías o símbolos en los que cree encontrar lo que el escritor puso o, ge-

ejemplo, parte de novelas que considero totalmente clásicas, más allá de su escritura tan particular, como *Malone o Murphy*, y llega a una disolución de la representación misma y del sentido de la escritura.

— *¿Qué te llevó a acercarte a una concepción más clásica?*

— El proceso mismo que fue haciendo mi escritura tendía, advenía a eso. Además, en el camino se me cruzó la lectura de dos escritores: Faulkner y Onetti. Esto fue fundamental porque me permitió la posibilidad de contar una historia de un modo menos disperso que el asumido por la narración en un texto como *En el corazón de junio*. En *La muerte prometida* uno de mis objetivos principales era la narración de historias. Creo que está bastante logrado, sin que por eso se pierda la escritura.

— *¿Qué quiere decir "escritura", en este caso?*

— Para mí, la escritura es como el estilo. Hasta ahora, no encontré ninguna definición que la discriminara de lo que puedo entender como estilo. Toda una estética pretendidamente vanguardista piensa la escritura y hace de ella una forma de retórica, sin diferenciarla del lenguaje. Creo que *La muerte prometida* es un libro rico en lenguaje y, sin llegar a que su escritura sea retórica, conserva una marca de estilo. Podría decirse que estos cuentos los pensé, desde el punto de vista de la retórica clásica, casi como piezas oratorias. Tenía una idea, un argumento, y el asunto era cómo ponerlo en escena de un modo diferente. El "cómo" era, naturalmente, una cuestión de estilo y el estilo era lo que no estaba previsto. Nunca lo está. Lo que sí existía *a priori* era esta idea retóricamente clásica de la *dispositio* —qué va primero, qué va después—, pero la manera particular de la escritura a través de la cual tenía que llegar a ello era lo imprevisible. En este trabajo se me juntaban dos cosas que, paradójicamente, tengo muy disociadas: la ficción y la teoría. Confluyen, en la medida en que yo me estaba planteando los textos con un esquema argumentativo propio del discurso de la crítica.

— *¿Pueden precisarse tan claramente los límites entre crítica y ficción?*

— Yo he participado, en algún momento, de esa idea de no separar estos géneros ante la imposibilidad de discernir claramente la filiación genérica de ciertos textos. Sin em-

bargo, hoy en día puedo realizar un corte que es absolutamente ficcional, donde podría ubicar la obra de Conrad, por ejemplo. Claro que ésta es una cuestión que no se puede zanjar tan fácilmente. En todo caso, el problema de la ficcionalización de la crítica o de la literatura que hace de la ficción misma una crítica es bastante discutible. *Respiración artificial* es, para mí, un texto absolutamente literario, más allá de que trabaje la ficcionalización de la crítica o lo que sea. Tal vez en cierto momento se quiso disolver una separación entre la literatura y la crítica que resultaba excesiva. Esta disolución se planteaba, además, como otra forma de leer la literatura, frente al avance desmesurado de una crítica totalmente sociologizante y de una literatura totalmente populista. Pero después esa actitud también se hizo retórica, se transformó en un tópico igualmente verosímil. Lo cierto es que estas preocupaciones —que se vinculan a una necesidad mía de asumir una actitud vanguardista— me hicieron desatender cosas elementales de la literatura como la posibilidad del relato: Me parece que en *La muerte prometida* hay una gran capacidad de imaginar, de inventar historias, algo que no encuentro demasiado en la literatura argentina.

— *¿Podrías ampliar un poco esto último?*

— Decía que la literatura argentina no tiene grandes posibilidades de invención, en cuanto a las historias y en cuanto a lo que decíamos al principio de crear mundos propios. García Márquez es un escritor que no me interesa, pero no puedo dejar de reconocer que en *Cien años de soledad* aparece un mundo que, más allá de las reminiscencias faulknerianas, supone una gran capacidad de invención. Pero, entre nosotros, entre los que se dicen narradores, no encuentro una riqueza narrativa, la aparición de un gran mundo imaginario original... Ni siquiera encuentro una riqueza en la escritura. Entonces, ¿dónde está el misterio de esta narrativa? Me parece que en esa especie de mimesis de la que hablaba antes, una vocación transmisora de una realidad que se puede leer mejor en los diarios o a través de otro tipo de discursos que, desde 1983, son posibles debido a la situación política. Cuando el contexto se satura de discursos sobre la realidad, todos esos escritores realistas o populistas se

ven en un callejón sin salida y toman dos caminos: o se ponen a escribir novelas históricas o escriben novelas utópicas, en ambos casos alegóricas y de ningún modo verdaderamente políticas.

— *Volvamos a tu libro. Encuentro en estos relatos una autonomía lógica, una legalidad propia de los hechos narrativos y una capacidad siniestra en los objetos. Y todo ello me lleva a pensar en el señor Felisberto Hernández, naturalmente.*

— Es cierto. Soy un asiduo lector de Felisberto y me parece válida esa asociación, desde el punto de vista del universo, de la mitología que él pone en juego. Pero, si me hubiera quedado en Felisberto sin pasar por la lectura de Onetti, el resultado habría sido muy pobre. Onetti me permitió, más que la posibilidad de contar una historia, encontrar el modo en que el narrador podía contarla. Es difícil precisar, en Onetti, el sujeto de la narración. En un texto como *Para una tumba sin nombre* la voz narrativa pasa de una primera persona del singular a una primera del plural para volver a una primera persona del singular que, probablemente, no es la misma que la anterior.

— *¿Qué aporta al relato esta ambigüedad del sujeto narrativo?*

— Ante todo, cierta arbitrariedad y una gran libertad. Yo quería contar de todas las maneras posibles: desde un narrador omnisciente —como se decía antes— hasta una primera persona. Quería volver a esas categorías que, en cierto momento, cayeron en el desprestigio. Esto no es ajeno a lo que decíamos antes. Me parece mucho más difícil escribir un libro como *Madame Bovary* que una novela supuestamente experimental. Por otra parte, en *La muerte prometida* el narrador suele estar como borrado. Ese distanciamiento del narrador permite transformar cierta materia política o religiosa o social en asunto literario.

— *Esto es muy claro en el cuento "El color del fuego", donde un episodio de la historia reciente de nuestro país —la ocupación de tierras en San Francisco Solano— es transformado, por obra de esos desplazamientos, en una ficción casi mítica. Y, paradójicamente, produce en el lector un efecto de acercamiento mucho más intenso que el que se hubiera logrado con un tratamiento realista del asunto.*

LEER ES BLASFEMAR

por Severo Sarduy

— Me alegra que lo hayas mencionado. Porque, si bien en mis libros anteriores ya había intentado trabajar con materiales históricos y sociales, la acumulación descriptiva, la profusión de imágenes y los recuerdos funcionaban como un obstáculo para el desarrollo de una historia. Esto no sucede en *La muerte prometida* y me interesa destacarlo porque, debido a aquellas características de mi obra anterior, hay una tendencia a considerarme un escritor estetizante. En "El color del fuego" he podido ocuparme, aunque de un modo tangencial, de ciertas cuestiones indudablemente políticas; he podido recuperar una situación que, para mí, fue de una violencia social insoslayable.

— *La muerte prometida en el título se ofrece con creces a lo largo de los trece relatos del libro. En ellos aparece la muerte no sólo como desaparición física sino también en un sentido más lato: como caducidad.*

— Caducidad me parece una palabra muy apropiada. Porque, más que de la muerte en un sentido fisiológico o de una preocupación metafísica, aquí se trata de una insistencia sobre la corrupción. La corrupción del cuerpo y, quizá, la corrupción de la escritura. Tal vez se trate de una apuesta en la dirección de aquello que decía Gide: "Escribir es poner algo a salvo de la muerte", ¿no? En cualquier caso, no se trata de una reflexión de tipo hamletiano sobre el ser y la muerte. La promesa tiene que ver con suspender, con mantener en suspensión ese proceso de corrupción. Ese sería el sentido de los ritos, de las prácticas religiosas presentes en el texto: preservar algo de los cuerpos —por ejemplo, un trozo de cabello— en la corrupción.

— ¿Es una forma de fetichismo?

— Estaba pensando en eso, pero me parece que se acerca más a la cuestión de los estilos religiosos de mi madre. Desde esa perspectiva, la idea de reliquia me parece más conveniente que la de fetichizar algo. O, en todo caso, fetichizar como sinónimo de detener —en el sentido de tensión— un proceso de corrupción. Hay algo paradójico en todo esto: se trata de conservar algo a través de una escritura que se transforma. Una escritura que pretende conservar algo, ponerlo a salvo de la corruptibilidad, sin ser conservadora. Tal vez se trate de la no corruptibilidad de la escritura misma.

Voy a decir la verdad: durante muchos años, como algunos de los escritores de mi generación, me negué rotundamente a leer o a citar ni una sola línea de Louis-Ferdinand Céline. Simplemente porque temía que su ignominia personal transudara en las páginas, como la humedad en un viejo muro. Pensaba en esa tía puritana de que habla Juliane Green, que se ponía unos guantes dobles para leer una novela: el protagonista era sifilítico.

Más tarde, como casi todos los escritores de mi generación, comprendí que las totalizaciones de este tipo son neuróticas y que lo son mucho más en el caso de Céline, cuya obra propiamente novelística —se pretende— no está contaminada por este delirio testarudo que podíamos llamar su ideología. O dicho en otras palabras, por su comunicación cada vez más grande con la paranoia del padre.

Astucias de entonces

Cuando al fin me decidí y traspuse la puerta de ese mitigado infierno que es *El viaje al fondo de la noche*, también traspuse la de un cafetuchito cucarachiento, atracción única de una aldea vecina a donde vivo, tan arcaica que los vecinos rechazaron hasta la instalación del teléfono. La taberna ha conservado el decorado que tuvo durante la guerra, y los avinados de mofletes rojos que día y noche la amenizan, el mismo lenguaje y las mismas astucias pícaras de entonces. Y si digo pícaras es porque la aldea se encuentra en la Picardía francesa, de donde parece ser, viene el adjetivo. Los sectarios del anisado se libran allí a verdaderos torneos verbales. Por ejemplo, ¿cómo se pide una cerveza?, pues así: "¡Mejor es tenerla adentro, que estar adentro!". *Biére* significa cerveza, pero también fétetro.

De más está decir que leyendo a Céline, y con ese *audio*, habitaba en plena prosa del cervecero, en el pa-

raíso celiniano, que es el paraíso de las palabras. Creía oír la voz del médico mórbido de Meudon leyéndome *El viaje* o la *Muerte a crédito*.

Nada más tonto. El lenguaje de Céline no tiene nada que ver con el lenguaje popular francés de los treinta, ni siquiera congelado en un cafetín pícaro. No se trata ni de una reconstitución ni de un desarreglo del habla cotidiana, ni siquiera de su quintaesencia, sino de lo que pudiera llamarse su *elevación al cuadrado*, su potenciación fonética y sintáctica hasta hacer de la frase popular algo así como un *mantra*, una fórmula ritual y repetitiva de la que se desprende, al ser pronunciada, una energía que afecta al lector, un impacto físico. Y no debía decir *lector*, sino *oyente*, ya que a Céline hay que leerlo en voz alta, vociferarlo, blasfemar, como se leía él mismo.

El médico reveló ser, es verdad, un brujo negro; también un alquimista verbal. Es por eso que compadezco al traductor al español de *Muerte a crédito*, novela que desconecta con frecuencia su intensidad verbal con alegorías cursilonas y feudales, con cuentos de hadas feroces y leyendas wagnerianas de cartón piedra.

Lo paradójico es que esta zarzuela sanguinolenta llega a conducir al lector hasta un sentido profundo, y si la palabra no estuviera desacreditada, se diría que hasta un mensaje que lo sacude: la vida es como algo comprado a plazos, como un *adelanto* que la muerte va recuperando por mensualidades. Escribir no es más que un modo de contar con esa muerte, de darle crédito. O de distraerla, como hace el narrador de las *Mil y una noches*, con ficciones desafortunadas y aproximativas. Ya que la verdadera ficción, la lograda, sirve para otra cosa: "Para mí", dice Céline en *L'Herne*, "uno estaba autorizado a morir, a entrar en la muerte, cuando tenía una buena historia que contar. Entonces, uno la contaba y luego

pasaba del otro lado. *Muerte a crédito* es, simbólicamente, eso. La recompensa de la vida es la muerte... dado que... no es el buen Dios el que gobierna, sino el diablo".

Muerte a crédito, de 1936, no aparece en un momento indiferente, sino cuando estalla el Frente Popular en Francia y Franco se rebela en España. Cuatro libros marcan la época: *El regreso de la URSS*, de Gide; *La verdad sobre el proceso de Moscú*, de Bretón; *La esperanza*, de Malraux, y *La náusea*, de Sartre. También ocurre un hecho aparentemente marginal, pero revelador: Artaud entra en un asilo psiquiátrico.

Así terminó Céline. En una pequeña villa suburbana, dialogando con un perico desplumado. Le dio por vaticinar, en una crisis de fobia asiática, que los chinos llegarían un día a instalarse en Brest, el punto más occidental de Francia.

¿Qué nos queda hoy de todo eso? Sin duda, la obra incisiva de Céline, el único autor que decidió pasar a la historia con un nombre de mujer y que cifró en el con frecuencia insulto lenguaje francés un emblema de tinta roja, la sangre de un tatuaje. Quizá un día la Historia considere sus panfletos como una locura al margen de su obra. Su retrato alucinado no será más que el detalle figurativo de una de esas viejas postales de la época, en sepia, que aún se encuentran en los librerías de viejo del borde del Sena, desdibujadas y amarillentas.

Nota final: para escribir este artículo, volví a leer a Céline. Quedo asqueado por la solapada violencia racista de algunos de los retratos. Vuelvo a ponerme los guantes.



CRONICA Y MITOANALISIS

DENIS DE ROUGEMONT, PRECURSOR DEL INTELLECTUAL COMPROMETIDO

por François Bondy

Traducción de Juan Villuro

Denis de Rougemont murió el 12 de diciembre de 1985 en Ginebra; fue fundador y director del Instituto Europeo de Cultura y el único no-político que obtuvo el Premio Robert Schumann al Mérito Europeo (1970); pero sobre todo fue autor de libros, uno de los cuales, *El amor y occidente*, se tradujo a incontables lenguas y tuvo una profunda influencia. Sus ensayos y diarios de los años treinta y cuarenta siguen siendo singulares testigos de una época que en cierto sentido contribuyeron a crear. Rougemont nació el 9 de septiembre de 1906 en el cantón Neuenburg de Suiza. Hijo de un pastor protestante y nieto de un profesor de teología, Rougemont era descendiente de una familia de magistrados y eruditos. Entre 1830 y 1900 los Rougemont publicaron 76 obras. En su *Suite de Neuenburg* Rougemont escribió que es típico de Suiza que los ciudadanos y los campesinos puedan rastrear su ascendencia como en otros sitios sólo pueden hacerlo los aristócratas.

Rougemont era sobre todo conocido por sus actividades y escritos en pro de una federación europea, de la cultura como elemento unificador de Europa, de las zonas regionales como células de la Europa futura y de la relación entre el federalismo y la ecología (fue uno de los primeros en alertar sobre los temas del medio ambiente). Su último libro, aparecido en 1977, llevó el título de *El futuro es nuestra causa*. Para conmemorar sus setenta años se publicó un volumen con el título de *Un escritor europeo*; el primer texto pertenecía a St. John Perse. Hoy en día los libros de la primera mitad de la vida de Denis de Rougemont son muy poco conocidos, de modo que esta tipificación resulta más precisa en lo tocante al escritor que al "europeo".

Denis de Rougemont debe ser visto como uno de los fundadores del personalismo, fuertemente influido por el calvinismo (entre otros libros,

Rougemont tradujo la dogmática de Karl Barth), como el autor de los *Diarios*, como el "escritor comprometido" que creó esta expresión y la puso en práctica, una década antes que Jean Paul Sartre.

En los años treinta, Rougemont se desempeñó en París como fundador y redactor de revistas, como editor y como autor. En esa época se volvió famoso con dos libros: *Penser avec les mains* y *Diario de un intelectual desempleado*, escritos en la isla de Ré y en un pueblo del sur de Francia. Después de la desaparición de la editorial *Je sers*, el autor se estableció en el campo con su primera mujer y sus dos hijos, viviendo en condiciones muy modestas.

En 1940, después de su servicio como oficial del ejército suizo, fue uno de los fundadores de la Liga de Gotthard, que declaró la guerra a los acomodaticios que se negaban a hacer frente a la amenaza alemana; luego de catorce horas de arresto domiciliario por un artículo periodístico sumamente crítico, las autoridades lo conminaron a aceptar una invitación a dar conferencias en los Estados Unidos. Ahí permaneció seis años y pronto se hizo cargo de las transmisiones de radio de "La voz de América", dirigidas a los franceses, con la colaboración de las voces de André Bretón, Marcel Duchamp y Claude Lévi Strauss. En dos de sus diarios Rougemont muestra una simpatía vivaz, aunque crítica, por el estilo de vida norteamericano. El europeo por excelencia permanecería vinculado a ambos mundos. Sin embargo, para el escritor, los años decisivos fueron los dos anteriores al inicio de la guerra. En 1938 apareció el *Diario de Alemania* y en 1939 *El amor y occidente*, que obtuvo reconocimiento mundial. La Alemania de Hitler y la época de los trovadores y la epopeya de Tristán sirvieron de tema a los máximos logros literarios de Rougemont. ¿En qué medida y cómo se relacionan ambos temas? Este es el

problema que nos plantea la obra de Rougemont.

El *Diario de Alemania* es un delgado volumen que más tarde sería incluido en la recopilación de todos los diarios (*Diario de una época*). ¿Cómo surgió el diario? Otto Abetz buscaba ganar adeptos para el nacionalsocialismo entre destacados intelectuales franceses y le ofreció a Rougemont un puesto de lector en la universidad de Francfort. El escritor suizo ocupó el puesto durante un año, de 1935 a 1936. Por ejemplo, este es su registro de un mitin del partido en el que habló el *Führer*: "Lo que ahora siento puede ser descrito como un terror sacrosanto. Me confunde la muchedumbre aglomerada en un mitin político. Lo que celebran es su propio culto. Se trata de una liturgia, de la gran ceremonia de una religión a la que no pertenezco, que me repele, que me agrede con una fuerza física superior a la de todos esos cuerpos en tensión. Estoy solo y ellos han cerrado filas."

Más tarde anotó Rougemont: "*Hitler y yo*, no es mal título para este diario: un ajuste de cuentas con la sensación de ser engañado, con las incesantes transformaciones en la relación colectividad-individuo, que en estos años se perciben con más fuerza que en todas las épocas anteriores de la civilización occidental".

Eugéne Ionesco ha señalado en varias ocasiones que en este diario de Alemania encontró un estímulo decisivo para *El rinoceronte*. Ionesco hace especial referencia al pasaje anterior pero también puede haber sido influido por notas como las siguientes: "He observado cómo algunos estudiantes se vuelven nazis. He visto cómo se transforman físicamente. Ellos encarnan la 'dureza'; adquieren esa mirada "objetiva", esa tez pálida, esa pesadez en la parte inferior del rostro que permiten identificar a un líder nazi a primera vista. Creo que el totalirismo es un virus. Cuando uno contrae el contagio, no hay nada hacer".

¿Por qué aparecieron esos comentarios con dos años de retraso? Rougemont lo justifica de la siguiente manera: "El *Journal d'Allemagne* es la continuación de mi *Diario de un intelectual desempleado*, pero en él no se trata del desempleo. El autor vive de su trabajo en la Alemania de Hitler, dando clases en la universidad de una ciudad cuya mención resulta innecesaria. Si el lector espera una evocación

poética de Alemania se decepcionará. Toda la atención se concentra en el régimen político y no se pretende dar una visión completa, objetiva de ese régimen, sino tan sólo atisbar la vida cotidiana para ver en qué medida el régimen afecta al individuo. Sin duda alguna surgirá la pregunta de por qué el diario se quedó dos años en el cajón, ¿No son anticuadas las noticias que ofrece?, ¿no han sido rebasadas por el pánico? [Se refiere al Acuerdo de Munich]. El autor se planteó la pregunta en forma ligeramente distinta. Si dudó sobre la publicación de esas páginas fue porque a su regreso de Alemania aún no estaba seguro de su carácter de actualidad. Temía haber descrito sólo aspectos pasajeros del régimen, y como no tenía la ambición de competir con la información periodística se dijo a sí mismo que la mejor manera de preservar la actualidad de esas anotaciones era esperar. Tal vez el lector piense que se trata de una curiosa concepción de la actualidad. Este breve libro es un diario, pero aunque se publique es un diario privado. La función de esta obra literaria es, en cierto sentido, opuesta a la de la prensa. ¿Qué esperamos de los periodistas, de los grandes reporteros? Una explicación improvisada de los acontecimientos a la luz de las opiniones de un partido o de la opinión pública imperante. En cambio, el periodista privado registra principalmente lo que se opone a esa versión, o mejor dicho (pues también el polo opuesto depende los prejuicios que él quiere minimizar) se atiene a acciones y posiciones que son distintas pero no totalmente contrarias a lo establecido y busca en los sucesos una realidad semejante a la imaginada por los novelistas: la singularidad común. Sólo que en vez de relaciones amorosas describe relaciones sociales, políticas y religiosas, abarcando un amplio espectro de sentimientos, que a pesar de ser evidentes rara vez son observados por los psicólogos y que curiosamente ignoran los sociólogos. Si la novela psicológica que se ocupa de héroes individuales expresa la realidad de una época que desaparece ante nuestros ojos, el diario privado es la forma de transición que responde a la realidad de una nueva época. El diario refleja las relaciones entre una persona y las pasiones colectivas. Tal vez mañana sólo queden los manifiestos y las canciones heroicas de la propaganda. Dedico este libro a quienes

desde hoy preparan un pasado mañana".

"El diario —escribe Rougemont— es fragmentario, es una visión fracturada porque la crónica de un tiempo fracturado no puede ser de otra manera. La literatura por venir es una literatura de circunstancias —y no de circunstancias elegidas— donde la ficción no es otra cosa que un pretexto y quizá también el último umbral de la vergüenza". Es la necesidad la que impone las condiciones, y esto en modo alguno representa una fortuna: "Goethe aún podía escoger sus temas y enmarcar su pensamiento en un orden definido. Nosotros debemos entender y aprehender un mundo amorfo, impersonal, heteróclito y cotidiano. El espíritu tiene que limitarse un poco; debe aprender a relacionarse con cosas comunes y turbias".

En el hermoso libro *Los personajes del drama*, que apareció primero en Nueva York, con textos sobre Goethe, Kierkegaard, Kafka, Ramuz y otros escritores significativos para el autor, Rougemont se aparta de André Gide, con quien lo unía un vínculo amistoso y, no en última instancia, el protestantismo. Rougemont no aspiraba a la confesión ni a la sinceridad, pues éstas se desvirtúan despiadadamente en el simple acto de la escritura.

"Al examinar una obra con atención más allá de los aspectos formales, la indiscreción moderna busca las confesiones fragmentarias de la verdad. Probablemente el diario sea un género literario de segunda categoría, pues resulta interesante con demasiada facilidad. En tanto obra literaria, el diario me obliga a ceñirme a un tema —por ejemplo, la descripción de una crisis— y en consecuencia a someterme a una unidad que no existe en una crónica espontánea. En ocasiones, el misterio de una vida se agota en la obra, y sólo quedan para el diario las notas más áridas. Ejemplos: Byron, Stendhal. En otras ocasiones la obra y el diario son dos formas de comunicar lo mismo y es difícil decir que el diario está al margen de la creación. Tal vez el verdadero retrato del autor no esté ni en la obra ni en el diario, sino en la luz que se arrojan recíprocamente. El diario requiere de una disciplina aún más severa que la de la obra. A la atención espontánea opongo una atención constructiva. Nuestra cultura es más filosófica que literaria, y no porque así lo deseemos, pues no podemos escoger los problemas

que nos atañen ni constreñirlos a un campo determinado”.

La relación entre “el mundo y el yo” nunca había sido tan laxa. Esto ha dado lugar a una nueva actitud moral: el escritor y el ciudadano se expresan simultáneamente, “tan lejos del individuo que implora por sus derechos como de la estruendosa colectividad que tarde o temprano amordaza a quien escribe”.

El yo, ¿de quién se trata?

Las revistas codirigidas por Rougemont, *Hic et nunc* y *Ordre Nouveau*, lo mismo que *Esprit*, la revista que ahora dirige Emanuel Mounier, estuvieron determinadas por el personalismo. Es muy probable que el lema nacionalsocialista de un “nuevo orden” se haya inspirado en el título de aquella revista. A menudo, Rougemont recibió fuertes críticas al respecto —en 1945 el comunista Aragon lo denunció como simpatizante del nacionalsocialismo e incluso del racismo, como unos años antes lo hiciera el anticomunista Bernhard Henri-Lévy—. Los necrólogos de París conservan un hábito de aquella difamación, a pesar de que Rougemont ganó un proceso contra sus calumniadores. Sin embargo, los infundios tuvieron ediciones de millones de ejemplares y la respuesta firme e ingeniosa de Rougemont apareció en Ginebra en la revista *Cadmos*, de reducido tiraje. Ahí Rougemont señalaba, entre otras cosas, que ya el comunista italiano Gramsci había publicado una revista con el nombre de *Ordine Nuovo*.

El tema de los diarios se desprende del convencimiento de que la persona y el individuo están sujetos a la misma diferenciación que la comunidad y la masa. La persona obedece a una vocación, a la voluntad de hacer que la propia vida tenga un sentido útil para la comunidad. La persona es ajena a la masa y tiene su arraigo en la comunidad. “Estaba llamado a escribir diarios que registraran momentos de mi actitud ante mí mismo y ante el mundo”. Contra la muy citada frase de una obra de teatro de Sartre “el infierno, eso son los otros”, Rougemont escribe: “El infierno, eso es la ausencia de los otros”.

Un temprano examen de conciencia: “Escribir, al igual que vivir, no es un asunto de conveniencia. Sabemos tanto acerca de nosotros mismos que tememos informarnos artificialmente. Al escribir ponemos en juego nuestras voces más secretas,

pero también nuestros cálculos más astutos. Escogemos las ideas como se escoge un amor cuyas consecuencias se anticipan no sin preocupación, y en el que uno nunca se involucra del todo por temor a verse transformado, el amor a uno mismo, que nos atormenta con miedos e inquietudes y cuya finalidad no siempre entendemos, y el miedo a perder el hilo de nuestra autoconciencia, a que las cosas tengan en nosotros un efecto irreversible. El amor a uno mismo, pero ¿quién es uno mismo?”

Tal vez este texto parezca patético e incluso narcisista, pero conviene tomar en cuenta la fecha en que apareció: 1926. El autor tenía veinte años. Sin embargo, Jean Starobinski, quien analizó los aspectos literarios de la obra de Rougemont en un número monográfico de la revista *Cadmos* (fundada en Ginebra por el propio Rougemont), vio en aquel temprano texto un anticipo de la vocación del autor.

En el *Diario del intelectual desempleado*, Rougemont aborda el caso del intelectual. En su opinión, el intelectual, especialmente el francés, requiere de sensaciones violentas y al mismo tiempo es dócil ante el poder. Sin embargo, también critica a la comunidad que no entiende a los intelectuales que la interpelan, pues ella misma está deformada y encasillada en sus patrones: “La desgracia de nuestro tiempo es que el pueblo que lee periódicos tiene un pensamiento aún más artificioso que el de los escritores. Cuando los escritores quieren ser ‘naturales’ se les echa en cara su artificialidad. Pero, ¿por qué se han de limitar los escritores a escribir en forma popular para un pueblo que desde el pupitre está acostumbrado a no reconocerse en lo que lee?”. Rougemont lamenta que el entendimiento entre el pueblo y los intelectuales fracase por culpa de ambas partes.

Rougemont, junto con Mounier y otros, formó parte de quienes se negaron a llamarse “antifascistas” en los años treinta y en cambio señalaron las debilidades y crisis de los demócratas, incapaces de asumir las tareas de liderazgo, como si éstas fueran inconciliables con la democracia. “Señalé que el único camino de conjurar el peligro del fascismo consistía, no en condenar a Italia y sus admiradores franceses, que no es otra cosa que una actitud negativa, apática y de falta de voluntad, sino en tratar de solucionar el problema de la autoridad de un mo-

do francés. Es obvio que el problema se presenta aquí en forma completamente distinta que en un país con cincuenta años de tradición parlamentaria y liberal. En pocas palabras, un sermón conciso y elemental en torno del lema “la libertad obliga”.

“Al abandonar la asamblea alcancé a escuchar una frase que un hombre decía en el patio, mientras le encendía un cigarrillo a otra persona: ‘para mí, él es un fascista’. Esta breve frase expresa toda nuestra confusión política. Me digo a mí mismo: ¿es culpa tuya! ¿Por qué volví a hablar como un intelectual?, es decir, como un hombre que quiere saber con exactitud por qué toma partido por tal o cual bando. El elector, en cambio, sólo desea estar en favor o en contra de algo y desconfía de antemano de quien busca sutiles diferencias y clasificaciones. Nunca se toma suficientemente en cuenta este rechazo, esta oposición básica. En adelante, tal vez sea bueno que cada vez que escriba sobre el fascismo o los soviets, empiece el ensayo con la declaración: estoy en contra. Mientras me limite a hablar de los pros y contras se me tomará de inmediato por un fascista o un comunista. ¡Y qué, a fin de cuentas! ¿No tiene precisamente el escritor la misión de educar a los lectores, quiero decir, de hacerlos pensar más allá de sus prejuicios?”

El siguiente fragmento da cuenta de la ingeniosa manera en que Rougemont se enfrenta al tótem del “antifascismo”: “los partidos de izquierda se han unido en el padrón electoral. A eso se le llama el frente antifascista. Aquí reproduzco la maravillosa frase que han impreso en gruesas letras: todo nuestro programa social se encierra en una frase: somos antifascistas. De lo cual se desprenden las siguientes demandas: ayuda a los desempleados, colocar dos nuevos buzones para el correo, construir una nueva instalación para que hombres y mujeres hagan sus necesidades en la plaza principal. Si esto es antifascista, entonces los fascistas son gente extraordinaria”.

De ese diario al *Jornal d’Allemagne* hay un cambio de perspectiva: “bajo la influencia de los nuevos acontecimientos, estoy tentado a convertir mi *Diario de un intelectual desempleado* en su contrario; de ahora en adelante se debe poner más énfasis en los valores de la oposición que en los de la comunidad; en media Europa la verdad está

en la clandestinidad y no en los foros”.

El cronista de los estremecimientos políticos y metapolíticos no está desvinculado del intérprete del amor pasional surgido en la época de los trovadores. Esto se hace más evidente en libros posteriores en los que Rougemont presenta el nacionalsocialismo como una pasión y va en busca de sus orígenes. Como un paralelo al psicoanálisis, preconiza el mitoanálisis, y en esto es un pionero.

En *El amor y occidente* Rougemont plantea la pregunta de si el amor pasional —hermanado a la insatisfacción y la muerte— puede tener un principio histórico determinable. Este amor aún no se presenta en la tragedia griega, y Rougemont reflexiona: ¿no serán el endiosamiento de la mujer y el fervor religioso de la pasión erótica una maniobra de encubrimiento de alguna secta perseguida?, ¿no será ésta la teología cifrada y descarriada de los cátaros? ¿de *Deus absconditus* a la mujer inalcanzable? “La pasión es aquella forma del amor que escapa a lo inmediato, que busca la distancia y la inventa según su necesidad para poder sentir con mayor intensidad”. El libro fue escrito en unos cuantos meses, cuando el autor tenía treinta y dos años, y desde hace treinta y dos años no ha dejado de plantear preguntas. El primer estímulo surgió de la obra de Otto Rahn sobre la búsqueda del Santo Grial. En lo que toca a su propio tema, Rougemont lo plantea de la siguiente manera: “los modernos creen que existe una forma normal de naturaleza que ha sido desvirtuada por los falsos problemas de la cultura y la religión. Este convencimiento puede ayudarles a vivir, pero no a comprender su vida, pues todos nosotros llevamos una vida civilizada que representa el más auténtico e insensato enredijo de religiones que no han perecido del todo y que nunca fueron cabalmente comprendidas ni ejercidas, de exigencias morales que alguna vez fueron excluyentes y ahora son como un trasfondo que altera nuestra conducta elemental, de instintos que tienen más que ver con las costumbres que con la herencia animal y que de un modo totalmente inconsciente se han convertido en cicatrices y huellas de usos olvidadas —que podrían fácilmente confundirse con el instinto (...) Ningún europeo ha sido Tristán o don Juan, ni en el pasado ni ahora.



Pero sin estos mitos los europeos no serían lo que son, no amarían como aman, y sus pasiones serían incomprendibles, pues no surgirían de sus doctrinas sino de sus sueños”.

Y en otro pasaje: “¿De dónde vienen los mitos? ¿Los inventamos nosotros o son ellos los que nos inventan? ¿Determinan nuestra conducta y nuestros sentimientos o aparecen posteriormente para ilustrar y calificar nuestro actuar y nuestro sentir, o para otorgarles un carácter ejemplar? La mayoría de los mitos que influyen en nuestra vida han sido explicitados por nosotros, aunque los mitos que nos dominan sólo pueden hacerse explícitos tardíamente”.

En el *Diario de un intelectual desempleado* el metro de París es visto como un vínculo entre el sueño y el mito. Ahí se puede comprender por qué Rougemont tuvo tan buen entendimiento con los surrealistas. “El metro es, en tanto realidad sentimental, sensorial y sensual, la expresión arquitectónica y mecánica del estado febril. Es un extravío subterráneo de luces y rostros que se encaran entre vidrios en fuga, es un estruendo rítmico, que en ocasiones alcanza la asíntota de un silencio mortal —la ausencia de música originada por el asesinato del silencio, esa ausencia que no es difícil confundir con la presencia de un ruido universal: un estremecimiento que no cesa, doloroso, extenuante, a lo largo del túnel que semeja la caverna de Platón: las sombras de los seres bailan en las bóvedas y cada quien se siente solo, de espaldas al sol siempre ausente, apenas intuido, como en las imágenes de las pesadillas.

“Para comprender cabalmente el metro es necesario ser pobre, estar exhausto o padecer la fiebre de una enfermedad que aún no ha irrumpido, pues hay enfermedades que primero recorren todos los órganos sin manifestarse en absoluto, como un

médico que os ausculta en silencio y ya conoce vuestro destino.

“Me puedo imaginar un metro silencioso que viajara aún más rápido y se precipitara, con empujones largos y bruscos, de una claridad a otra, un metro oscuro, popular y maligno, con algunos islotes de un lujo repelente, músicas refinadamente femeninas, linternas alumbrando hechos delictivos y abismos verdosos... un metro que no fuera otra cosa que el subconsciente de los habitantes de la ciudad.”.

En el mencionado homenaje a Rougemont el crítico literario e historiador de las ideas ginebrino Jean Starobinski reconoce la influencia ejemplar de *El amor y occidente*: “Rougemont escribió *El amor y occidente* fuera de la universidad y antes de la cerrazón de la metodología crítica. Con lucidez vinculó la historia de la religión con la historia de las formas de comportamiento colectivo y las mentalidades con la historia de la literatura y con observaciones fundamentales sobre ética y erotismo. Aquello fue más que historia material. Cada libro que he concebido ha surgido del campo de fuerza delineado por *El amor y occidente*. Se trata de un modelo dinámico, de un estilo de desarrollar pensamientos que vincula a los testigos del pasado con la interpretación del presente. Estoy convencido de que aún no se agota la influencia de este modelo.”

La caracterización que Starobinski hace del Rougemont ensayista ofrece el mejor final a esta recomendación de un autor importante y poco conocido: “En el ensayo, tal y como él lo concibe, Rougemont se expresa cabalmente, con toda su fantasía. Para él, el ensayo es el sitio adecuado para la expresión personal, como una suerte de invención poética y al mismo tiempo como un ejercicio de respuesta a su mundo, una respuesta en la que él veía su vocación y para la cual requería de la participación de los demás. La literatura nunca fue su principal preocupación, y los literatos de París se lo reprocharon. El, que escribía un francés maravilloso y sabía tantos poemas de memoria, siempre escribió con el fin exclusivo de escapar a la literatura en busca de algo que bien puede llamarse ‘salvación’. La salvación de la comunidad, la salvación de Europa, la salvación de la Tierra viva o sobreviviente...”.

CHILE: REGRESO A LA POLITICA

por Jorge Edwards

La historia chilena reciente ha estado dominada por la mitología, por mitologías diversas, y por formas políticas ocultas bajo la máscara del apoliticismo. Por ejemplo, se pretende que los noticiarios de la televisión nos dan información neutral, "objetiva", pero la verdad es que un ochenta o un noventa por ciento de su espacio está dominado por la propaganda, por mensajes que son enteramente políticos. El Gobierno, el supremo, el mejor de los gobiernos posibles, inaugura una escuela, un camino, un puente. Las señoras del voluntariado, con sus encantadores uniformes y sus sonrisas no menos encantadoras, se preocupan por el porvenir de nuestra patria. Las imágenes del noticiario internacional reflejan siempre la perversidad intrínseca del comunismo, el fracaso de cualquier forma de socialismo, la ingenuidad sin remedio de las democracias infiltrables y decadentes.

Todo es política larvada, enmascarada, maquillada y de la más mediocre calidad. La cercanía del año 1989, el cumplimiento de los plazos fijados en la Constitución de 1980, podría obligar a quitarse las máscaras. Sería un efecto imprevisto y, después de todo, saludable. Ya tenemos síntomas claros. Ya sabemos que el Gobierno aspira a algo que llama su "proyección" y que en castellano vulgar no es otra cosa que su prolongación indefinida. Y la campaña, la original campaña con candidato único, ya se encuentra en marcha.

En buenas cuentas empezamos a regresar, parece, a la política, a la política abierta, sin apellidos. Y conviene conocer el terreno, el escenario, el rayado de la cancha. Hasta ahora parece que el candidato único, el único que puede gobernarnos, según declara con entusiasmo el coronel director de la Escuela de Infantería, tiene derecho a correr en una cancha de pasto bien podado, y los otros, marginados, marginales, corren en una pista con barro, con lluvia, con sectores de arenas movilizadas.

En el pasado, en la década de los cincuenta y del sesenta, el sistema

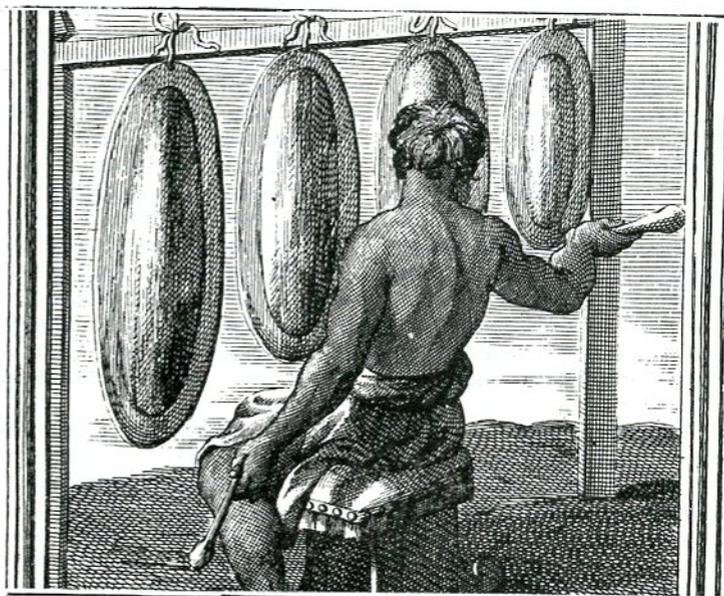
se mantenía gracias a un cierto consenso mínimo. Había diferencias, había lucha, lucha intensa y apasionada, pero se respetaban las normas elementales. El consenso estaba construido alrededor del concepto de la democracia política, del desarrollo económico nacional, de las reformas sociales graduales y pacíficas. Los partidos de derecha actuaban como fuerzas moderadoras, conservadoras, atentas a la tradición. Los de izquierda, incluido el partido Comunista, hacían el papel de grupos de presión en favor de los intereses de las clases populares. Podían ser revolucionarios en sus teorías, pero en la práctica eran reformistas.

Ese sistema empezó a entrar en crisis en la segunda mitad de la década del sesenta. Las razones son muy variadas y exigirían un examen detenido. Lo que nos interesa, ahora, aquí en Chile, es pensar en la posibilidad de reconstruir un consenso mínimo, un espacio político habitable y respirable. Habrá que plantearse, en primer lugar, algunas cuestiones de lenguaje. Estamos bombardeados por declaraciones frecuentes, diarias, que simplemente no serían concebibles en un contexto civilizado. El bombardeo verbal ha provocado una especie de letargo colectivo. Presenciamos más o

menos impávidos, con nuestra capacidad de asombro atrofiada, declaraciones inadmisibles y sorpresas inadmisibles. Un alto personaje habla en chiste, en chunga, empleando un humor negro derogatorio, del tema del exilio. Dios también utilizó el exilio contra Adán y Eva, nuestros primeros padres, dice, en respuesta a una petición del más moderado de los nuncios apostólicos, y se queda tan campante.

Se queda medio mundo tan campante, sin pensar, siquiera, que existió un pecado original y una expulsión del Paraíso, pero también una redención, y sin reparar en que nuestras autoridades, en sus metáforas teológicas, usan un tono anterior al Nuevo Testamento. Lo hacen, claro está, como el cartero de *Ardiende paciencia*, la obra de Antonio Skármeta, que hablaba en metáforas sin darse cuenta.

La reconstrucción de un espacio político aceptable para todo el país, donde puede insertarse la izquierda y la derecha, será extremadamente difícil. Si las cosas se desarrollan dentro del ritmo que han llevado hasta ahora, no tendremos tiempo antes del ya lanzado plebiscito y de los plazos de la Constitución. Sería el mejor pretexto para el régimen. Ya se vislumbra, sin embargo, el comienzo de una aceleración. Y parece que algunas máscaras van a tener que ser arrojadas a la basura. No hay que perder, entonces, el optimismo. Para emplear otra imagen alusiva a la literatura de estos años estamos obligados en Chile a salir pronto de la desesperanza.



GUATEMALA: EL FORTALECIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

por Philippe Burin des Roziers

Traducción de Cristina Sardoy

Si había un país de América latina que parecía poco dispuesto a la experiencia democrática, ése era Guatemala. Históricamente, luego del entusiasmo suscitado en toda América Central por el derrocamiento del dictador Ubico y la elección del popularísimo Juan José Arévalo, la caída de Arbenz (1954) confirmaba esa fatalidad de fracaso. Es cierto que más tarde siguió el gobierno civil de Méndez Montenegro (1966-70), pero un pacto firmado previamente con el ejército limitaba de entrada su autoridad. En ninguna otra parte, salvo quizás en Cuba y en Nicaragua, la militarización había alcanzado semejante densidad, pero fue paradójicamente en el momento de ese paroxismo de increíble violencia, a comienzos de la década del ochenta, cuando el sistema agotado engendró a la democracia.

El hecho es demasiado reciente para dejar de ser un interrogante: ¿la democracia es, sí o no, posible en Guatemala? Y en caso afirmativo, ¿no se reduce a un artificio de Estados Unidos bruscamente preocupado por democratizar a América Central? Sin embargo, da la impresión de que, lejos de ser un accidente superficial, la situación actual constituye un momento privilegiado, una ruptura en la historia del país, una posibilidad que debe ser aprovechada, de manera análoga a la de Venezuela en 1958.

El peso de la militarización

Constante en la historia del país, la militarización es parte integrante de la cultura. Es indudable que ni las luchas entre caudillos liberales (Morazán) o conservadores (Carrera) ni el despotismo de los reformadores liberales (Barrios, Estrada Cabrera, Ubico) son una exclusividad guatemalteca, pero lo sorprendente es su continuidad. No obstante, esta herencia es ambivalente: si bien vehiculiza una tradición de dominación cuya expresión

en los pueblos sigue siendo aún hoy los "comisarios militares" instituidos por Ubico, también es rica en una tradición ilustrada iniciada en el siglo XIX por el general Barrios, fundador del ejército moderno, y reafirmada en oportunidad de la revolución de octubre de 1944. Exclusividad guatemalteca: los primeros guerrilleros, a comienzos de los años '60, son militares.

Luego de la "liberación" de 1954, la militarización irá afirmándose progresivamente. Inicialmente, es la expresión del anticomunismo en cuyo nombre se hizo el golpe de Estado al servicio de la oligarquía terrateniente y del partido hegemónico que la representa, el MDN, que pasará a ser MLN (Movimiento de Liberación Nacional). Pero poco a poco los militares afirman su autonomía. Al asumir la lucha contra-insurreccional, legitimada por la doctrina de la seguridad nacional, frente a los movimientos de guerrillas, se constituyen simultáneamente, por la corrupción de grupos subordinados surgidos de una clase media de *ladinos*, en grupo económico dominante, en este caso con la oligarquía.

En el gobierno de Lucas García (1978-82) el poder militar supera los límites de lo tolerable: la corrupción alcanza proporciones gigantescas y el terror estatal que trata de frenar los avances de la guerrilla se vuelve sistemático. Arrestos, asesinatos y desapariciones multiplican las víctimas de enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército. En un momento, parece que el Estado se ve amenazado en su existencia misma. La guerrilla anuncia la constitución de "territorios liberados" y su próxima entrada en la capital. Es entonces cuando el golpe de Estado de los militares jóvenes (marzo de 1982), de manera análoga al que se produjo en El Salvador en 1979, impide, mediante un brusco rebrote de legitimidad, la repetición del cuadro nicaragüense.

Bajo los gobiernos de los genera-

les Ríos Montt y Mejía Victores, la corrupción y la represión sufren un claro retroceso, pero simultáneamente una nueva estrategia cívico-militar, basada en tres instituciones, aumenta la densidad de la red de militarización en todo el territorio: 1) las "coordinaciones inter-institucionales" facilitan la descentralización y la armonización de las decisiones administrativas bajo la autoridad de los militares; 2) los polos de desarrollo de conjunto de los pueblos, nuevos o reconstruidos sobre las cenizas de antiguos pueblos destruidos, reúnen en las zonas estratégicas a las poblaciones de refugiados, exiliados y marginados con el principal objetivo de romper todo vínculo entre la población civil y la guerrilla; 3) las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC), en total 900.000 personas en todo el país, a menudo mal armadas o incluso sin armar, aseguran una defensa permanente de los pueblos con una frecuencia de 24 horas cada diez días para los equipos de "voluntarios".

En un primer momento, la nueva estrategia cívico-militar no es represiva: lleva la marca de la utopía desarrollista que comparten los militares enfrentados a las situaciones de extrema pobreza de la población campesina. En tanto que en la cúpula de la jerarquía, los generales burócratas se identifican con la oligarquía como grupo económicamente dominante, los cuadros intermedios, cara a cara con la realidad del terreno, empiezan a competir con la guerrilla para ganar la simpatía de la población adoptando un proyecto voluntarista de redención del pueblo. Pero dicho proyecto, al igual que el de las guerrillas o los sacerdotes progresistas, no evita el paternalismo y la exterioridad, creando inevitablemente un proceso de aculturación. Pese a las diferencias entre sistemas de propiedad, existen curiosas similitudes entre los pueblos de los polos de desarrollo y las cooperativas sandinistas que, además de una apariencia común —simetría de las casas, diagramación de las calles, techos de chapa—, ejercen las mismas funciones de control y movilización, y comparten la misma ideología modernista y desarrollista que se traduce en cierto número de beneficios para los habitantes: agua potable, electricidad, rutas, escuelas y centros de atención.

Pero una fuerte interpenetración

de lo militar y lo social, ya sea por motivos estratégicos o utópicos, va inevitablemente acompañada de una práctica de la dominación. El principio proclamado del voluntariado, tanto en el caso de los PAC como de los polos de desarrollo, es un mito. El sistema sólo puede basarse en la coacción pues no hay lugar para nadie fuera de la antinomia amigo/enemigo. La militarización es también un sistema que tiende a confundir la fuerza y el derecho. El militar, omnipotente, se comporta como un señor de la guerra: satisface como le parece sus caprichos y los de su clan (prestaciones personales varias, mujeres, impuestos arbitrarios y otros botines). Pero, paradójicamente, la nueva estrategia de los militares, además de una renovación de la concepción de la acción cívico-militar, incluía el retorno a la democracia.

El poder militar murió no de una derrota en el campo de batalla —el ejército se jacta de haberle ganado a la guerrilla sin ayuda exterior (suspendida por el presidente Carter)— sino de una caída de legitimidad. Esta en realidad estaba erosionada desde hacía tiempo, tal como lo demostró el recurso reiterado al fraude electoral en las elecciones de 1974, 1978 y 1982. Pero en 1982 se llegó al límite. Si, en el exterior, la situación de violencia degradó considerablemente la imagen del país, marginalizándolo respecto de la comunidad internacional con todos los costos que eso representaba (comercio, crédito, turismo, etc.), no menos decisiva a nivel interno fue la situación de caos económico cuya causa principal fue mucho más la corrupción del sistema que la crisis mundial o el deterioro de los términos del intercambio: para la oligarquía, el poder militar había dejado de ser una garantía de estabilidad económica.

El entorno geopolítico contribuyó a imponer la vuelta a la legitimidad democrática. Era más difícil para la dictadura mantenerse en el poder cuando la ola de la militarización retrocedía en el continente. Por otro lado, y como consecuencia de la revolución sandinista en América Central, durante mucho tiempo descuidada, pasó a estar entre las prioridades de la política norteamericana. Paradójicamente, en tanto que la militarización, legitimada por la doctrina de la seguridad nacional, fue veinte años antes la respuesta a la revolución cubana, el cerco de-

mocrático de la revolución sandinista es una de las armas privilegiadas de la Casa Blanca que, en eso al menos, es continuadora de la administración Carter.

Sin embargo, los militares no perciben la transición democrática como impuesta: se la apropiaron. La apertura democrática, en realidad, comenzó cuando una junta de gobierno, que representaba a una generación de militares jóvenes, decidió mediante un golpe de Estado poner en marcha el proceso que restablecería la confianza de los guatemaltecos en sus instituciones. La dinámica era demasiado fuerte para que pudiera interrumpirla un nuevo golpe de Estado (1983), que restableció la jerarquía legítima dentro de la institución. Así, el general Mejía Victores debía encargarse de establecer el calendario de la apertura democrática: elecciones para la constituyente, elaboración de la constitución y luego elecciones generales.

El hecho de que el ejército haya sido el principal actor de semejante transición muestra que la referencia democrática, en su espíritu, está subordinada al proyecto contra-insurreccional. No por ello el cambio resulta menos significativo: traduce un desplazamiento de la guerra hacia la paz, de la represión hacia la ampliación del espacio político como nueva estrategia de lucha contra la "subversión comunista".

Las oportunidades de la democracia

Dada su posición de poder, el ejército es la piedra fundamental del nuevo edificio. De su consentimiento o su capricho depende que éste pueda derrumbarse como un castillo de naipes. Ahora bien, precisamente, el discurso oficial del ejército revela una determinación no sólo a respetar el proceso democrático sino también a contribuir a su consolidación. Los militares no pierden ninguna oportunidad de reafirmar su nueva doctrina: respeto escrupuloso de la constitución; el ejército no es una institución paralela sino parte integrante del Estado democrático; subordinación al presidente de la República, jefe supremo del ejército. Este cambio de actitud, lejos de ser superficial, es el término de una profunda reflexión sobre la experiencia; el ejercicio del poder por parte del ejército reveló

ser disfuncional para una institución cuya corrupción opacaba la imagen y que, al dispersar sus actividades, perdía en competencia. El retorno a un estricto profesionalismo —conclusión lógica de dicho análisis— permitía separar en forma precisa el papel de las instituciones civiles y militares. Actualmente, el ejército pretende limitarse a la defensa de la seguridad interior y exterior del Estado.

Era evidente que el ejército no iba a suicidarse; la publicación del decreto de amnistía D 86-8, que ponía a los militares al amparo de eventuales persecuciones, fue uno de sus últimos actos antes de la transmisión del poder. No menos evidente es que el ejército sigue definiendo los ejes de una estrategia contra-insurreccional que no está dispuesto a modificar: por esto, es seguro que la militarización del país, cuyas expresiones más visibles son los polos de desarrollo y los PAC, no desaparecerá en lo inmediato. La incógnita es más bien la definición que el ejército dará a un concepto tan difuso como el de "seguridad del Estado". ¿Está en condiciones de comprender al sistema democrático como un espacio político que no excluye *a priori* al marxismo o, en su defecto, de romper la amalgama existente durante décadas entre marxismo y veleidat reformista, dejando así un margen que permita el desarrollo de un verdadero movimiento social?

No obstante, reducir la transición democrática a una nueva expresión del proyecto contra-insurreccional al cual la fachada "demócrata-cristiana" aportaría una nueva legitimidad implica subestimar el costo que representa la democratización para el ejército, consecuencia lógica de esta pérdida de legitimidad, y simultáneamente, el peso de la dinámica social cuyo papel en cuanto a la estabilidad del régimen es por lo menos igual de importante que el de las fuerzas armadas.

La sociedad guatemalteca, fuertemente polarizada, está en mutación. La dinámica de esta evolución es la de un re-centramiento tanto de las fuerzas de izquierda como de derecha. De uno y otro lado los extremos están perdiendo la delantera.

Actualmente, la extrema izquierda está debilitada. Al igual que la izquierda en su conjunto, incluyendo la DCG (Democracia Cristiana Guatemalteca), aquélla se vio afectada en primer lugar físicamente. En

su mayoría, sus miembros murieron o están en el exilio. Es frecuente que antiguos líderes, que siguen en la expectativa del exilio, abandonen la utopía revolucionaria. El hecho decisivo es que el vínculo entre este movimiento social y quienes (un pequeño número) continúan la lucha en la clandestinidad, se ha si no roto, por lo menos aflojado. El trauma de los años anteriores, al cual se suma la vulnerabilidad relacionada con la crisis económica, es un obstáculo de peso para la movilización política en el medio urbano y rural. Pero más profundamente, la guerrilla perdió la guerra ideológica: dejó de ser popular. Esta evolución, más que resultado del "lavado de cerebro" de los militares en poblaciones indígenas ancestralmente sometidas a la ley del más fuerte, se explica mediante la sabiduría campesina cuyo juicio de sentido común se resume en una frase que se oye frecuentemente: "Sin la guerrilla, nada de esto se habría producido". Principal víctima de la violencia, la población campesina, a la que no se engaña dos veces, está ávida de tranquilidad.

El retroceso de la extrema derecha no es menos significativo. En tanto que en 1984, en momentos de la elección de la asamblea constituyente, el MLN obtenía resultados sensiblemente iguales a los de la UCN (Unión de Centro Derecha) y de la DCG, en las elecciones de 1985 quedaba relegado a la cuarta posición. La derecha tradicional, obsesivamente anticomunista e impermeable al derecho social, es desplazada por una nueva derecha, representada por la UCN, que, como lo dice su lema, está en el centro y extiende su liberalismo de lo económico a lo político. Por último, al mismo tiempo que el cardenal Casariego, fallecido en 1983 y famoso por su ultraconservadurismo, murió también la legitimidad simbólica de la vieja derecha: el nuevo arzobispo predica el consenso democrático.

El espacio político es por cierto reducido — crear una célula sindical o decir la verdad respecto de temas sensibles es correr un riesgo—, pero las condiciones de su ampliación existen.

No obstante, si bien queda excluido un golpe de Estado a corto plazo, cualquier tensión puede, invirtiendo la dinámica de recentramiento, hacer prevalecer las fuerzas centrífugas. La opción de "neutralidad activa" en materia de

política exterior responde en primer lugar a motivos internos: la aprensión de que una intervención norteamericana en Nicaragua, al hacer prevalecer la polarización en toda América Central, quiebre un equilibrio frágil. De manera más inmediata, las tensiones podrían surgir de la situación económica: fuga acelerada de capitales desde comienzos de la década del '80, índice de desempleo (subempleo incluido) que alcanzaría al 50% de la población activa, y por último, brusca devaluación del quetzal con respecto al dólar —1 u\$s por 3 quetzales— luego de décadas de paridad.

Es verdad que, teniendo en cuenta el retroceso del movimiento popular, la protesta social no debería superar el umbral de motines espontáneos como los suscitados en 1978 y 1985 por el alza del precio del transporte. Pero nadie dejaría de imputar al gobierno civil la responsabilidad del caos y de expresar la nostalgia de las dictaduras, tiempo mítico de estabilidad de precios y de orden social. Al reducir los apoyos al gobierno, un descontento creciente podría reactivar la polarización tanto en la derecha como en la izquierda. A falta de un poco probable golpe de Estado, la extrema derecha trataría de desestabilizar al régimen mediante el recrudecimiento, ya sensible, de las actividades paramilitares, aprovechando el clima de violencia y delincuencia. Por otro lado, y en la izquierda, el despertar del

sindicalismo en los sectores obreros y estudiantiles, favorecido por una mayor tolerancia, y estrechando nuevamente los vínculos entre guerrillas y movimiento social, serviría de pretexto a la represión. En esta situación de guerra latente, el margen de maniobra del gobierno y las posibilidades de consenso se reducirían.

La democracia cristiana en el poder

Una de las ventajas más sólidas del nuevo poder es su indiscutible legitimidad: elecciones perfectamente libres, participación elevada y marcada preferencia de los electores por la DCG que, tanto en la primera como en la segunda vuelta, obtiene el doble de votos que el partido que la sigue inmediatamente. Un resultado tan favorable no era evidente: en las elecciones de 1984, para la asamblea constituyente, había tres partidos —MLN, UCN y DCG— de un nivel sensiblemente parejo, cada uno con 15% de los votos.

Son varios los factores que explican este éxito: reconocimiento *a posteriori* de la victoria "robada" en las elecciones fraudulentas de 1974; carisma personal de Vinicio Cerezo; fuerte reconocimiento internacional del partido; apoyo oficioso de la Iglesia católica, con frecuencia decisivo a nivel local, y por último, reconocimiento de la posición privilegiada de la DCG, en la intersección de la derecha y la izquierda, y centro de gravedad de un sistema político en cambio.

El análisis del escrutinio de las primera y segunda vueltas de la elección presidencial indica un desplazamiento de votos de la derecha hacia la DCG: ambigua a nivel ideológico y molesta por su composición social como partido de las clases medias, la DCG no representaba por cierto una solución óptima para la derecha, pero como muralla contra la extrema izquierda tenía el mérito de evitar lo peor. Después de todo, y durante los años cincuenta, el partido había nacido bajo el signo del anticomunismo. No obstante, su imagen es la de un partido de izquierda: durante la campaña electoral, el futuro presidente Cerezo, y más aún, su esposa Raquel, absurdamente acusados de estar relacionados con la guerrilla, recibieron sobrenombres de guerra por parte de la derecha. Es indudable que la trayectoria del partido, desde la renovación de comienzos de los años sesenta bajo el impulso de la Fede-



ración estudiantil social-cristiana (FESC), de la que surgió la generación que está actualmente en el poder, los ubica a la izquierda. El trabajo en medios rurales, especialmente en el altiplano (cooperativas, ligas campesinas), y luego la época de la represión, confirmaron esta legitimidad de izquierda en un escenario político claramente inscripto, por cierto, en la derecha. No obstante, fiel a su vocación de centro de gravedad del sistema político, la democracia cristiana en el poder, negándose a ejercer una política de izquierda, obedece al principio de la concertación.

Entre 1980 y 1982, la sociedad cuya integración es naturalmente débil debido a las divergencias raciales y a una red de comunicaciones particularmente pobre, alcanzó un grado extremo de descomposición: desarticulación de los vínculos sociales (erosión del movimiento popular, desarrollo de una violencia en la cual delincuencia y política tienden a confundirse), étnicos y culturales (pérdida de identidad de las comunidades indígenas, exilio de los intelectuales), religiosos (fuerte penetración de las sectas evangelistas). El primer desafío para el gobierno es por ende la recomposición del tejido social: recrear articulaciones, establecer nuevas leyes del juego de manera que se imponga un consenso razonable sobre la base de concesiones recíprocas y mucho más que satisfacer las múltiples exigencias que un gobierno democrático indefectiblemente despierta, consolidar el régimen. Pero querer aplacar las aspiraciones populares resistiéndose al enfrentamiento con el ejército o el sector privado representa un ejercicio difícil. Hay dos movimientos en favor de reivindicaciones simbólicas: la reforma agraria y la investigación sobre los desaparecidos y ambos están dirigidos por líderes carismáticos (un cura con sotana de la costa sur, región de latifundios, y la joven esposa de un líder sindical desaparecido), que critican esta definición minimalista de una democracia que se construye "paso a paso".

La sola mención del tema tabú de la reforma agraria basta para despertar a los viejos demonios del período de Arbenz. Guatemala no reuniría las condiciones necesarias en materia de infraestructura vial o bancaria para que una reforma agraria resultara eficaz. Esta argumenta-

ción es ampliada por el sector privado, para el cual el voluntarismo en economía, herejía respecto de los principios del liberalismo ortodoxo, es inadecuado —tal como lo habrían demostrado numerosos ejemplos de reforma agraria— para sacar al país del atolladero del subdesarrollo. Por último, al fomentar el movimiento campesino, una reforma agraria se prestaría fatalmente a maniobras políticas: infiltración de la guerrilla en la CUC o consolidación de la base política de la DCG. Ante la indignación general, el gobierno esquiva el obstáculo con prudencia limitándose a anunciar un "plan de transformación agraria" que, respetando el principio constitucional de "propiedad privada", evitaría las tierras sin trabajar.

El Grupo de Apoyo Mutuo (GAM), presidido por Nineth de García, única organización de derechos humanos existente en el país, plantea, al igual que los movimientos similares de otros países de América Latina, una cuestión de principio: ¿puede cimentarse la democracia, Estado de Derecho, sin que se aclaren los crímenes y desapariciones del pasado y mientras los miembros de la policía y el ejército implicados en la "guerra sucia" sigan en actividad? Por un lado, la reivindicación de una investigación sobre los desaparecidos y de un castigo para los culpables es perfectamente legítima, también es necesaria la denuncia de la persistencia de las desapariciones y los asesinatos en tanto que el discurso oficial, si bien reconoce la importancia de la delincuencia, tiende a minimizar la de la violencia política. El tema es, no obstante, delicado. En el caso de una institución jerárquica como el ejército, y mucho más en un contexto de guerra civil, ¿cómo establecer con certeza los límites de la culpabilidad? Tal como se vio en Argentina, este tipo de proceso sólo puede ser simbólico. Ahora bien, en la situación guatemalteca, donde el ejército sigue siendo fuerte, una actitud reivindicadora respecto de la institución militar corre el riesgo de suscitar deliberadamente la polarización y provocar el fracaso de la tarea primordial, la consolidación de la democracia y, por ende, hacer que impere nuevamente la violencia. La democracia ya tiene su parte de mártires: revolver hoy el pasado significa arriesgar de manera casi masoquista su repetición. Al afirmar en la escena nacional e internacional que el gobier-

no demócrata-cristiano no cambió en nada la situación del país, y que ésta incluso habría empeorado, y al solidarizarse con todo el movimiento popular, el GAM confunde una reivindicación jurídica legítima con una pasión política sospechosa.

Un discurso que niega la especificidad de la democracia pluralista con respecto a las dictaduras que la precedieron no es ideológicamente neutral. Sobre este tipo de amalgama fundan precisamente su legitimidad los sandinistas en Nicaragua. En Guatemala, en cambio, la democracia pluralista en el poder, enfrentada a muchos obstáculos, prueba su suerte. Y ocurre que, salvo para un ciego, es evidente que en unos meses se han producido cambios significativos que permitieron el desarrollo de un clima de libertad —relativo, sin duda, pero auténtico.

Este cambio se debe, en parte, a un retroceso de la militarización. La distinción entre policía y ejército permite que un ministro civil controle la seguridad interior: una de las primeras decisiones del nuevo ministro, Juan José Rodil, fue disolver la DIT, el antiguo servicio de informaciones de la policía que había participado ampliamente en el terror estatal de los últimos años. Los militares se alejaron de las direcciones generales de administración así como de las empresas públicas que estaban bajo su control (Guatel, Inde, etc.). El gobernador civil, principal autoridad departamental, preside consejos de desarrollo urbano y rural. Los polos de desarrollo han sido transferidos a la autoridad del Ministerio de Desarrollo.

La violencia dejó de ser una política. Esta modificación cualitativa de la militarización se tradujo en cambios de hombres dentro del marco militar —la mayoría de los comandantes de zona, actualmente, o son favorables a la DCG o no son hostiles a ella— encargados de transmitir las nuevas directivas a sus subordinados. Por consiguiente, la vida cotidiana en las campañas se humaniza. Las prácticas ampliamente abusivas —prestaciones personales, recaudaciones de impuestos, medidas arbitrarias como el calabozo— han desaparecido. En muchos casos, los cuarteles militares fueron trasladados del centro del pueblo hacia la periferia (caso de Quetzal o Chajul en el triángulo Ichil). La libertad de circulación es total, ya se trate de pasear de noche

dentro del pueblo o de abandonarlo en ocasión de las migraciones de temporada hacia la costa sur. Por último, se ha iniciado el movimiento de regreso a los pueblos, pero con diferencias bastante grandes según los lugares. Los polos de desarrollo, que también se benefician con este cambio cualitativo, no son —comparación absurda hecha con frecuencia— “campos de concentración”. En la mayoría de los casos, el nuevo pueblo, establecido sobre las cenizas del antiguo, es el lugar tradicional de implantación de la comunidad. Cuando no ocurre así, es posible volver a las aldeas. Otras diferencias importantes son la libertad de movimiento, el respeto del sistema de propiedad, o la realización de infraestructuras (agua, electricidad, escuelas, centros de salud). Acul, en el triángulo Ichil, del cual se retiraron los militares es, ni más ni menos, un pueblo con callecitas simétricas y techos de chapa, sin duda, pero con agua potable y electricidad.

Más delicado es el problema de las PAC, cuyo carácter voluntario es reconocido por la Constitución (art. N° 34). En las zonas pacificadas, pero no exclusivamente allí, las PAC fueron efectivamente disueltas. En las zonas de conflicto, la mayoría de las veces el voluntariado no es respetado: quien desiste se expone a un chantaje acompañado de amenazas. Pero es también en las zonas de conflicto donde el mantenimiento de las PAC aparece como una exigencia de los campesinos para los cuales la seguridad, tanto frente al ejército como a la guerrilla, es la condición para satisfacer su único deseo: trabajar la tierra. Más que su disolución —hipótesis irrealista pues, por haber demostrado su eficacia, son la pieza clave del dispositivo contra-insurreccional de las fuerzas armadas— lo urgente es la transformación de su status, restituyendo al nivel local la jerarquía de las autoridades legítimas, o sea la primacía del intendente con respecto al comisario militar, que frecuentemente se conduce como un despota local.

Pero si la democracia de todos los días es opaca se debe, para los guatemaltecos, mucho más a la situación económica que impera y al clima de violencia que suscita, en el que se mezclan motivos de derecho común (en alza) y políticos (en baja), que a la militarización del país. De-

cepionado y escéptico, el ciudadano, que tal vez había esperado milagros, trata de sobrevivir al día, indiferente a la naturaleza del régimen y hasta nostálgico de la autoridad.

Y sin embargo, a falta de alternativa y a los tumbos, la democracia se impone, como en El Salvador (con el cual las analogías son muchas), más por razón que por convicción, más tolerada que deseada por actores de peso tales como el sector privado o el ejército. Por lo tanto, el desafío democrático en Guatemala consiste en transformar mediante una paciente pedagogía este consenso coyuntural, de razón,

en un consenso duradero, de convicción.

A la DCG le corresponde probar que un gobierno civil puede asumir la dirección de la Nación, en cuyo defecto los militares no tardarían en llenar el vacío. La DCG cuenta para ello con una determinación sincera y entusiasta pero sufre de inexperiencia e incompetencia. El hecho de que vaya a tientas o se equivoque, no es, de todos modos, más que el resultado natural de una larga parálisis de la vida política. De la experiencia deberían pues surgir una nueva cultura así como una nueva clase política apta para ejercer el poder en forma duradera.

COLOMBIA: EL GOBIERNO LAS DROGAS Y LA PRENSA

por Daniel Samper Pizano

El autor de este texto es periodista del diario El Tiempo de Bogotá.

El martes 16 de diciembre del año pasado una periodista de televisión entrevistó a Guillermo Cano, director de *El Espectador*, uno de los dos grandes diarios nacionales de Colombia. Como Cano había escrito profusa y directamente en contra de las mafias del tráfico de droga, la última pregunta de la reportera en esa entrevista destinada a salir al aire dos semanas después se refería a ese tema.

—¿No teme —le preguntó a Cano la periodista— que los narcotraficantes puedan cometer algún acto violento en represalia contra usted?

Guillermo Cano era un hombre tímido y sencillo y respondió la pregunta con timidez y sencillez:

—Pues —dijo después de unos segundos de vacilación— yo todas las noches salgo de mis oficinas del periódico y no sé qué me pueda pasar...

Al día siguiente, al comenzar la noche del 17 de diciembre, Guiller-

mo Cano salió de sus oficinas en el periódico, abordó sin protección alguna el automóvil que él mismo solía conducir y fue asesinado a tiros cuando se había alejado apenas cien metros de las instalaciones de *El Espectador*.

La noticia produjo en Colombia un impacto difícil de describir y circuló por medio mundo. Fue necesaria esta dolorosa tragedia para que en muchos países se enteraran de algo que los colombianos ya bien sabíamos: que Colombia no era un descarado exportador de cocaína, como muchos ligeramente lo pensaban, sino la primera víctima y el mayor enemigo de las mafias de la droga. Guillermo Cano se convirtió así en la más reciente baja de una guerra que ya había provocado numerosos asesinatos y atentados, entre ellos los de un ministro de justicia y la de su sucesor en el cargo, un ex-vice ministro, varios magistrados y jueces, coroneles y soldados, agentes de policía y alcaldes y un número de periodistas que en los últimos dos lustros podría estar entre diez y veinte.

En los días que siguieron al asesi-

nato de Guillermo Cano los medios de comunicación llevaron a cabo una jornada de silencio —24 horas sin prensa, televisión ni radio— como rechazo al crimen y un desfile silencioso y enlutado por las avenidas centrales de Bogotá. Y, contra lo que podría haber calculado la mafia, lejos de acobardarse, la prensa reaccionó con más vigor que nunca al desafío. Algunas semanas después del asesinato, casi todos los medios de comunicación realizaron la divulgación simultánea de informes que denunciaban nombres y tropelías de los mafiosos. Como lo anotó un columnista de *El Tiempo* en ese momento, para acallar las publicaciones habría sido preciso acabar con la mayoría de los periodistas del país. Todos se habían convertido en nuevas versiones de Guillermo Cano.

El azote de los narcotraficantes es sólo el más reciente de los problemas que ha tenido que enfrentar Colombia en el curso del último medio siglo. Por novedoso, es más desconcertante que los demás; por sus procedimientos sanguinarios, es más violento que los otros; por las colosales sumas de dinero que maneja, es más corruptor que aquéllos. Pero no es el único problema. Ni siquiera es el más grave. En esta crisis, como en otras, la prensa ha tenido que subir al escenario de los hechos y desempeñar un papel activo. Un papel que, en el caso de la lucha contra la droga, carecía de libreto conocido y obligaba a ir adivinando o inventando el guión sobre la marcha, con inspiración en algunos valores fundamentales de la civilización.

Permítanme que, antes de seguir adelante, haga un breve repaso de las circunstancias históricas de Colombia en los últimos decenios, sin el cual no sería posible entender bien las características actuales de la prensa de mi país.

Desde sus orígenes republicanos, Colombia ha sido una nación bipartidista. Con diferencias ideológicas cada vez más menguadas y fervores banderizos que a veces se encrespan hasta lo indeseable, liberales y conservadores han coprotagonizado los 168 años de vida de nuestra democracia que, con todos sus vacíos e imperfecciones, sigue siendo una de las más veteranas y consolidadas del continente. La enfermedad del militarismo, que en países hermanos ha llegado a enquistarse

durante generaciones, no ha pasado en Colombia de dos jaquecas dictatoriales de corta duración y perfiles más pintorescos que crueles.

El tradicional enfrentamiento de los partidos condujo entre 1948 y 1954 a la llamada época de La Violencia, que dejó cerca de 300 mil muertos en una guerra civil no declarada. Durante todo ese tiempo, como en las épocas anteriores, la prensa fue rabiosamente militante en favor de uno u otro partido, y pagó su militancia política con ocasionales incendios, frecuentes censuras y algunos intentos de bloqueo publicitario oficial. En 1954, subió fugazmente al poder el general Gustavo Rojas Pinilla, tras un golpe que tuvo como epílogo el de reunir tres años después a los antiguos rivales en contra de él. En 1957, los jefes liberales y conservadores derriban a Rojas y a partir de 1958 se asienta el Frente Nacional, que reúne pacíficamente a los dos partidos en el poder, les reparte responsabilidades y prebendas y convierte en amables socios —con apenas episódicas diferencias de grupos— a los que habían sido hasta entonces mortales enemigos.

Al disminuir la alta tensión política que se había registrado en las superadas eras de enfrentamiento, la prensa se moderniza, se torna más informativa y más profesional. Y como los ayuntamientos en el poder no son buenos cuando falta oposición, el Frente Nacional crea un vacío de vigilancia institucional que acaba por asumir la prensa. Es así como nace, hace cerca de un decenio, el periodismo investigativo, forma profesional de fiscalización y denuncia que remozca el prestigio de la prensa y permite adelantar algunas escaramuzas memorables contra el avance de la corrupción.

Nuestro periodismo actual, pues, tiene vocación de denuncia, ha logrado desprenderse en notable medida de las tendencias partidistas que contaminaban su información y refleja en sus páginas de columnistas, más que nunca antes, opiniones diversas y opuestas. Enfrenta, claro está, no pocos problemas y lo aquejan inculcables deficiencias, entre ellas la insuficiente preparación de buena parte de su personal y, de vez en cuando, cierta proclividad hacia la trivialización, que si bien aumenta audiencias, lo hace a costa de blandura y superficialidad.

Decía atrás que el del narcotráfico es uno de los problemas que presenta la Colombia de hoy, pero no es el más grave ni el que más profundamente afecta a la población. Pienso que las tres grandes cuestiones que tienen que resolver o empezar a resolver los colombianos antes de que se acueste el siglo, porque en ello le va su futuro como nación, son la pobreza, la corrupción y la violencia.

Suelen ciertos economistas observar el comportamiento de las sociedades sin salir de su oficina, acudiendo a cuadros, cifras y estadísticas. Supongo que ello equivale a ver misa por televisión: las imágenes están ahí, pero la realidad y la gracia andan por otra parte.

Los índices de la economía colombiana en 1986 fueron altamente positivos: el producto bruto interno creció en un 5 por ciento, nivel que es superior al de casi todos los países del continente; mientras que las exportaciones latinoamericanas bajaron en un 17 por ciento, las de Colombia subieron en un 39 por ciento, gracias, sobre todo, al aumento de ingresos por ventas de café (61 por ciento), petróleo (44 por ciento) y carbón (53 por ciento). Nuestra deuda externa, de 13 mil 500 millones de dólares, es moderada si se la compara con la de otros países del área. Las reservas internacionales, que habían descendido de manera preocupante entre 1983 y 1984, se han recuperado en forma satisfactoria. La inflación, del 20 por ciento, se mantiene dentro de cauces manejables, y el desempleo (14.3 por ciento) no es de los más altos del Tercer Mundo.

Sin embargo, como confesaba hace poco un dirigente industrial colombiano, "la economía va bien pero el país va mal". En alguna parte se quedan estas cifras bonitas, ya que no llegan a reflejarse en un mejoramiento importante de las condiciones de la gente. Estadísticas oficiales del último mes muestran que el 45 por ciento de la población (13 millones de colombianos) viven en niveles de la llamada *pobreza absoluta*, duro purgatorio en vida en el cual los expertos ubican a quienes no tienen resuelta alguna de cinco necesidades básicas. Allí van a parar quienes viven en casa fabricada con materiales desechables o de barro, quienes se hacinan a razón de más de tres personas por habitación, o las familias que perciben me-

nos de dos salarios mínimos mensuales (cerca de 110 dólares mensuales), los hogares donde más de un niño no pueda asistir a la escuela y las casas sin servicio de agua o de alcantarillado. Cuando la familia no ha podido satisfacer dos o más de las cinco necesidades básicas, desciende a la franja de la *miseria*, un inhumano infierno en la tierra que habitan 6 millones de colombianos.

En general, podría decirse que la riqueza no es mucha, pero que, además, está mal distribuida. Según cifras que presentó el gobierno colombiano a la CEPAL a principios de este año, la mitad del ingreso nacional se queda en manos del 18 por ciento de los colombianos y el 78 por ciento de los propietarios rurales ocupan apenas el 8.7 por ciento del total de la tierra. El 70 por ciento de los colombianos percibe un ingreso per cápita inferior a 300 dólares anuales y cinco de cada nueve empleados trabajan en el sector informal, que —según parece— acaba de ser descubierto con gran aspavento por los economistas latinoamericanos, después de que una buena proporción de sus compatriotas malviven de él y en él desde que las ciudades son ciudades.

Si me he detenido en estos aspectos de cifras y pobreza, es porque creo que resulta inútil hablar de los otros dos problemas —violencia y corrupción— sin entender el ámbito concreto que los propicia y agrava. Y aquí debo subrayar, para evitar malas interpretaciones, que he usado los verbos *propiciar* y *agrar*, pero no he dicho *justificar* ni *validar*.

Colombia tiene, por desgracia, una arraigada tradición de violencia. En *Cien años de soledad* el coronel Aureliano Buendía pelea y pierde 32 guerras civiles. El guarismo no es una exageración febricitante de Gabriel García Márquez. Unas con otras, nuestras guerras de diversa índole pueden ir sumando ya cifras parecidas. La violencia sigue, aunque las condiciones en que se presenta suelen cambiar. En esta epidemia nacional, unas de las más crueles y prolongadas formas de violencia han sido las de las organizaciones guerrilleras, las de ocasionales bandas terroristas y las de grupos paramilitares. Pero estudios recientes demuestran que se equivoca quien achaque la violencia reciente de Colombia tan sólo a las aventuras de la extrema izquierda o las contra-aventuras paramilitares.

El consejero presidencial para asuntos de paz en Colombia señalaba hace poco que el 61 por ciento de los actos delictivos de violencia política cometidos entre agosto de 1986 y enero de 1987 fueron perpetrados por grupos no-guerrilleros; es decir, por individuos o gavillas no asociados a los grandes núcleos de la guerrilla. A estos últimos, sin embargo, les cabe una triste cuota del 39 por ciento.

Lo que estos estudios quieren decir, y lo que la realidad cotidiana confirma, es que existe una violencia casi galopante que se desata por diversos canales: la violencia social, la de los grupos guerrilleros, la de los sectores paramilitares (que han asesinado a más de 200 militantes de la coalición comunista en los últimos tres años), la de los delincuentes comunes y la de los narcotraficantes.

La prensa cabalga en medio de la encrucijada. No sólo los narcotraficantes han dado muerte o atentado contra periodistas en Colombia; también lo han hecho organizaciones de extrema izquierda o derecha. Y aunque la casi totalidad de estos crímenes queda en la impunidad y ninguno de sus autores deja constancia ante notario de los móviles del delito, se sabe que uno de los últimos atentados contra un periodista se realizó por cuenta y riesgo de unos urbanizadores ilegales que habían sido denunciados en la radio por su víctima.

Algunos sectores y personajes del país cometieron hace algunos años el grave error de creer que se podía cohabitar con la corrupción sin afectar gravemente las instituciones. Un mafioso llegó a ocupar curul en el Congreso y otro fundó, con todas las de la ley, un movimiento político y un periódico.

Pero ahora, aunque aparecen a veces inquietantes casos, las épocas son otras. Hoy, el primero de estos sujetos huye de la justicia y el segundo fue extraditado a Estados Unidos, donde se lo juzga. Colombia ha sacrificado en la lucha contra la droga a algunas de sus más valiosas figuras. Pero aún no hemos logrado sacudirnos la imagen que nos dejan en el exterior las organizaciones de narcotraficantes. El colombiano no sólo debe andar probando en aeropuertos y aduanas que es inocente, para derrotar así la vaga presunción de culpabilidad que lo acompaña, sino que purga

con restricciones y sospechas los pecados ajenos.

Hace un par de años una prestigiosa revista norteamericana definió a Colombia como "a tiny cocaine and coffee country": un diminuto país de coca y café. Hay que agradecer la gratuita mención del mejor café del mundo, pero aspiramos a que se entienda que no hay país en el mundo que esté luchando con más sacrificio ni más decisión contra la droga que Colombia. Resulta ingrato verse identificado como el villano de la película cuando otros países cuyas condiciones económicas y sociales se prestan más para combatir esas actividades, hacen menos esfuerzos en el mismo sentido. Con el plan del gobierno norteamericano contra la droga ha ocurrido un poco lo que le sucedió en otra novela de García Márquez a la muchacha que pudo al fin conocer el anhelado París y descubrió que "es más la bulla". Sí: fue más el ruido, fue más la bulla, que el despliegue efectivo en el famoso plan para combatir la droga. ¿Y qué decir de las acusaciones según las cuales la *contra* nicaraguense tuvo entre sus medios de financiación ciertos oscuros negocios de narcóticos? Colombia se ha quejado, además, de la alcahuetería de algunos países que encubren con el paraíso de su secreto bancario los dineros calientes. Por otra parte, muchos descorazonados dirigentes colombianos se preguntan cómo se puede exigir a un país de escasos recursos que aumente sus partidas contra el narcotráfico mientras los países que lo presionan para ello no vacilan en golpear los precios de sus productos básicos, como ocurrió recientemente con el pacto cafetero, cuyo quebrantamiento afectará de manera grave la economía colombiana en 1987.

Hay, empero, algunos signos promisorios. La Operación Piscis ha arrojado buenos resultados en Estados Unidos; el gobierno panameño accedió la semana pasada a congelar 54 cuentas bancarias utilizadas para el lavado de dólares del narcotráfico, y España adelanta frecuentes y masivas batidas contra los proveedores urbanos de droga que hasta hace poco cualquier transeúnte podía ver en trance de ofrecer tranquilamente su mercancía.

Para la prensa colombiana fue un honor, que redunde en positivos efectos para su imagen, el haber obtenido el Premio Príncipe de Astu-

rias que España concedió hace pocas semanas a *El Tiempo* y *El Espectador* por su lucha contra la droga y la violencia. Pero es indispensable que los países donde existe el mercado de drogas no bajen los brazos. Resulta utópico pensar que si el número de consumidores aumenta en Europa y Estados Unidos con su multimillonaria demanda, este mal podrá controlarse a fuerza de editoriales de prensa y campañas en los países productores.

Pobreza, violencia y corrupción amenazan a nuestra democracia. Pero no simplemente la amenazan con posibilidades de derribo, cuyos signos exteriores suscitan alarma porque son escandalosos y visibles: amenazan, sobre todo, con convertirla silenciosamente en un mero cascarón vacío. Un cascarón que encierra injusticias y desigualdades en un cofre de apariencias democráticas formales.

Para evitar que esto ocurra, o siga ocurriendo, es preciso que la democracia propicie una atmósfera

decididamente favorable a los cambios sociales pacíficos, a la distribución más armónica del ingreso, a la oferta de oportunidades iguales a los colombianos, al avance de la educación, a la derrota de los privilegios.

En todo ello le corresponde a la prensa un papel. Y su primera obligación es no equivocarse de papel. Sería un retroceso, a mi juicio, que la prensa colombiana cayera en la tentación de retomar viejas militancias políticas —con sus viejos silencios y sus viejas rencillas— que desdigan de los avances logrados en pos de unos medios de información más independientes y profesionales.

A la larga, como siempre, la prensa debe limitarse a empuñar las armas que le son propias: informar, opinar y fiscalizar. Y seguir dando ejemplo de entereza y fidelidad a unos valores, como lo hizo Guillermo Cano y como lo están haciendo muchos otros periodistas en Colombia.

todo lo contrario. Stalin sabía que su pacto con Hitler era coyuntural, una forma de ganar tiempo para rehacer el ejército que acababa de descabezar personalmente; los comunistas franceses no lo sabían, y en un principio se resistieron a resistir al amigo Hitler. Los comunistas cubanos tardaron años en enterarse de que Castro era, no el propiciatorio Kerenski, sino ya Lenin. Para muchos comunistas españoles seguía siendo por esa época una especie de José Antonio.

Pero hay un tercer grupo de partidarios del *no* que por su amplitud y complejidad merece un examen más detenido. Me refiero a esa vasta masa de votantes que daba por supuesto que había que votar *no* por una mera cuestión de principios. ¿Qué principios? Diversos principios. Algunos de ellos nos remiten a la proximidad —moral más que ideológica— entre *intelligentzia* y partido comunista existente en gran parte de los países europeos a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Esa proximidad duró apenas una década y España, curiosamente, fue uno de los primeros países en los que se produjo el distanciamiento. Sin embargo, nuevos movimientos político-sociales y culturales iban a tomar el relevo, acudiendo el viejo socialismo utópico a llenar el hueco dejado por el llamado socialismo científico. En los últimos años, especialmente a partir de mayo del '68, las banderas se dispersan más y más, diseminadas en grupos alternativos de diverso signo, ecologistas, pacifistas, feministas, etcétera. Las raíces del rechazo activo al mundo en que vivimos son, así pues, muy heterogéneas, y con frecuencia, hasta contradictorias. Pero, eso sí, tienen un denominador común: la idea de que el gran enemigo es el imperialismo, es decir, Estados Unidos. Ya hacia los años cincuenta, en las áreas de influencia de los diversos partidos comunistas europeos, se enseñaba a distinguir claramente el *enemigo principal* —el capitalismo, el imperialismo, Estados Unidos— del *enemigo situado en primer término*, que en el caso de España era Franco. Para los sucesivos movimientos político-sociales y culturales, o mejor, contraculturales, ese enemigo quedó resumido en dos palabras: *el sistema*; es decir, el sistema capitalista de producción, es decir, el imperialismo, es decir, Estados Unidos.

¿Cabría hacer extensiva la crítica

ESPAÑA EL SOBRENTENDIDO

por Luis Goytisolo

Debo admitir que la confusión creada en torno del referéndum del 12 de marzo llegó a inquietarme en más de un momento. Como si la España actual estuviera reinsertándose en la España eterna, es decir, la España de los últimos 200 años, de la que, de un tiempo a esta parte, parecíamos estar saliendo. El espantajo decimonónico coreado a la vez por un "¡Viva Cartagena!", un "¡Vivan las cadenas!" y ciertos compases de la danza del sable.

Entre los partidarios del *no* cabe establecer, en líneas generales, tres grupos. Dos de ellos, la extrema derecha y un sector de la extrema izquierda, son fácilmente equiparables a los germanófilos de cuando en Alemania mandaba Hitler y los soviétófilos de cuando en la Unión Soviética mandaba Stalin. Para es-

tos últimos, puesto que el instinto les decía que la Unión Soviética prefería el *no*, cualquier vacilación o argumento en contra estaba de más. A largo plazo, me parece evidente que Claudín lleva razón al afirmar que para la Unión Soviética es preferible una Europa unida en todos los terrenos, el militar incluido; a la estrecha dependencia respecto de Estados Unidos que caracteriza la situación actual. Pero ese argumento es tal vez sofisticado en exceso para determinadas mentes —ahora resultará que las cosas no son siempre lo que parecen ser!—, y el simple hecho de tener validez a largo plazo lo descalifica cuando lo que se busca es una rentabilidad inmediata. Nunca llegarán a entenderlo: que haya declaraciones de condena o de felicitación, por ejemplo, que en realidad significan

del sistema al sistema soviético? En principio, no; a lo sumo, una frase dicha como de pasada, de forma indirecta. Atacar, por ejemplo, la política de bloques, cuidando bien de responsabilizar de su existencia a Estados Unidos. En otras palabras: culpabilidad de inapelable sentido único, maniqueísmo puro. No es que no se sepa que los presupuestos de Marx, adecuados a la revolución industrial, han dejado de ser aplicables al mundo de hoy: esa materia prima barata que era el obrero de antes, en la sociedad capitalista actual se ha convertido más bien en un engorro, y la contradicción económica más peculiar reside en el hecho de que más que productor, lo que interesa del asalariado es que sea consumidor, y que, para que pueda consumir, debe ser subvencionado de alguna forma. También

se sabe que la economía de los países llamados socialistas no funciona, y que los remedios atufan cada vez más a incentivo económico, y que, por otra parte, el régimen de libertades individuales y colectivas montado sobre tal estructura económica dista mucho de ser deseable. Se sabe, sí, pero no hay que decirlo. Tampoco los ecologistas insistirán excesivamente en la existencia de las centrales nucleares en la URSS, la contaminación producida por su industria o la caza de un animal tan notoriamente voraz como la ballena. Ni los pacifistas, acerca de la coherencia soviética o de sus intervenciones militares en terceros países. Hablo de los militantes de tales movimientos, no de las personas partidarias de la paz, la protección del medio ambiente y los derechos de la mujer, que es decir casi todo el mun-

do. Porque el caso es que no recuerdo ningún colectivo feminista que haya destacado como especialmente machistas los espectaculares desfiles de la plaza Roja. Se sabe y no se dice porque decirlo favorece al *enemigo principal*, es decir, al capitalismo, es decir, a Estados Unidos. Es como un guiño que todo el mundo entiende.

El sobrentendido sólo pierde su validez cuando se cruzan las fronteras del *sistema* y se entra en *el otro*. Entonces, fuera ya de la última trincheras que representa el derecho a decir *no*, nuestros hombres, nuestras mujeres, se encontrarán con el otro sobrentendido, con el otro *no*. A partir de ahí, el enemigo principal, el blanco implícito de todas las críticas, el gran culpable no mencionado de cuanto les sucede a los polacos, checos, húngaros o af-

NUESTRA FRAGIL DEMOCRACIA

Una de las diferencias más notables —quizás la más notable— entre un régimen dictatorial o totalitario y un régimen democrático radica en que en los primeros se instaure, sin apelación posible, el reino de la uniformidad, mientras que en el segundo señorea el de la diversidad. De ahí que cada sistema obedezca, entonces, a su propia lógica. Así, y bajo cualquiera de las formas que adopte el autoritarismo, allí no hay lugar para la disidencia, para la réplica, para el reclamo individual o colectivo: en ese cuerpo sólo existe una verdad, una voz, una voluntad. La democracia, por su parte, nace de (y se desarrolla en) la pluralidad de ideas y proyectos: es una plaza pública en la que resuena y se orea la vida múltiple de una sociedad. Y ese atributo ofrece mejores frutos y tiene mayor eficacia si en ningún momento los responsables de la cosa pública (oficialistas y opositores unidos en un objetivo común) dejan de escuchar a ese coro de opiniones que constituye lo que podría llamarse la "pulsión democrática" y que es, sin duda, la única garantía que sostiene y alimenta a una concepción de lo político abierta y libre.

De estas mínimas, elementales consideraciones se desprende una comprobación que importa, y mucho, destacar: frente al carác-

ter monolítico y anonadante de un régimen dictatorial o totalitario, donde se aplica el principio de que es posible modelar a la sociedad según los solos deseos de quienes detentan el poder, la democracia emerge como una forma de gobierno frágil y a veces vacilante. ¿Por qué esta paradoja si el sistema autoritario y represivo sofoca la voluntad popular hasta extinguirla y en cambio la democracia la estimula, la escucha y hasta la acata mediante el compromiso y la conciliación entre intereses diversos? Hay una respuesta que es decisiva: al ser, por esencia y definición, un sistema tolerante, la democracia admite en su propio seno a sus adversarios y enemigos. En efecto —y es una verdad que en estos días que corren, a nadie se le escapa—, el derecho al desacuerdo, a la oposición y a la crítica, inherentes a la democracia, muchas veces son explotados con mala fe y artatamente por sus beneficiarios. Las prerrogativas legítimas de los ciudadanos se convierten, por ese camino, en furtivos escondites de quienes están dispuestos a abusar de las limpias reglas del juego de un sistema que fía, por naturaleza, en las buenas intenciones de todas las proposiciones. Tal posibilidad es grave porque en una democracia la frontera entre lealtad y deslealtad, entre honestidad y

deshonestidad es difusa y fácil de transgredir. Pero es grave, sobre todo, porque una democracia (cuya tarea principal consiste, no lo olvidemos, en mejorar con paciencia y realismo la vida en sociedad) tiende a desconocer e incluso a negar las amenazas de que es objeto: le repugna adoptar medidas defensivas. Abundan, en este sentido, los ejemplos: el terrorismo, sea de derecha o de izquierda, que sólo crece merced a las franquicias que otorga un régimen democrático, es un caso extremo.

Lo anterior conduce a una conclusión clara: la necesidad de que todos seamos amigos auténticos de la democracia y ayudemos a fortalecerla en un momento en que renace un poco por todas partes en América Latina. Aunque, bien pensado, quizás existe una labor más importante por más profunda: la de entender, como lo entendían Montesquieu y Tocqueville, que a la libertad (cuyo sinónimo por excelencia es, como se sabe, democracia) no hay que exigirle nada que no sea ella misma. Es a partir de esta sana, humildísima comprobación, que la democracia puede ser algo más que un dibujo en la arena sujeto siempre a ser borrado por las mareas que quieren destruirlo.

Danubio Torres Fierro

ganos, a veces con razones de peso, a veces ni margen de ellas, será la Unión Soviética. Y la antipatía con que son vistos los soldados soviéticos por la población de países en los que permanecen, no ya en calidad de ocupantes, sino de aliados, empezando por Cuba, obedece al mismo principio. ¿Entenderán esos soldados el motivo? Es curioso contrastar a este respecto la diversa forma en que fue vivida la guerra de Vietnam dentro y fuera de cada sistema: mientras en Europa y en Estados Unidos la derrota norteamericana fue acogida en amplias áreas como una victoria, en áreas no menos amplias de la República Democrática Alemana o de la República Popular China, por ejemplo,

fue vista como una desgracia que no cabía sino lamentar. Y muy probablemente, el Reagan real, la persona cuyo monigote es paseado por nuestras calles a la primera manifestación como síntesis de esa triple R —Rocky, Rambo, Reagan— que es a su vez encarnación de la imagen de Estados Unidos más promocionada, en suma, el presidente Reagan, sería aclamado con el mismo entusiasmo que algún que otro de sus predecesores por nuestros hermanos del *otro sistema*, caso de recorrer sus calles en el curso de una visita oficial. La maldición que conlleva ser potencia hegemónica. Nosotros lo fuimos durante casi 200 años, dejamos de serlo hace casi 300, y la mala imagen todavía colea.

puesta desde fuera. Una larga historia que comienza desde Ockham y termina con Kant va a ir reafirmando cada vez más la soberanía del individuo, dueño y señor de su destino, y la consiguiente libertad; una larga marcha que coincide con el irresistible ascenso de la burguesía, que comienza con los primeros enfrentamientos contra el papado y desemboca en la proclamación de los derechos del ciudadano, con la proclamación de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los anarquistas se consideran los herederos de esa tradición, no estando dispuestos en ningún momento a declinar su defensa del individuo ante los cantos de sirena del idealismo hegeliano. Luchar contra todo tipo de opresiones se convertirá en bandera anarquista, aun corriendo el riesgo de ser tachados de pequeño-burgueses por los comunistas, aun corriendo el riesgo de que se adhieran a su movimiento efectivos pequeño-burgueses que sólo busquen defender su propia individualidad por encima de todo, como muchos intelectuales de finales del s. XIX que tuvieron a bien declararse anarquistas, como un Stirner o un Ferrer Guardia. La libertad, y su complemento, la denuncia del poder, no son negociables ni parcelables (no son prejuicios pequeño-burgueses, como en un desafortunado momento dirá Lenin).

ANARQUISMO Y LIBERTAD

por Félix García

Si se pudiera definir el anarquismo con el mínimo de palabras, no cabe la menor duda de que siempre tendríamos que recurrir a una: libertad. La defensa de la libertad, la lucha por una mayor libertad y la denuncia de todo tipo de opresiones, y en especial del poder político, son las dos caras de una misma moneda. Hay una rebeldía profunda contra todo lo que suponga una imposición, contra toda autoridad que pretenda erigirse en dueña y señora de la vida de los demás. Así, al igual que don Quijote, que liberaba a los galeotes simplemente porque se los enviaba a un sitio al que ellos no querían ir, los anarquistas han defendido siempre a rajatabla el derecho de cada persona a ser dueña de su propia vida. Su enfrentamiento con el comunismo marxista, y a través de él con todo el pensamiento racionalista e idealista que va desde un Spinoza hasta un Hegel, parte de la denuncia de ese comunismo como autoritario, como anulador de las personas que quedan diluidas en el seno de una colectividad. Independientemente de que tuviera razón Bakunin al criticar el autoritarismo de Marx y

sus seguidores (y en nuestra opinión tenía razón), el hecho es que ya desde los tiempos de la I Internacional, el anarquismo se define como comunismo libertario frente al comunismo autoritario, poniendo precisamente en el término "libertario" la nota sustancialmente distintiva de su aportación al pensamiento socialista. A pesar de su importancia, parece como si no existiera mucha claridad en lo que se entiende por libertad, lo que ha contribuido en gran medida a confundir el anarquismo con toda defensa de la libertad o con todo ataque a la autoridad. Por eso no parece superfluo intentar, una vez más, precisar el significado de la libertad en la tradición anarquista.

Libertad significa, en primer lugar, autonomía. El anarquismo recoge así toda una herencia ilustrada que había luchado denodadamente contra la tiranía, contra el dominio despótico de la autoridad civil o religiosa que ahogaba cualquier manifestación del individuo. Kant, la cumbre del pensamiento ilustrado, insistirá en la moral autónoma, la que uno se da a sí mismo, frente a la moral heterónoma, la que nos es im-

Libertad significa, en segundo lugar, aceptación de las leyes de la naturaleza. Una vez más, los anarquistas se muestran herederos de toda la tradición intelectual de Occidente, pagando incluso un tributo excesivo al cientifismo dominante en el s. XIX. Ya desde los griegos, se ha venido afirmando que las cosas son como tienen que ser y no suceden de una forma arbitraria, sino conforme a unas leyes necesarias que rigen el universo. La razón se asociaba así a la necesidad y la libertad consistía en la aceptación de esa necesidad; los estoicos y Spinoza serán los representantes más significativos. Del mismo modo, se mantiene que el bien es algo objetivo y que, una vez conocido por nosotros, estamos obligados a hacerlo; el entendimiento, al conocer lo que es bueno, al conocer cómo son las cosas y cuáles son las leyes de la naturaleza, obliga a la voluntad a cumplirlas. Los que hacen algo mal es por ignorancia, no por deseo expreso de hacer el mal; por eso no deben ser castigados, sino educados para que encuentren la ver-

dad y el bien. Aunque sería muy interesante continuar exponiendo las implicaciones que hay en esa identificación de la razón con la necesidad y en ese intelectualismo moral, es preferible dejarlo para centrarnos más en la forma que tuvo el anarquismo de insertarse en esa tradición.

Este será el planteamiento de Bakunin, pero haciendo algunas observaciones de mucha importancia. La primera será reconocer que nos obligan las leyes de la naturaleza, pero que las leyes sociales, las leyes que rigen la sociedad no son leyes de ese tipo sino leyes impuestas por los poderosos para mantener su privilegio. Sin duda existen unas leyes que rigen también la comunidad humana, y para muchos anarquistas la misión de la sociología será descubrir esas leyes para lograr una sociedad justa. Sin embargo, esas leyes son históricas y, por tanto, no son válidas intemporalmente: por otra parte, la realización de una sociedad regida por leyes justas, por leyes que se adecuen a la naturaleza humana, es algo a conquistar, como veremos más adelante (no es algo que esté ya dado). Kropotkin, el más científico de todos los anarquistas, intentará mostrar que la solidaridad es la ley que debe regir la sociedad humana, pero está claro que la sociedad burguesa no es una sociedad basada en la solidaridad, por lo que sus leyes son despóticas y opresoras, y está claro también que será necesario un largo y constante esfuerzo para conseguir esa sociedad solidaria que se pone como meta. Pero, lo más importante de todo, no es admisible que nadie me imponga esas leyes naturales: soy yo mismo el que tiene que descubrirlas, lógicamente con la ayuda de otros, en un largo proceso de aprendizaje. Si malo y despótico es el poder detentado por la burguesía, mucho peor y mucho más despótico sería el poder detentado por la casta de los científicos que, considerando que ellos conocerían las leyes naturales, se crearían en el deber de obligarnos a todos a cumplirlas. Nadie posee el privilegio de decidir qué es bueno y qué es malo, aunque intente hacer pasar su decisión bajo el ropaje de la ciencia. Las mayores dictaduras son precisamente las de aquellos que se consideran con el privilegio de decidir por los demás y de imponernos a los demás lo que debemos hacer. Las leyes no son despóticas porque no

se ajusten a las leyes de la naturaleza, sino porque son impuestas contra nuestra voluntad. Como decía Bakunin, los científicos están poseídos por la soberanía de su propio saber y por el desprecio del pueblo. La verdad tiene que ser descubierta y difundida, nunca impuesta: deja de ser verdad en el momento en que se nos impone.

En tercer lugar, la libertad es imaginación y capacidad innovadora. La historia de la humanidad no es un proceso necesario en el que todo lo que tenga que ocurrir ocurrirá; el futuro no es algo predeterminado por el pasado y por el presente, sino algo abierto a la capacidad innovadora de las personas. Malatesta, el más radical en este sentido, afirmaba claramente, enfrentándose en esto con Kropotkin, que el socialismo no vendría necesariamente como etapa posterior al capitalismo: el comunismo libertario es un deseo de los hombres, pero un deseo cuyo cumplimiento depende de su voluntad de realizarlo. Si los hombres no quieren, nunca llegará el socialismo. Se afirma tajantemente el voluntarismo revolucionario, frente a las corrientes socialistas de finales de siglo que pensaban que el socialismo caería como fruta madura, por lo que no era necesario adelantar acontecimientos. Sólo si tenemos en cuenta esto, podremos entender el fundamento profundo de tácticas como el insurreccionalismo tan asiduamente practicadas por los anarquistas durante muchos momentos de su historia, el voluntarismo revolucionario era uno de los pocos puntos en que se podría encontrar una coincidencia entre los planteamientos leninistas y los libertarios.

No sólo se trata de que el socialismo futuro dependa de nuestra voluntad, sino de que no es posible en ningún caso prever con todo detalle cómo será la sociedad futura. La revolución es el libre desenvolvimiento de las ideas y de las cosas; es dejar que la acción espontánea del pueblo sea la que vaya creando las diferentes estructuras sociales que parezcan más convenientes. La libertad que se quiere conquistar consiste en gran parte en romper con todos los obstáculos que impiden el pleno desarrollo de todas nuestras posibilidades; frente a la necesidad impuesta por la miseria de la sociedad capitalista, hay que abrir una amplia gama de posibilidades de acción porque sólo así se

podrá dar cauce a la diversidad existente entre las personas: la libertad se asocia así con la imaginación negándose a aceptar la rutina cotidiana, el escaso margen de acción que nos permite lo establecido, la política deja de ser ya la ciencia de lo posible, la frase tras la que se oculta el miedo a lo distinto, el miedo a cambiar radicalmente y a enfrentarse con el sistema establecido. Si empezáramos por tener en cuenta las limitaciones que ese sistema nos impone, no nos moveríamos nunca; la política no es la ciencia de lo posible, sino el deseo de conseguir lo imposible. Seamos realistas, pidamos lo imposible, rezaba una de las más afortunadas frases del mayo francés; la imaginación al poder, porque sólo así destruiríamos el poder, una de cuyas características fundamentales es su desesperado apego a lo ya existente, al sistema de privilegios consagrados por la rutina. No nos conformemos con las migajas, cuando es posible sentarnos en la mesa y disfrutar de todo el pastel. La libertad comienza precisamente cuando nos negamos a aceptar que las cosas son como son y no pueden ser de otra manera, cuando nos negamos a ser "realistas" y luchamos por conseguir mucho más, siempre mucho más, cuando renunciamos a la seguridad de lo previsible y aceptamos el riesgo de lo imprevisible.

Todas las utopías que tanto proliferaron en la literatura libertaria no pretendían fijar rigurosamente cuál debería ser el futuro ordenamiento de la sociedad, sino mostrar la posibilidad de una vida radicalmente distinta.

La libertad es, en cuarto lugar, solidaridad. Sólo somos libres en la medida en que todos los que nos rodean son también libres, porque mi libertad, para ser tal, necesita ser reconocida y respetada por otros seres libres. Mientras siga habiendo esclavos, mientras siga habiendo explotados y oprimidos, yo seré un opresor o un oprimido, pero no podré situarme al margen del conflicto. La libertad no se consigue individualmente, aunque la defensa del individuo y de su autonomía sea uno de los componentes decisivos de esa libertad. Esta es la gran diferencia existente entre el anarquismo y sus antecedentes liberales, así como la gran diferencia entre los anarquistas y los intelectuales y nietzscheanos que se aproximaron al anarquismo en la crisis del movi-

miento libertario a finales del s. XIX; incluso esta es la gran diferencia entre la libertad defendida por toda la tradición anarquista y muchos pseudoanarquistas actuales que han vuelto a olvidar, como es normal en tiempos de crisis, que la libertad individual pasa por la libertad colectiva. Frente al lema burgués de "mi libertad empieza donde termina la libertad de los demás", el anarquismo defenderá que "una libertad empieza donde empieza la libertad de los demás". Como muy bien dirá más tarde Paulo Freire, aun sin ser anarquista, nadie libera a nadie, sino que las personas nos liberamos en comunidad. El equilibrio entre la defensa de la libertad como autonomía y la defensa de la libertad como solidaridad, no es sencillo; es un equilibrio tenso que necesita ser siempre recuperado, pero es un equilibrio imprescindible. El anarquismo atacó duramente el pensamiento liberal burgués, precisamente porque en él se acentuaba la libertad individual y se olvidaba la comunitaria, convirtiendo este mundo en una dura y despiadada lucha por la vida en la que sólo los más fuertes, es decir, los poderosos, triunfaban. Pero igualmente criticó al comunismo autoritario porque veía en él una peligrosa anulación de la libertad individual sin la cual la sociedad comunista se convierte en dictadura del proletariado, es decir, dictadura del partido. La libertad obtenida a costa de olvidar a los millones de seres humanos que están oprimidos y explotados, no es libertad; es más bien un prejuicio pequeño-burgués.

Por último, la libertad no es algo dado ya, ni siquiera es una meta alcanzable a corto plazo, sino un largo camino a recorrer y una lejana meta a conquistar. No basta con proclamar la libertad: es imprescindible crear las condiciones materiales en las que el ejercicio de esa libertad sea posible. Las grandes declaraciones a favor de la libertad, así como a favor de los derechos humanos, no suelen servir para nada. Lo importante es denunciar aquellas condiciones que de forma concreta y directa nos impiden ser libres. En gran parte, toda la historia de las discusiones sobre la libertad o no libertad de las personas está condenada al fracaso, a convertirse en un estéril diletantismo, si no se centran en discutir, en cada momento histórico, cuáles son los obstáculos reales que hacen imposible el

ejercicio de la libertad, así como cuáles son las situaciones en las que podemos apoyarnos para ir haciendo efectiva esa libertad que se busca como meta. En este sentido, la reflexión sobre la libertad se une a la reflexión sobre la autogestión de todas las esferas de la vida comunitaria, sobre la creación de unas condiciones materiales de bienestar adecuadas, etc. Del mismo modo, de nada sirve rebelarse contra el poder, contra el Estado, si eso no va unido a una crítica de los mecanismos concretos a través de los cuales el poder y el Estado toman cuerpo y son reales; lo que hace falta analizar son los mecanismos concretos que utilizan los políticos para oprimir a todos los ciudadanos, los mecanismos utilizados por el hombre para oprimir a la mujer, por el maestro para oprimir a sus alumnos, etc. En definitiva, hay que descubrir, analizar, denunciar, los mecanismos de poder del sistema, que, como bien sabemos, es opresor hasta la médula.

Que la libertad es un objetivo a conseguir se deduce fácilmente de las diversas características que hemos ido ofreciendo para explicar en qué consiste lo que la tradición libertaria entiende por libertad. Las condiciones de vida en las que actualmente nos movemos están muy lejos de ser las más idóneas para esa libertad. Pero la libertad no es sólo una conquista, sino un camino, y una vez más nos colocamos en algo específicamente anarquista. Sólo la libertad nos llevará a esa libertad que buscamos. No se puede nunca recurrir, bajo el pretexto de que no se poseen esas condiciones materiales, a utilizar procedimientos autoritarios, a utilizar el poder. La construcción del socialismo nunca pasará por la dictadura del proletariado, por más justificaciones que se intenten dar al respecto. Nunca jamás conseguiremos una sociedad libre si empleamos métodos autoritarios; el fin no justifica los medios, precisamente porque hay medios que nunca llevan al fin propuesto. Para alcanzar la libertad, hay que empezar a practicarla desde ahora mismo, aun reconociendo todas las limitaciones de la sociedad actual; la libertad sólo se enseña mediante la libertad, como bien decía Bakunin. Y, como también decía Bakunin, y no son simples frases para adornar el artículo, los problemas resueltos a la fuerza siguen siendo problemas. Que la revolución es un acto

autoritario, como decía Engels, es indudable; que será necesario recurrir a la fuerza en más de un momento, también parece evidente, o al menos así lo ha demostrado la práctica anarquista. En este sentido habría que superar una cierta ingenuidad en la crítica al poder tal y como se realizaba en el anarquismo clásico, aunque ahora sólo podemos apuntarlo sin desarrollarlo. Pero lo que está claro es que con el poder no se puede jugar, como tampoco se puede jugar con la libertad; hay cosas en la vida que no son negociables ni parcelables, y siempre será imprescindible estar vigilantes para que no se reproduzcan mecanismos autoritarios, para no recurrir al fácil pero inútil camino del poder.

Cuando se recurre al poder para conseguir la libertad, increíble pero habitual contradicción, se está incurriendo en un grave error. Se está olvidando la que para nosotros es la última y más importante característica de la libertad: la confianza en los demás. Sólo el que confía en los demás, el que no se considera ningún mesías salvador de nadie, el que acepta al otro tal como es y no pretende que sea como a él le gustaría que fuera, es decir, sólo el que confía en los demás, sólo ése estará contribuyendo a crear un mundo libre y solidario.



LOS POLITICOS Y LA CULTURA

Con el fin de debatir sobre temas de política cultural, nuestra revista organizó —con el auspicio de la Municipalidad de Buenos Aires, de la Secretaría de Cultura de la Nación, del Banco Provincia de Buenos Aires, del Citibank y de Techint— una mesa redonda a la que fueron invitados políticos de distintos partidos. En la Sala F del Centro Cultural General San Martín se reunieron el martes 9 de junio el doctor Oscar Alende por el Partido Intransigente; la señora Inés Botella, candidata a diputada por el justicialismo y el diputado Diego Guelar, por el Partido Justicialista; Beatriz García Tuñón y Armando Ribas por la UCD y el doctor Aldo Neri, Adolfo Stubrin y Miguel Angel Inchausti por la UCR.

El tema complejo y, por momentos, demasiado abarcador, permitió hacer un poco de historia, analizar la actual crisis cultural, reflexionar sobre qué queremos y proponer los caminos que parecen más viables para un proyecto cultural nacional. No faltó un contrapunto —entre Ribas y Alende— que matizara la noche, así como tampoco la intervención del público que rescató de las sombras a los olvidos: los aborígenes y los artistas.

¿Con qué concepto de cultura nos manejamos?

Definir el concepto de cultura fue prioritario para casi todos los oradores y fue también una forma de hacer explícito desde qué perspectiva se ubican los distintos partidos políticos frente al tema. El doctor Alende dijo que cuando se habla de cultura hay que "hablar de cultura popular, no de cultura de élites", mientras que Inés Botella aclaró que el justicialismo le otorga al término un sentido mucho más extenso: "Nosotros como partido consideramos básicamente que la cultura

es el producto del quehacer cotidiano y de la creatividad de un pueblo, no sólo en el orden intelectual o artístico sino también en el hacer diario. Por un lado está el patrimonio cultural que nos viene del pasado pero también se debe valorar el trabajo manual, el del tornero, el del ama de casa, etc."

El radicalismo por su parte entiende por cultura no tanto una producción social como un estilo de vida en democracia: "Lo cultural —dijo Aldo Neri— debe ser interpretado en su aspecto más amplio. No meramente la creación literaria, artística o incluso científico-tecnológica sino también en lo que se refiere a la modalidad de convivir entre nosotros mismos."

"Estamos manejando un concepto de cultura demasiado lato —acotó el profesor Adolfo Stubrin en otro momento de la reunión—. Cultura quiere decir demasiada cantidad de cosas como para estar seguros de estar hablando de lo mismo. No sea cosa que terminemos hablando de otros temas y no precisamente de cultura." En efecto, el término parecía por momentos saltar de un campo a otro y no precisarse en ninguno. Sin embargo, el reflexionar sobre el tema ayudó también a repensar cosas del pasado.

De la cultura nostálgica a la cultura kelper

Aldo Neri: Hablando de cultura en la Argentina uno tiene la impresión de que nuestra concepción de cultura ha fluctuado entre un modelo folklorista de lo cultural —el *Martin Fierro*, *Vaccarezza*— y, por otro lado, un modelo que imita la cultura de los países centrales. La Argentina del modelo agroexportador de la segunda mitad del siglo pasado y las primeras décadas de éste, en lo cultural; tenía un modelo extranjerizante, tal vez porque era un país en buena medida aluvional y necesita-

ba tiempo de maduración para incorporar, decantar y transformar todos los aportes en una elaboración propia que superara lo folklórico y lo estrictamente importado. Ahora estamos en una etapa de mayor integración con respecto a un perfil cultural.

Oscar Alende: Coincido en que el pueblo argentino está perfilando su identidad nacional y en que parte de nuestra problemática es que hemos venido forjando nuestra intelectualidad a través de influencias exógenas.

Armando Ribas: La Argentina no fue un proyecto político del tipo europeo. Todo lo contrario: la Argentina fue un proyecto político americano como lo fue EE.UU. y miro con nostalgia esos tiempos, ese proyecto que tendría que haber continuado en la Argentina y que se rompió. Pero con más nostalgia nos miran los argentinos que se van del país porque el proyecto que vino después no satisfizo a nadie, ni a los que se fueron ni a los que se quedaron. Uno de los problemas graves de la Argentina fue confundir masificación con igualdad y libertad, por eso hoy estamos atrasados. Debemos buscar la excelencia, porque de la excelencia de los pocos se beneficia la pobreza de los muchos. Pero mientras tengamos el proyecto de opacar la excelencia acusándola de elitista vamos a seguir enganchados en este Tercer Mundo que es un proyecto en donde la Argentina no estaba; entró solita, todavía no sé por qué.

Stubrin: Con respecto al elitismo quiero señalar tres cosas: primero que las élites efectivamente existen, segundo que hay que ver si se constituyen en forma arbitraria, sectaria, o si surgen de algún grado de democracia, de igualdad de oportunidades y, en tercer lugar, que yo rechazo esa exaltación de las élites como panacea que puede resolver todos los problemas de la sociedad. Hay dos grandes inclinaciones en la política de los países democráticos: una expresada claramente por Ribas, que busca los bienes de la diferenciación social, la otra expresada por otros panelistas como el doctor Alende y que yo comparto, que busca las virtudes de la igualdad social. Por otro lado, creo que nuestro país está en crisis y en decadencia a raíz de una cantidad de factores internos que hacen a nuestra biografía nacional. Pero es inocultable que también tienen insidencia

factores que hacen a la política mundial, a la distribución mundial del poder y de la riqueza. Yo rechazo con fuerza a quienes dicen que todos los males del país están afuera, en el imperialismo, en la política mundial; pero también me parece inaceptable decir que todos los problemas son nuestros y que no hemos sido objeto de manipulaciones o de decisiones que se toman en otra parte del mundo. No ver esas cosas es no querer ver la realidad de la vida contemporánea.

Alende: La crisis es fundamentalmente económico-social. Todo lo demás viene por añadidura. Echarles la culpa a los de afuera es, por cierto, una explicación demasiado ligera. Para realizar un diagnóstico correcto de nuestros padeceres, de nuestra historia, debemos analizar los factores endógenos —aprobando también los elementos positivos que pudieron darse en cada época— y tener en cuenta la situación que se origina por ser un país dependiente. Así si vamos a encontrar el camino.

Diego Guelar: Yo quiero retomar algunos conceptos que me parecen fundamentales para la construcción de un proyecto cultural. Hay dos objetivos fundamentales: primero terminar con lo que podríamos llamar la cultura kelper, ese curioso invento que nos hizo consumir durante mucho tiempo la clase dominante argentina según la cual el 99% de los habitantes éramos de segunda categoría y por el cual el 99% de los argentinos teníamos vergüenza de nosotros mismos. No es casual que hayamos llamado a los italianos, tanos; a los españoles, gallegos; a los siriolibaneses, turcos y a los judíos, como en mi caso, rusos. Y no precisamente con cariño o simpatía porque si alguien no tenía alguno de estos orígenes entraba en la categoría de cabecita negra o directamente era llamado negro. El segundo objetivo es combatir, también, dos expresiones que acompañan el proceso de producción cultural en la Argentina: la melancolía externa y la interna. La melancolía de estar aquí y por eso la bronca de estar aquí y la melancolía de los que están afuera y están tristes porque no pueden volver. El exilio interno y el exilio externo. Esta tarea de recuperación es una tarea de la democracia. ¿Cómo lograrlo? Recuperando un concepto que no está de moda y que suele ser mal interpretado: el nacionalismo, es decir, el es-

fuerzo de una comunidad por concretarse. En esto el Estado debe tener un papel fundamental. Si no tenemos un instrumento estatal idóneo que sea convocante, que sea impulsor, que sea recuperador de las capacidades de los argentinos y que, además, ponga en movimiento esas capacidades, entonces estaremos condenados a la dependencia, que sigue siendo, por supuesto, el problema central de la sociedad argentina.

Se escuchan propuestas

Por lo general, parece más sencillo describir los síntomas, diagnosticar la enfermedad que recetar la medicación indicada. Por esto una de las preocupaciones centrales del encuentro fue conocer las propuestas que cada invitado tenía para un proyecto cultural en nuestro país. Este es el resumen de las distintas intervenciones:

Inés Botella: Para proyectar tenemos que saber qué Argentina queremos culturalmente, qué tipo de hombre argentino queremos. Cuando entronquemos el pasado con el producto que tenemos hoy, más lo que queremos tener para el día de mañana, recién ahí podremos tener un proyecto cultural de todos los argentinos y para todos los argentinos.

Beatriz García Tuñón: Yo creo en la necesidad de achicar el Estado. En este momento, el Estado no realiza las gestiones necesarias como para que la investigación aplicada avance, y por lo tanto que puedan mejorar la industria, la producción, la infraestructura. Recientemente, en un congreso sobre nuevas ingenierías se manifestó —para mí acertadamente— que los países que están al margen de este proceso condenan a sus pueblos a ser ciudadanos de segunda.

Armando Ribas: Creo que hay que rescatar el proyecto político y cultural de la segunda mitad del siglo pasado y los valores de los hombres que construyeron realmente el país. Quiero rescatar el tema de la inmigración porque cuando estaban los oligarcas la gente venía a la Argentina. Hoy, cuando ya hace más de cuarenta años que los oligarcas dejaron de gobernar —si es que eran los oligarcas—, los argentinos se van del país. ¿Por qué? El proyecto cultural debe darle respuesta a esto. Yo no creo que hay que tener un presupuesto determinado para la

investigación pero sí ponerse al día con la importación de tecnología porque el atraso es tan grande que cualquier cosa hoy en la Argentina es un invento glorioso. Hay que permitir que el individuo se desarrolle personalmente y evitar un proyecto masificador de la sociedad.

Diego Guelar: El deber de cualquier dirigente es el de interpretar la voluntad de la gente, interpretar correctamente los mensajes que nos llegan. Por eso la gran preocupación que debemos tener al construir un proyecto cultural nacional es la de garantizar que los canales estén abiertos y que interpretemos bien el mensaje.

Aldo Neri: Yo no creo que pueda hablarse de planificación de la cultura como se habla de planificación de la economía. El proyecto cultural tiene que ser capaz de recoger la iniciativa y la capacidad creativa del conjunto de la sociedad. El Estado no debe dibujar ese perfil sino que debe facilitar los instrumentos, dar el marco de referencia para que los distintos sectores sociales se expresen y a partir del intercambio que ellos mismos construyan el dibujo. Los gobiernos totalitarios son los que definen el estilo nacional pero en una democracia pluralista y participativa no se puede pretender que desde el gobierno se perfile la cultura nacional sino que debe surgir del pueblo mismo. El pueblo debe poder expresar al máximo su capacidad creativa, en lo científico, en lo tecnológico, en lo artístico y también en las maneras de convivir, ya que esto es quizá la esencia y lo cotidiano de la cultura.

Oscar Alende: Proyectar quiere decir lanzar hacia adelante. ¿Qué se puede lanzar hacia adelante? Algunos cánones, algunas reglas, como, por ejemplo, permitir a todos el acceso a la comunicación y a la cultura. Esto, en una Nación que aproveche lo suyo, que defienda lo propio, lo que le pertenece: con un Estado —que es el brazo político de la Nación— que coloque todo lo que tiene al servicio del progreso propio, no del progreso de lo extraño. El Estado debe crear las condiciones de relación económico-social de tal forma que se premie el trabajo de quienes en lugar de gastar sus horas en situaciones irrelevantes se dedican al duro trabajo de adquirir conocimientos (que es, además de duro, muy poco rentable). Premiar el trabajo y no la especulación: brindar una eficaz remuneración a los do-

centes; etc. El proyecto tiene que ser un proyecto de participación popular, donde nadie esté ausente. Por eso me parece una excelente idea —aunque muy difícil de sacar adelante— la del Congreso Pedagógico.

En ese momento alguien del público preguntó si existía algún proyecto concreto, viable y de aplicación a corto plazo, a lo que el profesor Stubrin respondió: "Me parece muy feliz la mención del doctor Alende al Congreso Pedagógico. Allí personas de distintos sectores sociales y diferentes vertientes políticas debaten y aportan para repensar una política educativa. Y la educación es una parte de la cultura. Ahora bien, la referencia a la posibilidad de que en el corto plazo se pueda revertir ciertas tendencias tradicionales de nuestra educación me parece difícil. La educación es transformable en países que tienen perseverancia, que trabajan sobre los objetivos en forma permanente, constante, a despecho de circunstancias materiales desfavorables. Por más que nos ilusionemos, por más rabia que tengamos, por más bronca que destilemos no vamos a transformar el sistema educativo argentino de un día para el otro, sencillamente porque esto no está en el mundo de lo posible. La única posibilidad para transformar la educación argentina es que insumamos en ella unos cuantos años de la vida nacional, mucha inteligencia nacional, mucha preocupación de nuestros dirigentes y como dice el doctor Alende, mucha participación popular. En el Congreso Pedagógico se pueden canalizar las dudas, las ideas y los miedos. El temor de lo que va a pasar, de si me van a sacar esto, me van a cambiar el país, me van a hacer vivir en una cárcel, etc., no pertenece al mundo de la realidad pero sí al de nuestros temores. La participación y la entrega mutua de las razones de unos y otros en el ámbito adecuado nos harán despejar esos fantasmas que tanto nos paralizan".

El público también opinó

El tema de la educación despertó varios comentarios que, en general, no se desarrollaron ni se retomaron. Se habló de la mala influencia de la TV en la educación infantil, del salario de los docentes, de las pésimas condiciones en las que se daba clase en todos los niveles, del descenso del nivel académico, del ingreso

a la Universidad. Con respecto a este último tema el doctor Aldo Neri consideró que la crisis universitaria es el reflejo de la crisis de la sociedad en su conjunto. "La universidad ha dejado de ser —dijo— no sólo aquí sino en muchos lugares del mundo, un centro de generación de cultura y se ha transformado en una sumatoria de escuelas de formación de profesionales. La Universidad debe ser un lugar donde no sólo se formen especialistas sino donde se imparta una formación global a los ciudadanos de un país. Elevar el nivel académico no pasa por la reducción del número de ingresantes sino por la reorientación de las vocaciones y el nivel de la exigencia para la calificación".



Alguien del público rescató las culturas propias de este continente como parte de nuestras raíces y preguntó con qué apoyo contaban las culturas aborígenes. La respuesta estuvo a cargo de Miguel Angel Inchausti: "Es verdad lo que dice el amigo. Hay un impulso de buscar en las viejas raíces de los primeros habitantes de este continente (a quienes les sacaron la tierra), una serie de datos que nos puedan consolidar en el presente y proyectarnos mejor hacia el futuro y son justos los reclamos de este sector. La Municipalidad, en este mismo Centro Cultural, ha abierto un lugar para la reflexión, la discusión de los problemas aborígenes pero también un lugar para el reclamo de sus justas aspiraciones. Es una obligación de todos nosotros empezar a dar respuestas a todas estas inquietudes y tomar entre todas decisiones concretas para problemas particulares y puntuales que nuestros hermanos aborígenes pueden estar pasando en este momento."

También desde el público surgió la voz que trajo al recuerdo otro sector que suele quedar marginado:

"¿Qué reflexión, qué información tiene la mesa sobre los proyectos legislativos en la defensa de las artes y los artistas?"

Diego Guelar: Este ha sido un comentario oportuno. A mí no me cabe la menor duda de que el Congreso de la Nación tiene una gran deuda con este sector. Ha habido esfuerzos individuales o colectivos pero si analizamos lo realizado queda claro que es insuficiente y que esto es responsabilidad común del Congreso y del conjunto de los partidos políticos. Por eso exhorto a aquellas personas vinculadas a la producción artística para que presionen sobre el Congreso y que llamen la atención sobre este tema que, repito, es importante.

A. Stubrin: Tanto machacamos que la cultura no es sólo el arte que casi nos olvidamos que el arte es uno de los componentes centrales de la cultura e incurrimos en omisión. Pero voy a salvar esta omisión dando mi testimonio como legislador encargado, hasta hace poco, de los proyectos relacionados con la promoción de las actividades artísticas. Hay muchos proyectos y pocas sanciones. Hay dos factores que inciden en esto: primero, que los artistas basan sus proyectos en el modelo ideal de funcionamiento del mecanismo comercial o de la industria cultural y esto dificulta la cosa. Las comisiones de cultura lanzan el proyecto pero las comisiones de comercio, industria, presupuesto y hacienda, de asuntos impositivos, etc. —comisiones que también opinan porque el proyecto no es sólo artístico sino que tiene que ver con el régimen económico del arte—, generalmente, traban el mecanismo porque el proyecto no ha tenido en cuenta los aspectos que hacen al mercado, impuestos, comercio, importaciones, etc. Creo que es muy noble el reconocimiento de Diego Guelar en cuanto a que, interdisciplinariamente, no se le presta la suficiente dedicación. En segundo lugar, y esta referencia surge de mi experiencia, los proyectos se politizan y hasta se ideologizan un poco y los artistas pierden de vista la identificación concreta de sus intereses en torno del proyecto. Se diluye en términos de posiciones políticas o ideológicas y el proyecto empieza a dificultarse.

Con esta intervención se cerró, luego de dos horas de debate, un tema que parece tener muchas entradas pero pocas salidas.

INDICE GENERAL

NUMEROS 1 AL 12

NUMERO 1

Título	Autor	Página
Profesión de fe	<i>Octavio Paz</i>	2
Unidad y diversidad	<i>Danubio Torres Fierro</i>	3
La saga de Egil	<i>Jorge Luis Borges</i>	4
Bianco: todas las fruiciones	<i>Enrique Pezzoni</i>	5
Una visita a la Biblioteca Nacional	<i>José Bianco</i>	6
Ricardo Baeza	<i>José Bianco</i>	8
Argentina: ¿Éxito o fracaso?	<i>Guido Di Tella</i>	9
Walter Benjamin: el último intelectual	<i>Susan Sontag</i>	13
Poemas	<i>Alberto Girri</i>	22
Elogio a la libertad política	<i>Natalio R. Botana</i>	24
Dos notas autobiográficas	<i>Italo Calvino</i>	28
Poemas: Mariposa para Juan Rulfo	<i>Gonzalo Rojas</i>	30
Cultura de la libertad y libertad de la cultura	<i>Mario Vargas Llosa</i>	31
El automóvil	<i>Silvina Ocampo</i>	37

LIBROS

La saga de los Anchorena, de Juan José Sebrelí	<i>Oscar Taffetani</i>	40
La poesía de Alfredo Veiravé	<i>Juan G. Cobo Borda</i>	41
Los hijos de Ariel, de James Neilson	<i>Danubio Torres Fierro</i>	44
La casa del lago de la luna, de Francesca Duranti	<i>José Miguel Oviedo</i>	46

LA VUELTA DE LOS DÍAS

La izquierda argentina y la democracia	<i>Ricardo Nudelman</i>	48
Elogio del exilio	<i>Leszek Kolakowski</i>	50
Sábat, chamán del sur	<i>Bengt Oldenburg</i>	53

NUMERO 2

Título	Autor	Página
Hablo de la ciudad	<i>Octavio Paz</i>	4
Argentina: dilemas de la transición democrática	<i>Carlos Floria</i>	6
Dos sonetos en prosa: Transmisión nocturna y El origen de la presión	<i>Gabriel Zaid</i>	13
Shem, el escritor	<i>James Joyce</i>	14
Poemas: Mozart	<i>Alfredo Novelli</i>	17
Razón y pasión del fútbol	<i>Juan Nuño</i>	18

América Latina: el destino se llama democracia (entrevista a José Aricó).	<i>Horacio Crespo / Antonio Marimón /</i>	23
La perla del Emperador	<i>Daniel Guebel</i>	31
El más alto estadio del subdesarrollo	<i>Hans Magnus Enzensberger</i>	37

LIBROS

Huidobro: los oficios de un poeta, de René de Costa.	<i>Anthony Staton</i>	44
Las matanzas del Neuquén, de C. Curruhuinca y L. Roux.	<i>Oscar Taffetani</i>	47
Habla, memoria, de Vladimir Nabokov	<i>Luis Chitarroni</i>	48
La desintegración de la forma en la novela moderna, de James Mellar.	<i>Márgara Averbach</i>	50

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Crítica del terrorismo	<i>Octavio Paz</i>	52
Los alquimistas de la revolución	<i>Danubio Torres Fierro</i>	53
Pedro Figari: el escenario americano	<i>Angel Kalenberg</i>	55
Figari y el universalismo	<i>Angel Rama</i>	57
Damián Bayón: preguntas capciosas	<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i>	59
Los cien años de Delmira Agustini	<i>Ida Vitale</i>	63

NUMERO 3

Título	Autor	Página
Una civilización de la barbarie	<i>Tomás Eloy Martínez</i>	6
Poemas: Inschgehen o animándole a dar un paseo por los muelles.	<i>Carlos Barral</i>	11
La ciencia: últimas preguntas	<i>Lewis Thomas</i>	12
Escrito con humo	<i>Olga Orozco</i>	16
Bajo el volcán: escenario	<i>Guillermo Cabrera Infante</i>	20
Poema	<i>Sergio Bizzio</i>	25
El crítico errante:	<i>Enrique Krauze</i>	26
Pedro Henríquez Ureña: Una carta desconocida	<i>Antonin Artaud</i>	40

LIBROS

Neruda: la poética de la profecía, de Enrico Mario Santí	<i>Jorge Edwards</i>	44
El texto y sus voces, de Enrique Pozzoni	<i>Luis Chitarroni</i>	46
Las Muertas, de Jorge Ibarguengoitia	<i>José de la Colina</i>	48
Cartas de amor a Margarita, 1912-1915 de Pedro Salinas	<i>James Valender</i>	49

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Chile: el camino hacia la democracia	<i>Edgardo Boeninger</i>	52
Halperín Donghi: el pa(i)saje de la historia	<i>Danubio Torres Fierro</i>	60
La reflexión como actividad sospechosa	<i>Ricardo Nudelman</i>	63
Cándido López	<i>Fermín Febre</i>	65
Henry Moore (1898-1986)	<i>Begt Oldenburg</i>	67
La vida (A) Leve	<i>Francisco Acuña de Figueroa</i>	69

Poema: Escritura	<i>Juan Liscano</i>	10
Historia e imaginación	<i>H.R. Trevor Roper</i>	11
La imitación como mediación, o de mi edad media	<i>Jaime Gil de Biedma</i>	19
El renacimiento del liberalismo clásico	<i>Ezequiel Gallo</i>	26
El blanco, immaculado señor	<i>Umberto Saba</i>	31
Nadieżda Mandelstam	<i>Joseph Brodsky</i>	33

LIBROS

NUMERO 4

Título	Autor	Página
El relojero de Fausto	<i>Adolfo Bioy Casares</i>	6
Poesía vertical	<i>Roberto Juarroz</i>	13
Una visita a Argentina	<i>John Kenneth Galbraith</i>	14
Democracia: ¿predestinación o estrategia?	<i>Guy Hermet</i>	19
Poemas	<i>Aurelio Asiain</i>	25
"Fervor de Buenos Aires": vaciamiento y saturación	<i>Enrique Pezzoni</i>	26
De la razón antropofágica (diálogo y diferencia en la cultura brasileña)	<i>Haroldo de Campos</i>	32
Intermedio entre dos silencios	<i>Juan Cunha</i>	41

LIBROS

Antología de la poesía hispanoamericana, de Juan Gustavo Cobo Borda	<i>Eduardo Milán</i>	44
Divertimento / El examen, de Julio Cortázar	<i>Susana Rotker</i>	46
La poesía de Alberto Girri, de Muriel Slade Pascoe	<i>Angel Bonomini</i>	49
Goodnesses, Whores, Wives and Slaves, de Sarah B. Pomeroy	<i>Julieta Campos</i>	50

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Rufino Tamayo	<i>André Breton</i>	52
Ser natural	<i>Octavio Paz</i>	53
El museo sin musas	<i>Bengt Oldenburg</i>	54
Colombia: entre la tragedia y la esperanza	<i>Jorge Orlando Melo</i>	55
Ciorán: el escritor y el interlocutor	<i>Alina Diaconú</i>	60
La vida (A) Leve: el olvidado arte de mirar y admirar	<i>Fray Luis de Granada</i>	59

NUMERO 5

Título	Autor	Página
Yo soy creado	<i>Carlos Fuentes</i>	6

Ficcionario, de Jorge Luis Borges	<i>José Miguel Oviedo</i>	37
Correspondencia, de Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill	<i>Guadalupe Pacheco</i>	40
¿Quién lee a Murena?	<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i>	42
La casa grande, de Tamara Kamenszain	<i>Luis Chitarroni</i>	45

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Hijo primogénito de la tierra	<i>Claude Esteban</i>	47
Wilfredo Lam y la alquimia	<i>Marta García Barrio-Garsá</i>	52
35 siglos de culturas en 90 metros	<i>Samuel Oliver</i>	54
Tres versiones de un mismo heroísmo	<i>Emir Rodríguez Monegal</i>	56
Señales de vida	<i>Alan Pauls</i>	59
Héctor Libertella: patografía o los juegos desviados de la literatura	<i>Sergio Bizzio</i>	61
Recuerdos de José Bianco	<i>Eugenio Montejo</i>	64
La vida(A) Leve	<i>Erratas / Amantes y Amantes</i>	46

NUMERO 6

Título	Autor	Página
Dos cartas a Gerardo Diego y un Poema inédito. Argentina: el debate constitucional	<i>Vicente Huidobro</i>	6
Hacia lo más oscuro del río	<i>Natalio R. Botana</i>	9
Izquierda y derecha: ¿términos intercambiables? (entrevista a Edgar Morin)	<i>Luis Guzmán</i>	17
Tres poemas del verano	<i>Catherine David</i>	21
Cuando Marx se identifica con la historia	<i>Tomás Segovia</i>	25
Poema: Capitulaciones	<i>Tomás Moro Simpson</i>	27
Perfil de Vicente Aleixandre	<i>Ida Vitale</i>	36
	<i>Pere Gimferrer</i>	37

LIBROS

Sartre, de Annie Cohen-Solal	<i>Juan Nuño</i>	43
The Half-Way house of fiction, de Edwin Williamson	<i>Mario Vargas Llosa</i>	50
Un testigo fugaz y disfrazado, de Severo Sarduy	<i>Rosario Ferré</i>	53

LA VUELTA DE LOS DÍAS

En busca del arte del tercer Milenio	<i>Bengt Oldenburg</i>	55	Una crítica de la democracia	<i>Matilde Sánchez</i>	16
Perú 1986: una modesta proposición	<i>José Miguel Oviedo</i>	56	Poemas: Mínimo figurado; Tranquila y Un general contento	<i>Sergio Bizzio</i>	21
Algunos "No se debe" para poetas chinos	<i>Eliot Weinberger</i>	59	La música interior del yo	<i>Jorge Panesi</i>	23
Pensar en la universidad: una empresa abierta	<i>Carlos Floria</i>	62	El hombre de Balmes	<i>Elsa Osorio</i>	29
Díaz Casanueva: la fiesta de los abismos	<i>Olga Orozco</i>	64	La realidad literaria	<i>Elsa Osorio</i>	30
			Nightmare (fragmento)	<i>Jorge Dorio</i>	32
			El poeta y el guerrero	<i>Jorge Dorio</i>	32
			Miseria de un real	<i>Luis Chitarroni</i>	34
			El lector perplejo	<i>Luis Chitarroni</i>	36
			Patmos	<i>Martín Caparrós</i>	39
			Cuentos chinos	<i>Martín Caparrós</i>	41

NUMERO 7

Título	Autor	Página	Título	Autor	Página
Vestíbulo	<i>Octavio Paz</i>	6	"La oscuridad es otro sol": la respuesta que no llega	<i>Telma Luzzani</i>	43
La casa de la mirada	<i>Octavio Paz</i>	9	Una elaboración imaginaria	<i>Telma Luzzani</i>	46
El testamento de "Los sonámbulos"	<i>Milan Kundera</i>	12	Aritméticas de una mujer antigua	<i>Marcos Lucio Victoria</i>	48
Cuatro sonetos inéditos	<i>Miguel Hernández</i>	15	El desorden y la coherencia	<i>Marcos Lucio Victoria</i>	49
Un café con Gorrondona	<i>Alejandro Rossi</i>	17	Cuatro jornadas	<i>María Martoccia</i>	50
Decadencia de las ideas utópicas en Occidente	<i>Isaiab Berlin</i>	20	El incómodo compromiso	<i>María Martoccia</i>	55
Lautréamont (fragmentos)	<i>Eduardo Milán</i>	31			
La(s) revolución(es) francesa(s) (entrevista a Francois Furet).	<i>Mona Ozouf/Jean Daniel/Jacques Julliard</i>	33			
"En otro orden de cosas"	<i>Rodolfo E. Fogwill</i>	37			
Manifiesto	<i>Juan Goytisolo y otros</i>	41			
Escuela de Platón	<i>Rosa Chacel</i>	42			

LIBROS

La desesperanza, de José Donoso	<i>Luis Chitarroni</i>	45	Textos cautivos, de Jorge Luis Borges	<i>Antonio Marimón</i>	56
Gringo viejo, de Carlos Fuentes	<i>Gerardo Burton</i>	46	El espejo de Próspero, de Richard M. Morse	<i>Mayer</i>	58
Diario de un pintor (1952-1953), de Ramón Gaya	<i>James Valender</i>	48	La luz que regresa, de Carlos Elizondo	<i>Dermot Curley</i>	60

LA VUELTA DE LOS DÍAS

José Martí y la revolución cubana	<i>Enrico Mario Santí</i>	62
-----------------------------------	---------------------------	----

NUMERO 9

Título	Autor	Página
El último Barthes	<i>Tzvetan Todorov</i>	6
La condena a los ex-comandantes y la ley de extinción de las causas: un punto de vista ético	<i>Oswaldo Guariglia</i>	9
Poema: A los treinta tenía una base. A los cuarenta, una certidumbre	<i>Arturo Carrera</i>	14
Ezra Pound: el mejor herrero	<i>Juan Rodolfo Wilcock</i>	16
La línea y el laberinto: las estructuras del pensamiento latino	<i>Umberto Eco</i>	18
La señora Bianco (siglo XVIII)	<i>Anónimo chino</i>	30
La noche del marxismo (entrevista a Leszek Kolakowski)	<i>Enrique Krauze</i>	41

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Chile, otro país	<i>José Joaquín Brunner</i>	50
Polonia y las publicaciones clandestinas	<i>Anna Husarska</i>	54
El G.A.T.T., las siglas internacionales y América Latina	<i>Natán Elkin</i>	56
Borges y la educación de la memoria	<i>Sylvia Molloy</i>	57
Hacia la unificación	<i>Severo Sarduy</i>	60
Prosa y poesía	<i>Edmon Jabes</i>	64

NUMERO 8

Título	Autor	Página	Título	Autor	Página
Presentación	<i>Danubio Torres Fierro</i>	6			
La salud del padre y Los sesenta	<i>Daniel Guebel</i>	7			
Poema: Ningún azul pálido	<i>Luis Thonis</i>	12	San Juan de la Cruz y el Islam, de Luce López Baralt	<i>Juan Goytisolo</i>	45
Contra los proverbios	<i>Luis Thonis</i>	13	Los raros, de Pere Gimferrer	<i>Alberto Ruy Sánchez</i>	47
La ciudad, el cuerpo	<i>Matilde Sánchez</i>	14	El testigo oculista	<i>Luis Chitarroni</i>	50

LIBROS

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Una reflexión sobre la Universidad latinoamericana	<i>Gregorio Klimovski</i>	51
Sobrevivencia de la poesía	<i>Michael Hamburger</i>	55
Preludio: los signos insumisos URSS: la arremetida de Gorbachov	<i>Saül Yurkievich</i>	58
Mercado, política, Estado Alonso y Cuevas: razones para ciertas analogías	<i>K.S. Karol</i> <i>Yves Guibannec</i> <i>Lelia Driben</i>	60 62 63

NUMERO 10

Título	Autor	Página
Sabor saber (cuento)	Italo Calvino	6
La democracia en América (Latina)	<i>Guido Di Tella</i>	14
Poesía: Ejemplo con aves	<i>Alberto Girri</i>	17
Lo orbital. Lo exorbital	<i>Jean Baudrillard</i>	18
Diálogo fugaz	<i>Jorge Luis Borges,</i> <i>Roger Caillois</i> <i>Phillippe Ariès</i>	23 25
La ciudad contra la familia	<i>Gonzalo Rojas</i>	30
Poemas: Me levanto a las cuatro y Alegato	<i>Rubén Cotelo</i>	31
Real de Azúa de cerca y de lejos	<i>James Laughlin</i>	40
William Carlos Williams		

LIBROS

Crítica y Ficción, de Ricardo Piglia	<i>Antonio Marimón</i>	47
Convergencias, de Hugo Foguet	<i>Guillermo Saavedra</i>	49
El testigo oculista	<i>Luis Chitarroni</i>	51

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Los derechos humanos en Cuba	<i>Aryeh Neier</i>	52
La Argentina como novela	<i>Juan Liscano</i>	57
Naturalezas de objetos muertos	<i>Angel Kalenberg</i>	58
Boceto para un retrato	<i>Julieta Campos</i>	62

NUMERO 11

Título	Autor	Página
El juguete	<i>Enrique Anderson</i> <i>Imbert</i>	6
La creación de la democracia	<i>Cornelius Castoriadis</i>	10
Poema: Que los muertos no entierren a sus muertos	<i>Enrique Lihn</i>	21
Estados Unidos: rebeldía y autoridad	<i>Daniel Bell</i>	22
Poema: Cinco veces ella	<i>Guillermo Saavedra</i>	29
Nuestra tierra natal, el texto	<i>George Steiner</i>	31
Kafka: la descripción de un combate	<i>Marthe Robert</i>	47

LIBROS

Escritura, poesía, luz negra	<i>Eduardo Milán</i>	53
Memorial del convento, de José Saramago	<i>Horacio Costa</i>	57
El testigo oculista		61

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Democracia, militares y revolución	<i>Jacques Julliard</i>	63
José Donoso: las fracturas chilenas (entrevista)	<i>Antonio Marimón</i>	64
Severo Sarduy: sin evasivas, sin eufemismos, sin melancolía (entrevista)	<i>Alina Diaconú</i>	65
Sueños y ensueños en la Patagonia	<i>Edgardo Krebs</i>	67
Picasso, nuestro contemporáneo	<i>Dore Ashton</i>	69
Chile: el Papa frente a la violencia	<i>Alain Touraine</i>	70
Romanticismo y postmodernismo: analogías entre dos finales de siglo.	<i>Francisco Rico</i>	72

NUMERO 12

Título	Autor	Página
Sobre el arte abstracto	<i>Ernesto Sábato</i>	6
Central Park	<i>Octavio Paz</i>	9
La Gallarda de Alechinsky	<i>Carlos Fuentes</i>	10
Fracturas	<i>E.M. Cioran</i>	12
¿Qué pasa con la Universidad Argentina?	<i>Torcuato Di Tella /</i> <i>Oswaldo Guariglia /</i> <i>Gregorio Klimovsky</i>	15
La medicalización de vida	<i>Leonardo Sciascia</i>	21
Los Aragoneses de Famatina	<i>César Aira</i>	25
La isla de Los Centauros	<i>Pablo Antonio Cuadra</i>	32
Los derechos del hombre y el Estado benefactor	<i>Claude Lefort</i>	34
Derechos individuales.		
Derechos sociales.	<i>Danubio Torres Fierro</i>	37
Pudor y pornografía	<i>Xavier Rupert de</i> <i>Ventós</i>	43

LIBROS

La nieve del almirante, de Alvaro Mutis	<i>José Miguel Oviedo</i>	46
El testigo oculista	<i>Luis Chitarroni</i>	48

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Hermenegildo Sábat: Pintar es una batalla	<i>Antonio Marimón</i>	50
Torres García	<i>Hermenegildo Sábat</i>	51
Mrs. Marilyn Monroe de Sabat	<i>Juan Carlos Onetti</i>	53
El primer Bianco	<i>J.G. Cobo Borda</i>	54
Viel Temperley: Estado de Comunión	<i>Sergio Bizzio</i>	58
Voz baja	<i>Luis Chitarroni</i>	60
Paraguay: retórica y realidad	<i>Rubén Bareiro Saguier</i>	62



ESTO QUE PASA

El programa
periodístico
más
incisivo
de la
FM
Argentina

Lunes a Viernes
de 6 a 8 hs.

Pepe Eliashev
en 95,9 Mhz.
Splendid FM



LA DIFERENCIA

10
UR: + 72
Signer
S AUTOMOBILES

LE FIGARO

premier quotidien national français

VENDREDI 11 JUILLET 1986 - N° 13 020 - NUMÉRO TRIPLE 17,50 F

FIN DE SER
SUR LES M
Voir notre Publ
Jean Charle
28, rue Claude Terrasse PARIS 16

News
Print"

The New York Times

No. 46,871

Copyright © 1986 The New York Times

NEW YORK, TUESDAY, AUGUST 19, 1986

Natio
Midwest, most
South, showers
the Southeast,
showers in the
York, mostly cl

SEEK
ANGES

ISRAEL AND SOVIET

LA NACION

El Ri
Hoy: 19
197, 198
993 ML
Mas in

perera A 0.05

Buenos Aires, sábado 30 de agosto de 1986

JORNAL DO BRASIL

Rio de Janeiro — Quarta-feira, 20 de agosto de 1986

Ano XCVI — N° 134

Preço: Cr\$ 4,00

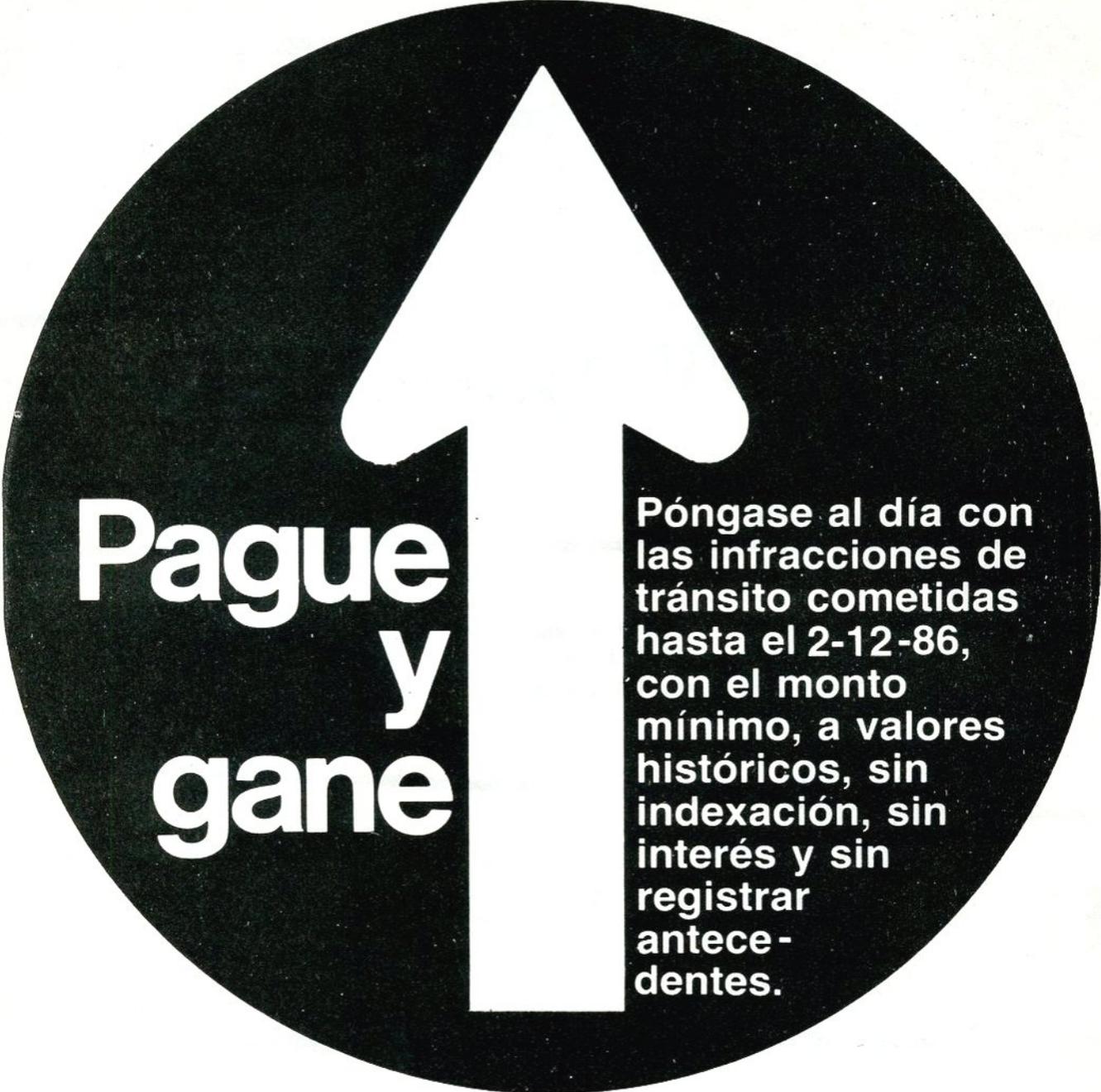
... admite fracasso no Plano Cru

THE TIMES

MONDAY APRIL 21 1986

Tributes

LA NACION. Desde 1870
marca el ritmo del periodismo argentino.
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar



**Pague
y
gane**

Póngase al día con las infracciones de tránsito cometidas hasta el 2-12-86, con el monto mínimo, a valores históricos, sin indexación, sin interés y sin registrar antecedentes.

Hasta el 13 de noviembre de 1987 pague voluntariamente las multas atrasadas en cualquier sucursal del Banco Ciudad. Vencido este beneficio, quien no haya cumplido con el pago deberá comparecer ante el Tribunal Municipal de Faltas para su juzgamiento y aplicación del recargo. Si no quiere esperar, o no le llega el resumen a su domicilio, solicítelo directamente y pague en el momento en la DAI, Carlos Pellegrini 211, de lunes a viernes, de 7 a 20 hs., sábados, domingos y feriados, de 9 a 12 hs.

Tanto el retiro del resumen como el

pago pueden hacerse personalmente o por terceros.

En caso de abonar con cheque deberá librarse en favor de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, no a la orden.

Gane tiempo y dinero, pague en término y quítese las multas de encima.



**Municipalidad de la
Ciudad de Buenos Aires**

Secretaría de Gobierno

NOVEDADES

EL CUENTO DE LA CRIADA

Margaret Atwood

Una notable creación de la gran novelista canadiense. En el futuro, la vida en los que fueron antes los Estados Unidos: una teocracia monolítica donde hay mujeres destinadas a la reproducción. Primer puesto en la lista de best-sellers norteamericanos durante un año. Colección "Narrativas Contemporáneas"

NACIONALISMO Y PERONISMO

La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)

Cristián Buchrucker

Libro que inicia la colección *Historia y cultura*, dirigida por Luis Alberto Romero. Este estudio analiza la influencia del nacionalismo sobre el peronismo que, en su versión más conservadora, no llegó a dominar ese movimiento popular. Una confrontación entre el discurso autoritario y las propuestas actuales de la democracia.

LAS TUMBAS DE ATUAN

Úrsula K. Le Guin

Una muestra deslumbrante de la actual literatura fantástica. El mundo de Terramar, habitado por dragones y espectros, y donde hay talismanes, poderes y leyes mágicas que crean un delicado equilibrio entre la muerte y la vida. Ediciones Minotauro.

ONDINA SUPERTRAMP

Emilio Rodríguez

El psicoanalista revolucionario, el hombre que procuró incursionar en todas las experiencias del vivir, ofrece un nuevo tomo de su autobiografía, que es mucho más que eso: una imagen del amor y la plenitud del existir. "Escribir lo que vivo y vivir lo que escribo": tal es el lema del autor.

TEXTOS COSTEÑOS II

Gabriel García Márquez

Crónicas diarias que son como breves ficciones deslumbrantes de gracia. Y una multitud de temas: la defensa de la guaracha, un tropezón de Bernard Shaw, las posibilidades de la antropofagia... A partir de hechos minúsculos, resurge el prodigioso don de contar de García Márquez.

CHINA DESPUÉS DE MAO

Alieto Guadagni

Un minucioso análisis que muestra los cambios ocurridos en China tras la muerte de Mao: proceso de reforma, de modernización, y paso del orden totalitario a un autoritarismo más benigno. Este proceso de cambio se estudia como un aspecto positivo y con relevancia para nuestro país.



Editorial Sudamericana S.A.

DE PRÓXIMA
APARICIÓN

Lech Wałęsa

Un camino de esperanza

Autobiografía

Editorial
Sudamericana

"Quien ha respirado el aire de la libertad nunca se dejará abatir"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Lech Wałęsa